MISSIONALIA HISPANICA
REVISTA CUATRIMESTRAL
EDITADA POR EL DEPARTAMENTO DE MISIONOLOGÍA ESPAÑOLA
AÑO XVII DEPOSITO LEGAL: M. 554-1958 NUM. 50

Un manuscrito inédito del P. Bernardo Recio

I

Recientemente he tenido la fortuna de descubrir un manuscrito inédito del jesuita Bernardo Recio (1714-1791), autor de la *Compendiosa Relación de la Cristiandad en Quito,* que publicó el año 1947 el Instituto *Santo Toribio de Mogrovejo* en edición preparada por el P. Carlos García Goldáraz sobre un manuscrito de Loyola, único conocido. Esta edición buena en el texto y presentación, no lo es tanto en las notas, sin duda porque al editor le faltaron los elementos. De sobra y de primera calidad los contiene el manuscrito a que aludo, por lo que me he decidido a darlo a conocer, y copiar o extractar cuantas noticias parezcan importantes sobre la persona del P. Recio y los años que permaneció en Quito como misionero, a fin de que ilustren y sirvan de complemento a la *Compendiosa Relación* [1].

1. ¿Libro de Memorias o Diario Espiritual?

Revisando hace un par de años el archivo privado de la provincia jesuitica de Toledo, en compañía de mi viejo amigo el P. Aurelio Espinosa Pólit, notable humanista y actual rector de la universidad católica de Quito, con el fin de localizar cuantos papeles hubiese sobre antiguos jesuitas quiteños; encontramos un librito viejo encuadernado en pergamino, éste roto en la parte superior del lomo donde tal vez llevaba algún título, de 15 por 10,5 cms., y el corte pintado de rojo deteriorado, marcado con la signatura 1091. En una de las primeras páginas leímos la fecha, Cartagena (de Indias) V de febrero de 1766, y más abajo otra que dice: «Lo firmé en Quito, día de Corpus de (17)53, a 21 de junio, día de S. Luis Gonzaga. B. R.». Las iniciales excitaron nuestra cu-

[1] Bernardo Recio, S. I., *Compendiosa Relación de la Cristiandad de Quito,* edición del P. Carlos García Goldáraz, S. I., Madrid 1947. Biblioteca *Missionalia Hispanica,* Serie B, volumen II (CR).

Mario La Plana (1849-1921) que tuvo ambos oficios, y reorganizó y catalogó dicho archivo. Pero la referencia del P. Uriarte sobre Córdoba nos permite vislumbrar la historia del manuscrito, suponiendo que, como otros muchos papeles de jesuitas españoles desterrados en Italia que iban muriendo, fue recogido amorosamente por los supervivientes y traído a España cuando la Compañía de Jesús fue restaurada en tiempo de Fernando VII. Se impone para el traslado pensar en la persona del P. José Fernando de Silva (1750-1829), jesuita sevillano que fue socio del P. Manuel de Zúñiga, nombrado comisario para el restablecimiento de la orden en España el año 1815; el cual trajo consigo gran cantidad de libros y papeles de jesuitas muertos en Italia, de los que he visto muchos en varias partes [6]. Puede suponerse que de manos del P. Silva pasara el manuscrito del P. Recio durante la exclaustración a alguna persona o familia particular, y que fue devuelto en fecha incierta a la residencia de Córdoba.

Pasando al estudio del manuscrito mismo, lo hallé sin ninguna indicación de folios o páginas, y para facilitar las citas he numerado con lápiz sólo los folios. Aunque aparentemente forma un solo tomito de unas cuatrocientas hojas, pero en realidad consta de dos partes distintas que la misma encuadernación posterior dejó bien patentes: un grueso cuadernillo de 48 hojas al principio que puede suponerse, por lo que veremos, lo inició Recio al comenzar su noviciado en Villagarcía; y lo demás del volumen que principia con los votos de escolar, llamados del bienio, y consta de cuadernillos iguales de doce hojas, que tal vez comenzó Recio con sus estudios después de concluido el noviciado, y conservó durante toda la vida religiosa, en que tiene escritas sólo 82 hojas hasta el folio 119v, lo demás está en blanco. Pero, como digo, cuaderno y librito se los hizo encuadernar más adelante en un solo volumen; el mismo contenido de cosas anotadas por Recio muestra la diferencia, pues mientras el cuaderno contiene apuntes de varias prácticas y devociones espirituales con otros recuerdos de juventud, el libro se acerca más al concepto de *Diario*, y guarda sobre todo notas de viajes y trabajos apostólicos en España y América. He aquí el índice de todo el contenido muy por encima:

El *Cuaderno* con portadilla donde se lee: (f.° 1) «Instrucciones para desengaño y provecho espiritual», y portada que dice: (f.° 2) «Jhs. Libro de varias instrucciones que me ayudarán en el espíritu, y apuntamientos breves de algunas cosas que debo tener presentes para mi desengaño y provecho espiritual». Siguen varias jaculatorias que llenan toda la página.

(f.° 2v) «Los ocho actos del Contrato Espiritual». Escribe Recio que lo hizo durante el noviciado, y anota diversos lugares y tiempos en que lo renovó. Así, Quito, 21 de julio de 1753; Loja (Ecuador), febrero de 1756, ciudad de San Juan de Pasto, villa de San Miguel de Ibarra, día de año nuevo de 1758, Cartagena de Indias, 5 de febrero de 1766, Madrid, 5 de diciembre de 1766.

---

[6] JOSÉ OCHANDARENA, S. I., *Catálogo de los Padres y Hermanos pertenecientes a la provincia de España de la Compañía de Jesús* (1815-1863), Madrid 1907, 12; el P. Silva murió en Utrera a 27 de octubre de 1829.

(f.° 3) Beneficios o misericordias de Dios, y varias oraciones jaculatorias «desde 22 de febrero de 1763».

(f.° 4 a f.° 36) Un ejemplar primitvo muy curioso del librito llamado *Prácticas de Villagarcía,* copiado a mano por el P. Recio, del cual me ocuparé después.

(f.° 37) «Yo, Bernardo Recio, pecador vilísimo, por especial misericordia de Dios entré en la Compañía de Jesús mi Salvador, año de 1728 a 7 de septiembre, víspera de Nuestra Señora... Rogaré a Dios por mis connovicios: «Sigue una lista de 43 nombres y 17 más de novicios coadjutores; varios llevan al lado de letra D de difunto, y otros *Ind.*, es decir, que pasó a Indias y más abajo entresacaré.

(f.° 38) Listas de condiscípulos del P. Recio, a saber, de artes o filosofía en Compostela, cerrada con el nombre del «maestro dignísimo de todos P. Domingo Patricio Mager»; de teología en Salamanca; y de tercera probación en Valladolid, que termina así: «P. Juan de Loyola dignísimo Instructor».

(f.° 39) Lugares donde Recio dio misión durante su residencia en Oñate.

(f.° 40) Nuevas listas de compañeros jesuitas en Salamanca «años de 1745 y 1746, y (f.° 41) en Monforte de Lemus.

(f.° 42) «Los Santos de año y mes». Según la piadosa costumbre de la Compañía de Jesús, introducida por S. Francisco de Borja, de repartir cada año y mes Santos patronos, Recio anota la. lista de los que le. fueron tocando desde el noviciado hasta el año 1756, seguida (f.° 45, 46) de una letanía formada de los diversos misterios de la vida de Cristo, de la Virgen María y Santos que le cayeron en suerte, y que debía recitar con frecuencia privadamente.

El *Librito* antes referido que sigue al Cuaderno del noviciado, tiene un contenido mucho más complejo, y se acerca con frecuencia al Diario o libro de memorias íntimas de carácter espiritual, eso sí, redactado en notas brevísimas, casi telegráficos, con frecuentes jaculatorias bíblicas en latín, y muchedumbre de abreviaturas y signos para sólo Recio inteligibles, que defraudan la curiosidad del lector, pero que denotan haber sido quien las escribió varón muy espiritual y profundamente virtuoso, dotado de afectos interiores, sentimientos y dones que entran tal vez en la esfera de lo sobrenatural y campo estricto de la mística. He aquí, como antes, el índice:

(f.° 49v) Portada que tiene pegadas estampas impresas de papel, arriba una pequeña de la Sagrada Familia, al centro otra grande del Corazón de Jesús, representado solo, traspasado por tres clavos, debajo del anagrama del nombre de Jesús que lleva encima al divino Niño con cruz en la mano izquierda y la derecha bendiciendo, todo en medio de gran orla de rayos y coros de ángeles. El título del librito dice: «Memorial saludable y recuerdo provechoso para mi alma, que debe tener presente cada hora y momento los votos, propósitos y deseos de servir a Dios trino y uno». Siguen varias jaculatorias latinas.

(f.° 50) Votos del bienio, consagración al Corazón de Jesús, y otras cosas de este culto.

(f.° 53) Varios propósitos y sentimientos espirituales de Villagarcía, Santiago de Compostela, Monforte, Oñate y Salamanca.

(f.° 56) Viaje a Sevilla para embarcarse. Misiones en Andalucía.

(f.° 57v) Profesión solemne de cuatro votos en el Puerto de Santa María a 15 de agosto de 1748.

(f.° 61) «Memoria de lo que sucedió a varios Santos antes de morir».

(f.° 64) Carta de esclavitud a la Virgen Santísima, Oñate, día de Sto. Domingo de 1744.

(f.° 65) Nuevas listas de jesuitas: «Memoria de los padres y hermanos que murieron en Castilla desde el año 1743».—(f.° 67) «Difuntos de la provincia Bética que debo encomendar a Dios».—(f.° 68) «Difuntos de esta mi amada provincia de Quito a que me trajo Dios, para la imitación de sus virtudes».

(f.° 71) «Imitando a mi padre San Ignacio, escribo con varios colores las virtudes de los Santos, y hazañas de los siervos de Dios. nro. Señor».—(f.° 71v) «Varones Ilustres en Inglaterra».—(f.° 72) «Mártires y claros varones en el Japón».—(f.° 72v) «Misioneros en Maynas».—(f.° 73) «Siervos de Dios que florecieron en Salamanca».

(f.° 74) «Cuentas con mi señor Dios. Memoria de limosnas y obras de caridad», en Villagarcía, Monforte, Salamanca primera vez, Valladolid, Oñate, Salamanca segunda vez, (f.° 75) Sevilla, (f.° 76) Puerto de Santa María.

(f.° 79) Navegación a Cartagena de Indias y misiones al desembarcar.

(f.° 80) «Notas de los viajes en que experimenté las misericordias de Dios».—(f.° 81) Devotas peregrinaciones.

(f.° 82) «Buenos sentimientos que me dio Dios nuestro señor desde 9 de abril de 1747 a vista de Sevilla».

(f.° 83) Viaje de Cádiz a Cartagena».—(f.° 83v) Notas de Cartagena a Panamá.—(f.° 84) De Panamá a Guayaquil.—(f.° 84v) Hasta Quito.

(f.° 86) Primera serie de misiones de Quito a Cuenca: «A 3 de febrero salí a las misiones, que duraron hasta mayo de 1753, dos años y tres meses».

(f.° 88) Tandas de Ejercicios espirituales en Balsáin (Cuenca).—(f.° 89v) Por Santa Elena, Portoviejo, etc.—(f.° 91) Notas de Guayaquil a Loja.—(f.° 92) Vuelta de Cuenca a Quito, misiones durante el viaje.

(f.° 95) Año y medio de descanso en Quito. Tandas de Ejercicios y otros trabajos apostólicos: mayo de 1753 a diciembre de 1754.

(f.° 96v) «Catálogo de los Varones Ilustres cuyos elogios leí en este tiempo».—(f.° 97v) «Encomendaré a Dios a mis discípulos de Monforte»; sigue una lista de nombres.—(f. 98) «Acordareme delante de Dios de mis discipulos de Oñate»; sigue la lista de nombres (f.° 99) Memoria de las reliquias de una cruz que recibió de su hermano el P. Clemente Recio, S. I., recuerdo familiar.—(f.° 99v) Versos en alabanza de un piadoso agnusdei que le regaló el obispo de Quito, Juan Nieto Polo del Aguila.

(f.° 101) Segunda serie de misiones: «Memoria de las segundas misiones que hice desde Quito, saliendo a 18 de diciembre de 1754». De Quito a Cuenca.—(f. 103) Por Guayaquil y Portoviejo.—(f.° 105v) Loja, Cuenca y vuelta a Quito.

(f.° 109) «Memorial de las terceras misiones a Pasto, villa de Ibarra y Otavalo.—(f.° 112) Misiones en las cercanías de Quito.

(f.° 116) «Viaje al rectorado de Panamá», año 1760.

(f.° 118) Vuelta de Panamá y rectorado de Cuenca.

Y aquí en Cuenca del Ecuador se cortan de repente (f. 119v) los apuntes del P. Recio que, como antes queda indicado, en todo lo que se refiere a América, desde su salida de Salamanca y estancia en Sevilla hasta la larga permanencia, en Quito, se cerca mucho al concepto de Diario espiritual en un sentido lato, en que se van anotando, aunque no día a día, afectos, sentimientos espirituales y propósitos, al mismo tiempo que datos muy varios sobre el fruto de las misiones y ejercicios espirituales, personas con quienes trataba y sucesos particulares que iban ocurriendo.

¿En qué tiempo y dónde escribió el P. Recio estas notas? Puede asegurarse que no todas al mismo tiempo, ni aun pocos días después de los hechos que narran: tanto el Librito como el Cuaderno proporcionan pruebas abundantes que lo demuestran. Algunas como el Contrato Espiritual (f. 1) o las Prácticas de Villagarcía (f. 4 ss.) pertenecen al tiempo del noviciado; las fórmulas de votos (f. 50) y profesión solemne (f. 57v) debieron escribirse por aquellos mismos días. En cambio de las listas de compañeros jesuitas o de discípulos no puede señalarse con seguridad el tiempo: las de los discípulos de Monforte y

Oñate son posteriores, y se ve que las escribe de memoria, cuando ha olvidado y no recuerda todos los nombres. Así en Monforte, de cerca de un centenar que afirma tuvo de discípulos, sólo recuerda cincuenta nombres, y aun en estos, de algunos sólo las señas: «el adulto depositario, el del cáliz, el de la montera, el joven de Poys», etc. De varios lugares del manuscrito pudiera deducirse que, sin embargo, llevaba diario espiritual en sentido riguroso, anotando cada día o con frecuencia cosas de su vida interior; pero que muchos de estos papeles en diversas ocasiones los quemó, sacando antes de ellos algunos recuerdos que le parecieron importantes o útiles, y los trasladó a su librito de memorias. Lugares de estos incendios de papeles pueden señalarse Cuenca del Ecuador y sobre todo Cartagena de Indias, y La Habana el año 1766 durante su viaje de vuelta a la península. El corte repentino de la escritura antes señalado (f. 119v) ¿no podría significar que todavía en Figueras escribía, cuando el secuestro brutal de sus papeles por los emisarios del Conde de Aranda, en que no perdonaron ni a la misma confesión general? He aquí algunas citas:

(f.° 112) «Leí y quemé las cuatro hojas y dos de las adiciones, después de seis semanas»; y más abajo: «Esto releí en Balsáin donde incendié los papeles». Balsáin era un lugar cercano a Cuenca.

(f. 113) «Escrito en Cartagena desde 1.° de» (ilegible por borrón).

(f.° 114) En Machachi: «Quemé lo escrito».

(f.° 115) Durante el viaje de vuelta a España: «Leí con reflexión y gozo el itinerario y el ternario. Incendió y eché sus cenizas en el huerto de Cartagena»; y en la misma página: «Lo siguiente meditado y escrito en Cartagena».

(f.° 116) Del viaje al rectorado de Panamá dice que salió de Quito a 18 de junio de 1760: «alabando a Dios, con todas particularidades, que leí en la Habana».

(f.° 119v) Durante el rectorado de Cuenca: «Leí y quemé los memoriales en el huerto».

2. Prácticas de Villagarcía y principios de la devoción al Corazón de Jesús

Tratando ya de recoger de los apuntes del P. Recio las principales noticias que puedan ilustrar su personalidad, y sobre todo dar luz a la actuación que tuvo como misionero en América, comenzaré por las Prácticas de Villagarcía y los principios del culto al Corazón de Jesús en España e Indias, uno de cuyos primeros promotores fue, como se verá, el P. Recio.

a) *Prácticas de Villagarcía.*

Bien conocido es en la Compañía de Jesús el libro llamado comúnmente *Prácticas de Villagarcía,* que está en manos de todos los novicios y escolares, y algunos lo conservan y usan piadosamente por toda la vida. El texto usual es el impreso por el P. Francisco Javier de Idiáquez, quien dice en el prólogo:

«Ya hacía tiempo que se usaba en el Noviciado un librito manuscrito, intitulado *Prácticas,* en que se les proponían a los hermanos novicios los medios de hacer con perfección sus distribuciones. Venero muy de corazón cuanto se dice en él, aunque

me pareció disponer este otro y hacerlo imprimir, para más comodidad de los mismos hermanos, con licencia que para ello tengo del P. Eugenio Colmenares, provincial de esta provincia de Castilla» [7].

Pues bien, un ejemplar desconocido primitivo, muy anterior al del P. Idiáquez, de las Prácticas de Villagarcía, es el que nos conserva el P. Recio, copiado por él durante su noviciado.

Se sabía que el libro había tenido un largo período de elaboración durante el siglo XVIII, se suponía que el autor del texto primero había sido el P. Juan de Loyola, gran maestro de vida espiritual de influjo indiscutible en la juventud jesuitica de la provincia de Castilla; más aún, han sido hallados dos ejemplares manuscritos de este texto antiguo, ambos anónimos, uno en el archivo de la provincia de Toledo (leg. 1395, n.° 36) y otro en Salamanca. El primero lleva una nota a lápiz de mano del P. J. Eug. de Uriarte, que atribuye la paternidad al P. Juan de Loyola; y tanto o más que este autorizado testimonio pesaban los de varios escritos de los padres Bernardo de Hoyos y Agustín Cardaveraz, según los cuales el P. Juan de Loyola era el autor de las Prácticas y las dictaba a los novicios, pero no en el texto íntegro sino sólo lo más esencial, y daba opción a que ellos mismos añadiesen las observaciones que la propia experiencia les enseñase [8]. El manuscrito del P. Recio corta de raíz las dudas, pues por una parte ya en el mismo título dice: «Prácticas... que dictó a sus novicios el P. Juan de Loyola, siendo ayudante en la santa casa de Villagarcía»: es el único testimonio categórico de un contemporáneo conocido hasta ahora. La otra suposición de que el P. Juan de Loyola dictaba a sus novicios sólo lo esencial, también la confirma plenamente este ejemplar del P. Recio, pues ya en el mismo título añade: «con algunas adiciones que me ha enseñado la experiencia», y luego en varios capítulos deja al fin espacio vacío encabezado con la palabra «Adiciones»: así en las prácticas o capítulos IV (f. 7v) y V (f. 8v), aunque, a decir verdad, ni llena una sola vez el vacío con alguna observación propia, ni fuera de esos dos lugares anotados, vuelven a aparecer espacios vacíos en blanco. En cambio están muy reducidos los textos entresacados del libro de San Ignacio, Ejercicios Espirituales, sobre oración y exámenes (f. 34), que van mucho más por extenso al fin del libro actual de las Prácticas.

El P. Juan de Loyola fue Ayudante en Villagarcía dos veces, de 1720 a 1724 y de 1726 a 1729, ambas a petición del rector y maestro de novicios, P. Ignacio de Eguíluz, el cual por las muchas ocupaciones del rectorado, pues entre novicios, escolares humanistas y colegiales externos, que eran unos 700, tenía bajo su dependencia cerca del millar de personas, se vio en la precisión de delegar en su ayudante para los novicios muchas más facultades de las que ahora se usan; de modo que el P. Juan de Loyola fue en realidad el verdadero

---

[7] FRANCISCO JAVIER DE IDIÁQUEZ, S. I., *Prácticas Espirituales para uso de los hermanos novicios de la Compañía de Jesús del noviciado de Villagarcía*, Deusto-Bilbao, 1915, 5.

[8] EUSEBIO REY, S. I., *Las Prácticas Espirituales del Noviciado de Villagarcía*, publicado en el libro «Villagarcía de Campos», Bilbao 1952, 155.

maestro espiritual del noviciado. No consta si en el primer período de su cargo tenía ya compuestas las Prácticas y las dictaba en la forma dicha a los novicios; pero del segundo período da certeza absoluta el manuscrito del P. Recio, que entró al noviciado el año 1728, y marca una fase primitiva en el texto de las Prácticas. Es el único ejemplar de esa época que se ha hallado hasta el presente, y tiene por tanto un valor sentimental que lo hace venerable a todo jesuita. Con el trascurso de los años dicho texto se fue desarrollando y aquilatando con ampliaciones y recortes, hasta que el P. Idiáquez, antes mencionado, rector de Villagarcía desde 1755, dio a luz las Prácticas en la forma actual, y habiendo puesto en marcha la célebre imprenta privada del Colegio, lo sacó a la luz pública por primera vez el año 1758, no en 1760 como afirma Sommervogel [9].

He aquí el título e índice del texto del P. Recio:

f.° 4) «Prácticas que para hacer con perfección las obras ordinarias dictó a sus novicios el P. Juan de Loyola, siendo Ayudante en la santa casa de Villagarcía, con algunas adiciones que me ha enseñado la experiencia.»

Práctica primera: Levantarse religiosamente.—II: Preparación y oración mental.—III: Ofrecer las obras.—IV: Oir el santo sacrificio de la misa.—V: Rezar el oficio de Ntra. Señora.—VI: Oir pláticas y conferencias.—VII: Oficio manual y oficios.—VIII: Examen general y particular.—IX: Confesarse un novicio.—X: Comer religiosamente.—XI: Quiete o recreación.—XII: Rosario de Ntra. Señora.—XIII: Lección espiritual.—XIV: Asistir a la oración de las letanías.—XV: Acostarse y dormir religiosamente.—XVI: Sagrada comunión.—XVII: Acción de gracias.—XVIII: Recreación fuera en el campo.—XIX: Asistir al humilde ejercicio de las culpas.—XX: De la presencia de Dios.—XXI: De la humildad.—XXII: Mortificación.—XXIII: Horologium Passionis Domini N. Iesu Christi.—XXIV: Para cuando da la hora.—XXV: Ejercicios de cada año.—XXVI: Recibir devotamente el Santo del mes.—XXVII: Pascuas y Navidades.—XXVIII: Estudiar religiosamente.—XXIX: Peregrinaciones en la Compañía.—XXX: Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En el texto del P. Idiáquez las Prácticas son 38, con la particularidad de que lo que se refiere al culto del Corazón de Jesús está suprimido, o mejor resumido en el capítulo XXXII que trata en general de devociones. Sigue (f.° 34) el texto de varias «Adiciones y advertencias de nuestro padre San Ignacio para tener bien la oración y otros ejercicios espirituales», sacadas del Libro de los Ejercicios, en Idiáquez mucho más por extenso que en Recio.

b) *Principios del culto al Corazón de Jesús en España y América.*

En la tercera década del siglo XVIII tuvo principio un poderoso movimiento de renovación espiritual entre los jesuitas españoles, cuyo centro fue la devoción al Corazón de Jesús. Nació en los escolasticados de la provincia de Castilla, Villagarcía de Campos, Salamanca y Valladolid, y los autores y principales impulsores fueron los Padres Bernardo de Hoyos, Agustín Cardaveraz, Pedro de Calatayud, célebre misionero, Juan de Loyola, antes citado, Pedro de Peñalosa y otros. El año 1733 se formó un piadoso cenáculo de religiosos que

[9] E. Rey, *ibid.*

se consagraron al Corazón de Jesús con la conocida fórmula del B. Claudio de la Colombière y se comprometieron a practicar ellos el culto y a propagarlo entre los fieles por todos los medios que pudiesen. Como miembros de esta liga espiritual se citan, además de los anteriormente nombrados, los Padres Fernando de Villafañe y Manuel de Prado, ambos provinciales de Castilla; Francisco Ignacio de Eguíluz, rector de varios colegios e instructor de tercera probación, Fernando de Morales, Juan de Carbajosa, misionero, compañero del P. Calatayud, Francisco de Zambrana, Manuel de la Reguera, Gregorio Jacinto de Puga, Juan Pablo de Aperregui, Diego Correa, Ignacio Pino, Tomás de Ledesma, Ignacio Ossorio, de linaje nobilísimo, Tomás de Azcárate, Bernardo del Río, y los hermanos coadjutores Francisco de Liébana y Juan Miguel de Arraiza. Muchos de ellos hicieron la consagración y promesa el 15 de agosto de 1733 [10]. Del año siguiente, 1734, son los dos libros clásicos, el *Tesoro Escondido* del P. Juan de Loyola, y la *Devoción al Sagrado Corazón de Jesús* del P. Pedro de Peñalosa. La nueva devoción corrió como reguero de pólvora por España, produciendo en muchas casas religiosas frutos preciosos de renovación espiritual, y no tardó en pasar los mares, llevada verosímilmente por las numerosas expediciones de jesuitas enviados a las misiones de América. Los apuntes del P. Recio nos dan sobre todo este movimiento noticias muy interesantes.

Su entrada al noviciado de Villagarcía el año 1728, donde tuvo de Ayudante al P. Juan de Loyola, los estudios teológicos en Salamanca, el año de tercera probación en Valladolid, donde de nuevo tuvo de Instructor al P. Loyola, su permanencia de varios años en Oñate, donde fue compañero del Padre Agustín Cardaveraz; nos indican que vivió bastantes años en el foco de la nueva devoción, y en la época heroica de los primeros fervores. Las listas de connovicios, condiscípulos o compañeros nos proporcionan los siguientes datos:

(f.° 37) Connovicios: «H.° Bernardo Hoyos. D. V.». D puede significar difunto, pues el P. Hoyos murió el año 1735 a 29 de noviembre; V tal vez pueda leerse Venerable. El P. Hoyos fue novicio en Villagarcía de julio de 1726 a septiembre de 1728; debió, pues, coincidir con Recio entrado a 7 de septiembre de 1728 sólo semanas o días. Téngase presente que tanto Hoyos como Recio ingresaron al noviciado antes de los 15 años, que era la edad canónica, y es posible o que Hoyos permaneciese entre los novicios aun después de hechos los votos hasta cumplirla, o que Recio compute el tiempo de su primera probación [11].

«H.° Bergara, Ind.». Se trata del P. Manuel Vergara (1711-1770), natural de Jarandilla (Cáceres). *Ind.* significa que pasó de misionero a Indias, como sabemos lo hizo el P. Vergara, y fue provincial del Paraguay, gran promotor del culto al Corazón de Jesús en el Río de la Plata, como veremos lo fue Recio en Quito [12].

---

[10] JOSÉ EUGENIO DE URIARTE, S. I., *Principios del reinado del Corazón de Jesús en España*, 2.ª edic., Bilbao 1912, 89, 92 ss.

[11] JUAN DE LOYOLA, S. I., *Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos*, edic. del Padre J. E. de Uriarte, Bilbao 1888, 42 ss.

[12] JOSÉ MANUEL PERAMÁS, S. I., *Vida y obra de seis humanistas...*, edic. del P. Guillermo Furlong, S. I., Buenos Aires 1946, 37 ss.

«H.° Cardaveraz, Ind.». No es el P. Agustín Cardaveraz, sino un hermano suyo menor, Diego Manuel de Cardaveraz, ingresado a Villagarcía por enero de 1728, que pocos años después pasó a Méjico todavía escolar [13].

(f.° 37v) «H.° Ignacio Ossorio», antes mencionado, nacido en Grajal, 1713, y entrado en Villagarcía a 15 de octubre de 1727: fue provincial de Castilla en Italia durante el destierro.

(f.° 28) «Condiscípulos en la teología de Salamanca: H.° Francisco Idiáquez, G.». Es el P. Francisco Javier Idiáquez (1711-1790) antes referido, de ilustre linaje, nacido en Pamplona y entrado al noviciado el año 1732. No me ocurre qué pueda significar la G añadida por Recio.

(f.° 39v) «Jhs. Moradores de Oñate, año 1740»; en quinto lugar: «P. Agustín Cardaveraz»: es el célebre predecesor del P. Hoyos en la devoción al Corazón de Jesús y promotor de su culto, nacido en Hernani (Guipúzcoa), 1703, y muerto en el destierro de Italia, 1770.

(f.° 40) «Jhs. Memoria de los padres y hermanos en cuya compañía viví en Salamanca, año 1745 y 1746: P. Juan de Loyola, prefecto de espíritu; P. Fernando Morales, P. Ignacio Ossorio», (f.° 40v) «H.° Reguera, E.». El P. Fernando Morales antes queda mencionado como uno de los devotos del Corazón de Jesús en la primera hora. El nombre del hermano estudiante Reguera, con la letra E que añade Recio no sé si podrá ser el P. Manuel de la Reguera referido más arriba. En otro lugar (f.° 52) menciona además al P. Tomás Ledesma, del mismo grupo primitivo de devotos, y de quien dice aprendió la práctica de la «confesión general al fin de mes y cada semana».

Sobre la entrega del P. Recio al culto del Corazón de Jesús, nos proporcionan sus apuntes espirituales datos muy característicos, pues vemos en ellos los mismos actos y prácticas que servían de iniciación a los fervorosos jesuitas del cenáculo o liga de devotos presidida por los Padres Hoyos, Cardaveraz y Loyola. Estas prácticas eran la consagración al Corazón de Jesús, para la que solían usar la fórmula del B. P. Claudio de la Colombière, la celebración de la fiesta del Corazón de Jesús el viernes siguiente a la octava del Corpus, y otras. Lo que no me consta es de la fecha exacta en que Recio se inició en la devoción, aunque a juzgar por el lugar que ocupan las noticias que anoto, no sería aventurado suponer que pertenezca a la primera generación que se coaligó el año 1733, como antes he dicho. Porque en el Librito que comienza con la fórmula de los votos del bienio (f. 50) y corresponde, según antes he supuesto, a la época posterior al noviciado, en seguida después de los votos está escrita y rubricada por devoción con la propia sangre la consagración del P. La Colombière (f. 50v), y a ella siguen unas consideraciones de S. Buenaventura, oración de Santa Gertrudis al Corazón de Jesús, y carta de esclavitud personal del P. Recio al mismo Sagrado Corazón, con la referencia a un himno atribuido a San Bernardo que comienza: *Summi Regis Cor, aveto,* muy usado por los primitivos devotos [14]. He aquí los textos:

(f.° 50v) «Ahora me entrego todo, dedico mi alma, potencias y sentidos al amor, culto y obsequio del sacratísimo Corazón de Jesús.

---

[13] GASPAR GONZÁLEZ PINTADO, S. I., *Ardores de un serafín, el P. Agustín Cardaveraz,* dos vol., Madrid 1924, I, 73; II, 216.

[14] El Himno de San Bernardo no lo he encontrado en *Migne,* ni en ningún otro libro de los que he consultado; supongo comienza con el verso *Summi Regis Cor, aveto* que trae Recio.

Ofrecimiento del V. P. Claudio La Colombière: ¡Oh Corazón de mi amantísimo Jesús, Corazón dignísimo de toda mi adoración y amor! Yo, Bernardo Recio, inflamado en el deseo de compensar y honrar tantas y tan gravísimas injurias contra Vos...», etc.

(f.° 51v) «Tierna consideración de San Buenaventura: De cuánta dulzura piensas que goza el alma que entra por el costado abierto de Jesús...»

«Oración que S.ª Gertrudis rezaba todos los días al Sagrado Corazón de Jesús: Yo os saludo, oh sagrado Corazón de Jesús, manantial vivo y vivificante de vida eterna...», etcétera.

La devoción al Corazón de Jesús la comenzó en forma clara y específica el P. Hoyos a principios de mayo de 1733, siendo aún escolar y residiendo en Valladolid, con ocasión de tener que leer, por encargo del P. Cardaveraz, ya sacerdote y que residía en Bilbao, el libro *De Cultu Cordis Iesu*, escrito por el P. Gallifet. Era domingo a 3 de mayo, y refiere el mismo Hoyos que como resulta de la lectura, experimentó un poderoso afecto o ímpetu interior que le hizo ofrecerse al Corazón de Jesús para cooperar cuanto pudiese a la extensión de su culto [15]. El P. Recio conmemora el suceso, y al parecer pone el principio de su propia entrega al Corazón de Jesús en la misma fecha «día de la Invención de la Santa Cruz» a 3 de mayo, aunque sin especificar el año, que ciertamente por las circunstancias que anota, fue antes de la residencia en Oñate el año 1740. Puede suponerse cualquiera de los anteriores a partir de 1733, o durante sus estudios de teología en Salamanca, o en el año de tercera probación en Valladolid, si no es que, por lo dicho arriba, hay que fijarlo antes, poco después de los votos de escolar, mientras estaba aún en Villagarcía bajo el calor del P. Juan de Loyola, pues en su copia del librito de las Prácticas hemos visto que está el capítulo de la devoción al Corazón de Jesús. En otra fiesta de la Santa Cruz, la del triunfo o exaltación, a 21 de julio en España por la batalla de las Navas de Tolosa, y en año también desconocido, firmó el Padre Recio su «carta de esclavitud al Corazón de Jesús». Dice así:

(f.° 51v) «Día de la invención de la Santa Cruz (3 de mayo) tuvo principio la devoción de mi venerado P. Bernardo Francisco Hoyos al Sagrado Corazón de Jesús. A cuyo ejemplo trasladé el himno de San Bernardo, que diré a lo menos los viernes; y comunique a mis amigos en Oñate, Salamanca, Trigueros, Puerto de Santa María, etc., y mucho más en Quito y otras partes de América. ¡Oh mi Dios! *Summi Regis Cor, aveto. Iesu mitis et humilis corde, fac cor meum secundum cor tuum.*

(f.° 52) «Yo, Bernardo Recio, me constituyo esclavo del sacratísimo Corazón de Jesús, día del triunfo de la Santa Cruz (21 de julio en España) y le consagro el voto de no hablar de la profesión que esperaba y llegó gracias a Dios».

Este último dato permite precisar el año de esta carta de esclavitud, pues anota haberla hecho antes de la profesión solemne de cuatro votos y cuando esperaba la noticia de tenerla concedida por el P. General de la Compañía, Francisco Retz. Como esta profesión la hizo, según la fórmula que trascribe (f. 57v), en el Puerto de Santa María a 15 de agosto de 1748, el tiempo queda fijado en el día 21 de julio de dicho año 1748, cuando esperaba en Andalucía

---

[15] URIARTE, *Principios del Reinado...*, 52, 53.

tiempo de embarcarse para América, y estaba ya convertido en apóstol de la devoción al Corazón de Jesús, de que me ocuparé en seguida.

Del tiempo de permanencia en Oñate, deja el P. Recio un recuerdo de su devoción al Corazón de Jesús, muy conforme al gusto de los dos primeros promotores del culto en España, Padres Hoyos y Cardaveraz, a quienes, después de haber recibido de Dios grandes favores interiores de carácter místico, placía llamarse y firmarse en sus cartas íntimas a los iniciados, Bernado de Jesús, Agustín de Jesús [16]. Así también Recio escribe refiriéndolo al año 1744.

(f.° 53) «Imitando al P. Pedro Alesón, seré en adelante Bernardo del Corazón de Jesús».

Este P. Alesón era natural de Munilla (Logroño) y murió con extraordinaria fama de santidad en Villagarcía el año 1745, gran devoto del Corazón de Jesús. De Oñate fue trasladado el P. Recio a Salamanca con el cargo de director de la congregación mariana para estudiantes de la universidad. De esta ciudad y referido al año 1746 se lee:

(f.° 55) «Día del santo Precursor de Cristo (24 de junio) empecé la novena de los Sagrados Corazones, en cuya fiesta sentí particular consuelo y ternura».

(f.° 55v) «Singular consuelo en tener al P. Juan de Loyola, comunicándole el espíritu en repetidos escritos y haciendo confesión general». Era, como queda dicho, «prefecto de espíritu» del colegio.

A continuación, en la misma página, refiriendo algunas de sus lecturas, escribe leyó la vida del «padre Jerónimo Ansaldo, sardo, regalado del Corazón de Jesús» [17].

(f. 75) En Salamanca: «Dejé lámina de los Sagrados Corazones», probablemente a alguna iglesia o congregación.

De Salamanca pasó el P. Recio a Sevilla con el fin de embarcarse para América; pero por causa de la guerra que había entre España e Inglaterra y no ser segura la navegación, hubo de esperar durante dos años y medio, desde 20 de octubre de 1746 a 27 de mayo de 1749, en que por fin se hizo a la vela en la expedición de treinta religiosos que conducía a Quito el procurador de la misma provincia jesuitica, P. Tomás Nieto Polo. En este tiempo dio varias misiones muy sonadas por Andalucía. En la Compendiosa Relación habla de dos, la de Triana en Sevilla y la del Puerto de Santa María, y añade que en la del Puerto él y su compañero, el P. Fermín Orquín, entablaron la devoción del Corazón de Jesús, y que en Sevilla dejaron fundada congregación del mismo Sagrado Corazón; además en esta ciudad «nuestros dos más antiguos misioneros, dice, dieron a luz» un librito sobre dicha devoción seguido de una novena [18]. En los Apuntes es más explícito dentro de la acostumbrada brevedad:

---

[16] *Ibíd.*, 18, 21 ss.

[17] La vida de este P. Jerónimo Ansaldo (1598-1652), natural de Sacer en Cerdeña, está en los *Varones Ilustres* del P. Nieremberg, donde sin duda lo leyó Recio, edición de Bilbao 1890, 428 ss.

[18] C. R., 101.

(f.° 81v) Viaje de Salamanca a Sevilla, al pasar por Llerena: «En Llerena, donde el P. Cobos propagó la devoción del Corazón de Jesús: gozo en el rosario y caridad fraternal».

(f.° 56v) «Celebré en San Leandro la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús con la modestia, negueme a toda vista curiosa, nueva y vana.

A las puertas de San Esteban, en la cárcel y hospital: gracias al sacratísimo Corazón de Jesús».

(f.° 57) «Misión de Triana y fundación de la congregación del Sagrado Corazón de (Jesús y María) [19].

(f.° 77) En Sevilla: «La devoción que procuré entre pobres con la estampa grande del Sagrado Corazón de Jesús».

Respecto al libro sobre la devoción al Corazón de Jesús seguido de novena que dice el P. Recio dieron a luz en Sevilla «nuestros dos más antiguos misioneros»; esta apelación la atribuye Recio en una ocasión a sí mismo y al Padre Orquín, según parece del contexto, pues la alusión está en forma anónima; pero como ninguno de los dos se sabe que escribiera nada semejante, es más verosímil que se quiera referir a los dos procuradores venidos de Quito, Padres José María Maugeri y Tomás Nieto Polo, de los que según las respectivas reseñas hechas en Cádiz para la vuelta a América, el P. Nieto tenía el año 1749 53 años de edad, y el P. Maugeri, en 1743, asimismo 53; los demás eran jóvenes que andaban alrededor de los veinte o treinta años [20]. El P. Recio en otro lugar [21] habla del P. Ignacio (*sic*, por error del copista del manuscrito de Loyola o del propio Recio) Maugeri como autor del libro intitulado *Yugo Suave*. Según el P. Uriarte, los libros salidos en esos años sobre el Corazón de Jesús son dos, y de ambos es autor el P. José María Maugeri, siciliano: «Práctica de la devoción a los santísimos, dulcísimos y amabilísimos Corazones de Jesús y María», Barcelona 1743, seguido de «Novena a los santísimos Corazones de Jesús y de María» y de «Acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús»; publicado antes en italiano: «La devozione a'SS. Cuori di Gesú e di María», Palermo 1740; y «el Suave Yugo de Cristo», Madrid 1743, publicado para las congregaciones del Corazón de Jesús del Colegio Imperial de la misma ciudad [22]. Según estos datos, la frase del P. Recio: «dieron a luz nuestros dos más antiguos misioneros», debe entenderse en sentido de divulgación, no de impresión; si la «Práctica de la devoción» o «El Suave Yugo» fueron reimpresos en Sevilla, las ediciones son completamente desconocidas. Téngase presente además el testimonio de Recio, no citado por Uriarte, sobre el autor de «El Suave Yugo», pues el libro salió anónimo, y aunque se conocían algunas referencias, ninguna tan clara como la afirmación del P. Recio.

---

[19] La sigla que usa Recio da directamente María, pero lleva una enmienda que parece añadir el nombre de Jesús.

[20] La reseña de embarque pasada en Cádiz ante el oficial de la Casa de Contratación, la doy más abajo.

[21] CR., 200, n.° 209.

[22] J. EUGENIO DE URIARTE, S. I., *Catálogo razonado de Anónimos...*, I, Madrid 1904, n.° 35, 806, 1110, 1367. El editor de la CR. (98, nota) hace de los dos libros uno solo.

La expedición conducida por el P. Nieto Polo en que pasó a Indias el P. Recio, se hizo a la vela en Cádiz y después de cuarenta días de navegación llegó a Cartagena de Indias «día de Santa María Magdalena» a 22 de julio de 1749. Allí, en el colegio de la Compañía, santificado por la vida de San Pedro Claver, «dióme mucho consuelo, dice, ver en nuestra casa la frecuencia de sacramentos y el entable de dos bellas devociones, una del Sagrado Corazón de Jesús y otra de la Buena Muerte, y ambas muy bien asistidas [23]. De Cartagena siguió la expedición viaje por mar a Portobelo, al que dieron vista «víspera de San Francisco de Borja» a 9 de octubre, y atravesando por tierra el istmo llegaron a Panamá «día de San Estanislao» a 13 de noviembre. Aquí se le renovó el consuelo de ver floreciente el culto al Corazón de Jesús, introducido años atrás por el P. Ignacio Caironi, con un muy buen altar. En las Memorias escribe: «Adelanté la devoción de los Sagrados Corazones» (f.° 83v). Se refiere sin duda a la misión muy fructuosa que dio en Panamá acompañado del P. Fermín Orquín. El culto siguió en aumento, dice Recio, por el trabajo de un «muy aguerrido catalán, natural de Mataró, llamado Pablo Ignacio Peramás», que además de varios ejercicios particulares entre año, «se esmeraba muy especialmente en la novena que hacía y en la solemnidad de la fiesta [24]. Peramás fue compañero de Recio en la navegación y quedó en Panamá.

La expedición llegó por fin a Quito después de casi un año de viaje, «día de San Hermenegildo» a 13 de abril de 1750 (f.° 85), y el P. Recio se ensayó con cuatro tandas de ejercicios espirituales a eclesiásticos en la casa de ellos que tenía la Compañía en el sitio denominado *Tejar,* fundada pocos años antes por el P. Baltasar de Moncada: en ellos propagó la devoción al Corazón de Jesús, y recuerda el clásico «himno de San Bernardo» (f.° 85). Luego, «a 5 de junio, día del Sagrado Corazón de Jesús», siguió una misión dada en la ciudad, «misión universal en nuestra iglesia y parroquias» [25], con otros ministerios diversos, hasta que a 3 de febrero de 1751 inició la primera serie de «misiones circulares» por espacio de dos años y tres meses hasta mayo de 1753, en que recorrió la sierra ecuatoriana hasta la ciudad de Cuenca y la costa por Guayaquil y Portoviejo. De una de ellas dada en Alausí menciona el cuidado que tuvo de entablar la devoción al Corazón de Jesús, y así debió hacerlo en muchos otros pueblos y ciudades. Dice así:

(f.° 86v) «Saliendo de Riobamba por Colta, y recibiendo caridad en Guamote, y haciéndola a los pobres *in via* (llegué) a vista de Alausí, donde desde 11 de febrero se hizo doce días de misión, con asalto clamoroso,con buena procesión, fiesta de Animas y limosna de pobres. Entable de buenas devociones, v. gr., las tres Avemarías..., Sagrado Corazón, y otras».

Asalto era llamado un acto solemne de la misión, muy bien preparado, en que el misionero echaba el resto, arengando a la muchedumbre con el Santo

---

[23] CR., 107, 111.
[24] CR., 358.
[25] CR., 334, 335.

Cristo en la mano, u otra forma espectacular, que solía conmover profundamente al pueblo creyente y producir grandes conversiones. La procesión que menciona Recio solía ser, como aparece con frecuencia en el manuscrito, de penitencia con grande cantidad de disciplinantes. De esta misión de Alausí dice el mismo P. Recio que fue «la primera formal misión que en América hicimos», a saber, él y otro compañero suyo de navegación, el P. Juan Hospital, natural de Bañolas, acompañando en visita pastoral al celoso obispo de Quito, Juan Nieto Polo del Aguila, hermano del procurador P. Tomás Nieto Polo, varias veces mencionado [26].

Llegados a Cuenca, comenzaron por orden del Sr. Obispo una fructuosísima misión el 20 de marzo de 1751, a la que se siguieron tandas de ejercicios en una casa de campo apartada de la ciudad, llamada Balsáin, «lugar de ameno retiro en sitio del mayor recreo», dice el P. Recio [27], quien no se descuidó en propagar entre los ejercitantes, primero eclesiásticos, después seculares, la devoción al Corazón de Jesús y el conocido himno de San Bernardo:

(f.° 88v) En Cuenca: «Propagué la devoción y el himno del Sagrado Corazón de Jesús».

A la primera serie de misiones por gran parte de la presidencia de Quito, se siguió una temporada de descanso —poco más de año y medio— en la ciudad; descanso relativo, pues siempre anduvo bien ocupado en tandas de ejercicios espirituales y otros varios modos de predicación sagrada. Fue época de intensa vida interior, en que «a 19 de mayo de 1753, orando en la tribuna de la iglesia, (hizo) voto de ir a Maynas si los superiores» lo permitiesen, y avivó en sí y procuró avivar en los otros la devoción al Corazón de Jesús:

(f.° 95) Quito: «Avivé la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, leyendo y orando el jueves».

(f.° 95v) «Novena al Sagrado Corazón de Jesús».

(f.° 96) «Hice con solemnidad la (novena) del Corazón de Jesús».

(f.° 59v) Debajo de una estampa pegada al manuscrito, hoy desaparecida: «Recibid mi sangre, vida y corazón: *redemisti nos, Domine Deus, in sanguine tuo.* Bernardo Recio (sigue signo de la cruz escrito con sangre), esclavo de Jesucristo, firmé todos mis votos y deseos de corazón, día de la sangre de Jesús, miércoles a 11 de julio de 1753. Mi última respiración sea, mi Jesús, en tu dulce Corazón».

f.° 81) «Memoria de mis padres Josef Corzos y Juan Silverio Prieto: remití al primero en Arequipa el lienzo del Sagrado Corazón de Jesús; sólo doce pesos».

Este padre José Corzos había sido compañero de Recio en la peregrinación que hizo durante el noviciado de Villagarcía al santuario de Ntra. Señora de la Peña de Francia en Salamanca, y pasado a Indias residía en Arequipa. El dato de los doce pesos localiza el suceso en Quito, y el lienzo sería verosímilmente de la escuela quiteña de pintura.

---

[26] CR., 323.
[27] CR., 336.

El año 1754 a 4 de diciembre salió de Quito el P. Recio a una segunda gira de misiones populares, que duró hasta principio de julio de 1756, en que aparece en Quito asistiendo a la congregación provincial. En ella recorrió varias poblaciones ya visitadas en la gira anterior y dio misión en otras nuevas. De 4 de marzo a 12 de julio de 1755 permaneció en Cuenca ocupado ya en la nueva misión de quince días dada en la iglesia matriz, ya en las acostumbradas tandas de ejercicios. Después volvió al norte y entró en el pintoresco pueblo de Baños, situado a orillas del río Pastaza, al pie del volcán Tungurahua, ya en la entrada de la región amazónica, muy celebrado por un santuario de la Virgen María. Aquí dio misión, y de nuevo el apóstol del Corazón de Jesús:

(f.º 102v) «Devota misión en Baños..., fiesta del Sagrado Corazón de Jesús»; probablemente corresponde al año de 1756.

Bajó también por la costa a Babahoyo y Daule, y estando en un lugar llamado Rionuevo, alude a una piadosa mujer que practicaba la devoción al Corazón de Jesús:

(f.º 104v) «En Rionuevo misión..., di a pobres el regalo de la beata de los Sagrados Corazones».

Todavía hizo el P. Recio una tercera salida a misiones, ahora por el norte del Ecuador, corregimientos de Otavalo, villa de Ibarra y los Pastos, en los años 1757 y 1758 en que volvió a Quito y por el verano de 1760 se embarcó para el rectorado de Panamá, adonde llegó «día de San Lorenzo» a 10 de agosto. Aquí debió llenarse de alegría por el buen estado en que el P. Ignacio Peramás tenía la congregación del Corazón de Jesús, a que antes he aludido; y de esta época de Panamá es la última referencia que hallo en el manuscrito sobre la piadosa devoción:

(f.º 117v) En Panamá: «Devoción en las fiestas, y más en la renovación y novena del Corazón de Jesús».

3. Años de juventud

Del P. Bernardo Recio publicó una vida italiana el P. Gaspar Janer, jesuita catalán, que resumida en castellano está al principio de la Compendiosa Relación [28]. Según ella, el P. Recio nació en Alaejos (Valladolid) el 20 de agosto de 1714, hijo legítimo de Alfonso Recio, médico, natural de Villaburuz de Campos, vecino de Alaejos, y Catalina Rodríguez, natural de Valladolid. Tuvo cinco hermanos: Clemente, Alfonso, Manuel, Antonio y Magdalena. Clemente

[28] Gaspar Janer, S. I., *Vita del sacerdote D. Bernardo Recio...*, Fuligno 1794. El resumen castellano en CR., 21-45.

fue también jesuita, de quien cita el P. Uriarte varias obras [29]; Alfonso y Antonio sacerdotes, Manuel y Magdalena casados.

a) *Niñez y primeros estudios (1714-1728).*

De la niñez trae el manuscrito varios recuerdos: primero de los parientes, cuando pasó por Alaejos en viaje de despedida para embarcarse a América:

(f.° 56) «Salí de Salamanca... Dejé enterrados en mi patria (Alaejos) mis cinco difuntos en la capilla de Dolores y glorioso patriarca San Josef:

Mi señor padre don Alonso murió día de la exaltación de la Santa Cruz de 1724.

Mi señora madre doña Catalina, por San Matías (24 de febrero) de 1742.

Mi hermano don Alonso, por noviembre de 1729.

Mi hermano don Manuel, cerca del día de San Francisco de Paula (2 de abril) de 1743.

Mi hermano don Antonio, día del Angel Santo, a 1.° de octubre de 1746. *Requiem aeternam*... Llorélos y dije: *Generatio mea ablata est*...

Por Segovia, en que derramé lágrimas tiernas, y por amor de Jesucristo dejé... a mi carísimo hermano, salí, gracias a Dios.»

f.° 81v) Viaje «de Salamanca a Sevilla... Pasé por mi país (Alaejos) y lloré a mis cinco muertos en la capilla de las Angustias... En Segovia me despedí de la última prenda, el P. Clemente».

El hermano de que habla es el P. Clemente Recio, antes mencionado, a la sazón rector del colegio de Segovia, del cual recibió en esta ocasión, como recuerdo de familia, una cruz llena de reliquias de santos, que dibuja en el manuscrito, expresando a quiénes correspondían:

(f.° 99). «Memoria de las reliquias que ennoblecen a la santa Cruz que me dio el P. Clemente, y a mi difunto padre había dado antes doña Feliciana Arias, pariente del Sr. Arzobispo de Sevilla. Por esta señora un responso cada mes». Sigue un dibujo grande de la cruz a dos tintas, con círculos donde van expresadas las reliquias, y a continuación: «A estos Santos consagraré las horas desde la una hasta el mediodía, según la práctica del Ven. P. Pedro Claver. Esta santa cruz será mi amparo, mi consuelo, mi descanso y gloria». Las reliquias son las siguientes: al centro en la unión de los dos brazos de la cruz: *lignum crucis;* brazo mayor de arriba abajo: S. Cl(emente), S. Mateo, S. Pant(aleón), S. Eliseo, S. Plácido, S. Cristóbal en una especie de pedestal rectangular de la cruz; brazo menor de izquierda a derecha (espectador): S. Blas, S. Andrés, S. Pedro, S. Sebastián.

El arzobispo mencionado es Manuel Arias y Porres, del orden ecuestre de San Juan de Jerusalén, natural de Alaejos nombrado arzobispo de Sevilla en 1702 y muerto en el oficio el año 1717. La Cruz la conservó el P. Recio toda su vida, y en Quito parece tenía la devoción de llevarla consigo cuando decía misa: (f.° 92v) «Llevaré a misa el relicario», escribe por noviembre de 1752. Por lo demás el recuerdo de los familiares no se extingue en la vida

---

[29] P. Eug. de Uriarte, S. I., *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús,* 5 vol., Madrid 1904, 1916, n.° 129, 691, 1523, 1592, 1593.

de Recio, y de cuando en cuando deja huellas tanto en España como en América; pero se dio el caso de haberse encontrado por tierras de Quito un Bernardo Recio que murió en Santa Lucía cerca de Daule picado de una serpiente, y en Chahuarpamba, cerca de Zaruma, su hermana Victoria Recio, que ningún parentesco tenían con el jesuita, pura coincidencia fortuita [30].

(f.° 76) En Sevilla: «apliqué siete idas a hospitales por mi difunto padre».

(f.° 59) Puerto de Santa María, 1748: «Día de San Clemente (23 de noviembre), la satisfacción por mi hermano».

f.° 84) Babahoyo, durante el viaje a Quito, 1750: «Misa por la casa de mi hermana». Se trata de Magdalena.

(f.° 93v) Primera serie de misiones en Quito, cerca de Pujilí, 1753: «Memoria del P. Clemente R(e)z(io)».

(f.° 104) Segunda serie de misiones, San Bartolomé cerca de Babahoyo, 1755, 24 de agosto: «Murió Bernardo Recio, Sno (?)».

(f.° 106) «Brígida viuda de Bernardo Recio, agradecimiento a Gregorio Recio, etc.».

Los estudios de gramática los hizo en el colegio que la Compañía de Jesús tenía en Medina del Campo, distante cuatro leguas de Alaejos, de donde pasó para perfeccionarse en latinidad al colegio de la misma Compañía de Valladolid. Aquí, sintiéndose atraído por el llamamiento de la gracia, decidió entrar en la Compañía de Jesús, y recién cumplidos los catorce años de edad, a 24 de agosto de 1728 llamó a las puertas de Villagarcía de Campos. Así Janer, pero el P. Recio afirma varias veces que la fecha de su entrada fue el 7 de septiembre; ambos datos pueden concordarse suponiendo que los días intermedios pertenecen al postulantado o primera probación que preceden a la inscripción en el libro del noviciado. A esta época de la niñez y estudios en Medina del Campo y Valladolid parecen referirse las siguientes noticias:

(f.° 3) «Daré toda mi vida gracias a mi soberano Criador porque, naciendo tantos entre infieles o de padres infelices, yo por su especial misericordia nací de cristianos y buenos padres... Y entre otras mercedes de Dios contaré estas siete: 1, la caída junto a S.ª Ana; 2, el encuentro del buey en Medina; 3, la enfermedad en mi patria (Alaejos); 4, junto a la Virgen de Tiedra (Valladolid); 5, la tempestad de noche; 6, la enfermedad en Valladolid; 7, los peligros en siete años».

(f.° 74) «Memoria de limosnas y obras de caridad: Desde niño las limosnas que mis padres (*sic*), ofrecerélas a Dios. Cuando estudiante comida al *pauper*. Regalo al compañero Jerónimo, y a un mendigo los zapatos. En Villagarcía lo que dejé y contribuí a la limosna».

(f.° 80) «Notas de los viajes en que experimenté las misericordias de Dios. Yendo de niño al lugar de Castrejón, aprendí veneración y temor reverencial de la majestad de Dios, criador universal. En la ida al lugar de Siete Iglesias, eché de ver que no hay gozo verdadero sino en Dios. Y de vuelta de Torrecilla de la Orden, concebí el espanto y asombro de los juicios divinos con la nocturna tempestad.

Primer viaje a Medina del Campo, y en él conocimiento y admiración de las obras de Dios en las fuentes y arroyos, hierbas, collados y valles; y en especial en el sitio del Smo. Cristo de Travancos.

---

[30] CR. 371. *Hierarchia Catholica...*, V, Patavii 1592, 222.

Viaje a Valladolid, que ofrezco a Dios unido con el de Jesús a Egipto. El temor y espanto al oír las aguas del Duero. Peligro en el puente de Simancas. Enfrente a Aniago. Memoria del hospedaje.

En los viajes a Villagarcía aprendí para bien de mi alma: 1, con el susto al pasar el Duero por Cubillas; 2, con la pérdida: *vias tuas, Domine, demonstra mihi;* 3, con la soledad junto a Urueña; 4, con la visita a la Sma. Virgen de Tiedra, y tierra de S. Román; 5, con la vista de las iglesias de Pedrosa, Driedos, etc.: ¡Oh mi Dios, visitad con vuestra piedad toda aquella tierra!

En el último viaje a Villagarcía, dejando el mundo, hice noche en el Duero: *anima mea desideravit te in nocte.* Acordaréme de la fuente: *Domine da mihi hanc aquam...*

b) *Villagarcía de Campos. Noviciado y Juniorado (1728-1731).*

La fecha de entrada al noviciado la recuerda el P. Recio varias veces y en términos de suma veneración; pone además la lista de connovicios, de los que entresacaré solamente los que pasaron de misioneros a América, y llevan junto al nombre las letras *Ind.* de Indias. Al tratar del mes de peregrinación, uno de los experimentos estilados en el noviciado, menciona la que hizo a Ntra. Señora de la Peña, que supongo se refiere al célebre santuario de la Peña de Francia, provincia de Salamanca, celebrado en un drama sacro por Lope de Vega [31].

(f.° 37) «Jhs. Yo Bernardo Recio, pecador vilísimo, por especial misericordia de Dios entré en la Compañía de Jesús mi salvador, año de 1728 a 7 de septiembre, víspera de nuestra Señora. Y en memoria de este beneficio ofrezco a Dios la Tercia de cada día, y para cada hora la jaculatoria del salmo: *Bonitatem fecisti cum servo tuo, Domine*».

Rogaré a Dios por mis connovicios: H.° Bergara.—H.° Cardaveraz (ambos mencionados antes).—H.° Lucas Merino, Ind.—H.° Francisco Santa Cruz, Ind.»

(f.° 37v) «Acordándome que Jesucristo N. S. murió por todos estos que se dignó darme por hermanos, los tendré presentes al pie de la santa cruz: *ego omnium in Christo servus*».

(f.° 52) «Desde el año 1728 a 7 de septiembre en que recibí la mayor misericordia y bendición de Dios, entrando en religión; y en memoria diré: *benedixisti Domine terram tuam*».

(f.° 52v) «Desde los catorce años en la santa casa de Villagarcía: *Deo gratias*».

(f.° 92) Año 1752, en Guaranda (Ecuador): «Celebré mi entrada en religión».

(f.° 43) Listas de patronos de mes y año: «Año 1753. Cúmplense 25 años de religión: ¡qué cuenta daré a Dios! Válganme sus Santos. Haré cada día un obsequio a S. Fortunato mártir, patrono del colegio de Quito».

(f.° 80v) «Jhs. Fui con los novicios a Urueña, respeto a los eclesiásticos. Fui de novicio a S.ª de Pozuelo y al lugar de Tordehumos; amor a los testimonios y dolor por olvido de la llave. P. Atienza. Oración al Smo. Cristo.

Peregriné por obediencia a Nra. Señora de la Peña con los padres Josef Corzos y Juan Prieto. Fueron bienhechores Santiago García, el anciano cura en Urueña y Vargas. En Villalar, D. Alonso, P. Guardián y los padres del monasterio de la Espina. Nos humillamos junto a la fuente, y el caso con las dos mujeres. Haré obsequios a la Sma. Virgen. Cumplí, a Dios gracias, el fin de la peregrinación, enfermo con algunas incomodidades y desprecios; y volví lleno de gozo a la santa casa de Villagarcía, diciendo con júbilo: *haec requies mea in saeculum saeculi.*

---

[31] José Augusto Sánchez Pérez, *El Culto Mariano en España*, Madrid 1943, 316: trata del santuario y advocación de Ntra. Señora de la Peña de Francia, provincia de Salamanca, término de San Martín del Castañar, partido judicial de Sequeros.

(f.° 81) «Devotas peregrinaciones. Y primera a Nra. Señora de la Peña. Dolor del olvido y enojo. Memoria de mis padres Josef Corzos y Juan Silverio Prieto... A esta soberana señora saludaré diciendo: *Ave stella matutina-peccatorum medicina...*

(f.° 52) En Oñate: «Advierto el yerro de la disputa en el noviciado de Villagarcía, confundiéndome el humilde sentimiento del V. H. Simón Bucheri.

Terminado el noviciado y hechos a los dos años los votos simples de escolar, continuó el P. Recio en Villagarcía perfeccionándose en la retórica y poesía, según Janer, y pasó después a Santiago de Compostela, donde estudió tres años de artes o filosofía. De Santiago fue al colegio de Monforte de Lemus y por un año hizo el magisterio enseñando gramática a los niños. De Monforte a Salamanca, donde siguió el curso regular de cuatro años de teología y se ordenó de sacerdote. Finalmente, en Valladolid hizo el año de tercera probación, con lo que, terminado el curso de sus estudios y formación religiosa, fue destinado al colegio de Oñate. Este itinerario de los años juveniles consta con toda certeza en el manuscrito; lo que no figura en él son los años precisos en que se realizó. Dos fechas ciertas solamente aparecen: la de entrada al noviciado el año 1728 y la del primer destino a Oñate, que fue en 1740; pero estas fechas bastan para fijar con toda probabilidad el tiempo en la forma siguiente:

En Villagarcía, de septiembre de 1728 a octubre de 1731, en que pasó a Compostela para comenzar el curso por San Lucas (18 de octubre).

En Santiago de Compostela, de 1731 a 1734, tres años de estudios de filosofía.

En Monforte, de 1734 a 1735, un año sólo de magisterio.

En Salamanca, de 1735 a 1739, durante cuatro años, estudios de teología.

En Valladolid, de 1739 a 1740, año de tercera probación.

A Oñate consta que llegó por octubre (f.° 81), pasado San Francisco de Borja (10 de octubre), sin duda para comenzar el curso escolar por San Lucas.

c) *Estudios de filosofía. Santiago de Compostela (1731-1734)*

Las noticias que conserva el manuscrito se refieren al viaje de Villagarcía a Santiago; probablemente la fecha de llegada a la ciudad del Apóstol, un tanto anómala, si la frase «gozosa entrada por San Lázaro» (17 de diciembre) significa una fecha, y no, v. gr., algún lugar o puerta de la población; anómala digo porque entonces el curso se retrasó ese año un par de meses, a partir de San Lucas, en que comenzaban los cursos escolares. Contiene además la lista de los condiscípulos, entre los que señalaré, como antes en la de los connovicios, los que pasaron de misioneros a Indias; y algunos otros pormenores íntimos:

(f.° 80v) Viaje de Villagarcía a Santiago: «En el viaje a Santiago frecuenté las devociones, especialmente la Concepción: ¡Oh santo Apóstol, recibid mi peregrinación! Odio a los cantos y usos del mundo. Vista de Benavente y Astorga. Mansión en Villafranca (del Bierzo) del P. Alonso y Juan. Monasterio de Sobrado. Amor de pobreza, y gozosa entrada por San Lázaro».

(f.° 38) «Condiscípulos de Artes en Compostela». Siguen 17 nombres y al final de la lista añade: «y maestro dignísimo de todos P. Dom(ing)o Patricio Mager», que Janer

escrige «Meager» y Sommervogel «Domingo Meagher» (1703-1772), nacido en San Sebastián, profesor de filosofía en Compostela y de teología en Salamanca y Valladolid, autor de varias obras.

Pasados a América aparecen sólo dos: «H.º Miguel Barco. Mex.»: fue a Méjico y el año 1767 se hallaba de misionero en el pueblo de San Javier de California [32].

«H.º Josef Corzos. Perú», antes mencionado.

(f. 42) Santos patronos de mes y año: entre ellos señala «los de tres años en la ciudad de Santiago».

(f.º 52) Anota al parecer algún favor o luz espiritual y pone una fecha: «Día de San Matías (24 de febrero) de 1734 (señal de la cruz): *memoria memor ero.*

(f.º 52v) «En Santiago los tres años con gozo en Dios y paz con los hombres: *ab omni via mala prohibui pedes meos*».

(f.º 74) Entre las limosnas anota: «En Santiago ya, en limosna. A los niños de Chauchiños. Servir a los pobres en el hospital. Llevar la comida a la cárcel. Hice una doctrina y asistí a otras. Dejé el aposento para ejercitantes».

d) *Un año de magisterio en Monforte de Lemus (1534-1535)*

De este tiempo dice Janer que el primitivo fervor espiritual del P. Recio sufrió algún enfriamiento, sin que llegase a degenerar en relajación, pero que la advertencia de un compañero de teología le hizo entrar en sí y volver a la antigua vida interior, cambio que se notó principalmente desde la ordenación sacerdotal, y como veremos, durante los años de Oñate. A esto parecen referirse varias notas misteriosas del manuscrito:

(f.º 80) Viaje de Santiago a Monforte: «Viaje a Monforte a vista de Monte Sacro. ¡Oh si la villa para remedio de pobres! Vi a los prisioneros ladrones. En Chantada aprendí recato con mujeres. La caridad con los pobres en Belesar. El peligro de que me libró la Sma. Virgen en el monte: *averte oculos tuos.* A Vista del valle de Lemos, pensamientos: *deduc me Domine in iustitia tua*».

(f.º 41) «Jhs. Los Padres y Hermanos que conocí en Monforte»: siguen 21 nombres; a continuación añade los de dos criados: «N. Cano, F. Juan» y de este segundo dice que «entró para Indias», caso no único de sujetos que los padres procuradores de Indias admitían para las provincias ultramarinas.

(f.º 52v) En Oñate: «Desde Monforte a Oñate: *redime me et miserere mei*».

(f.º 55v) En Salamanca, 1746: «acordaréme con lágrimas de amargura de la semana santa en Monforte», y más abajo: «En la víspera de San Mateo (21 de septiembre). *O vos omnes qui transitis per viam. ¡Oh quién diera agua a mi cabeza y a mis ojos dos fuentes!*» (esto último subrayado en el manuscrito).

(f.º 74) Limosnas: «En Monforte fui al hospital muchas veces, algunas veces a la cárcel. Di a un peregrino ropa. Algún agasajo a Isidoro y otros niños».

(f.º 97v) «Encomendaré a Dios a mis discípulos de Monforte»: sigue una lista de 50 nombres, algunos apenas recordados, lo que supone que está escrita años después, tal vez en Quito: «Luis inocente (entre líneas: Vega). Niño del Veedor. El de Piñeira. El adulto depositario. El del médico. El del cáliz. El de la montera. El de la capa. El mozo agraviado. Niño de los señores de Lor. El joven de Poys». De varios pone sólo el nombre o el apellido, no recordaba más. Al final de la lista añade la suma de cincuenta, con la siguiente advertencia: «50, pero serían ciento, y con los demás llegarían a 300».

---

[32] José Mariano Dávila y Arrillaga, *Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús del P. Francisco Javier Alegre*, II, Puebla (México), 1889, 348.

e) *Curso de teología en Salamanca (1535-1739) y año de tercera probación en Valladolid (1739-1740).*

Recuerda el P. Recio su viaje de Monforte a Salamanca, en el que parece pasó por Alaejos, y ciertamente por Villagarcía; sus condiscípulos de teología, una piadosa peregrinación a Alba de Tormes donde veneró las reliquias de Sta. Teresa, y varias obras de misericordia practicadas en esta época. Nada dice de su ordenación sacerdotal, aunque en el viaje siguiente a Valladolid sí alude a la primera misa celebrada en Alaejos ante su madre, que aún vivía.

(f.° 80v) «Caminando de Monforte a Salamanca, erré la senda y peligró la bestia. Soledad de Louzarela. Caída y engaño del mozo, que juzgué: perdónole para que Dios me perdone. ¡Ay santa casa de Villagarcía!, después de los peligros en Maragatería y Bañeza, Astorga y Benavente. En casa (Alaejos) aún con temor de Dios; gracias por todo, y especialmente por la entrada por Zavaco en Salamanca».

(f.° 38) «Condiscípulos en la teología de Salamanca»: siguen 36 nombres, y al fin de la lista: *qui stat videat ne cadat*, probable alusión velada al estado interior de lucha por la renovación espiritual, antes aludida.

(f. 74) Entre las limosnas y obras de misericordia: «En Salamanca y Valladolid: llevé la olla a los presos en tres cárceles, y confesar en ellas al de Ceuta, al Loco, al Cro. (?) Frías. En los hospitales Esgueva y Real, Santa María la Blanca y General».

(f.° 81) «Devotas peregrinaciones: ... Peregriné a venerar en Alba el corazón de Santa Teresa, y diré a menudo la oración devota de su transverberación: *Deus qui illibata praecordia beatae virginis Teresiae*»...

Notas del año de tercera probación en Valladolid:

(f.° 80v) Viniendo (de Salamanca a Valladolid) oí hablar de aquel santo labrador. Caridad con el pobre en Orbada. Compasión de aquellas mujeres. Admiré la bella tierra (Alaejos): misa en Santa María y fiesta a que fue la difunta (madre): ¡Ay Dios! Fuente de Siete Iglesias. Peligro en Tordesillas. Aniago y pérdida, vista y entrada: *introibo in domum tuam*».

(f.° 38v) «Compañeros en la tercera probación»: siguen trece nombres, y al final: «P. Juan de Loyola, dignísimo Instructor». La dirección del P. Loyola debió ayudarle mucho en la recuperación espiritual [33].

4. Primeros trabajos sacerdotales en Oñate y Salamanca (1740-1746)

Terminado así el curso completo de sus estudios y formación religiosa, el P. Bernardo Recio fue destinado al colegio de Oñate como profesor de gramática; y junto con la tarea de las clases comenzó los primeros ensayos del mi-

---

[33] En otra lista de difuntos de la provincia de Castilla (f. 66): «P. Gregorio Hernáez, mi maestro, visitador en México», y (f. 66v): «Año 1751, un novicio para Indias..., P. Andrés Zárate, visitador de Quito» del cual en (f. 39v) «en las visitas de tres provinciales (de Castilla, el 2.°) P. Andrés Zárate». Finalmente (f. 73): «Siervos de Dios que murieron en Salamanca... En febrero es la memoria del P. Josef Acosta, a quien reveló un ángel la venida al Perú, de donde vino y murió aquí rector».

nisterio en que más se había de señalar en sus años posteriores, a saber, la predicación en misiones populares. Las notas íntimas del manuscrito nos demuestran que estos años de Oñate fueron de enorme influencia para la vida espiritual de Recio, y que durante ellos emprendió con resolución un paso esforzado en el camino de la santidad, tanto en lo tocante a la oración, devoción y vida interior, como en los trabajos del apostolado. Dios premió sus esfuerzos concediéndole aquí en Oñate el primer llamamiento para las misiones ultramarinas.

a) *En Oñate, maestro de gramática y misionero popular (1740-1745).*

El P. Recio tuvo en alto grado de estimación el humilde ministerio de la enseñanza a los niños, y supo ver en él un gran medio de meter a Jesucristo en las almas aún incontaminadas de la juventud, enseñándoles juntamente con los rudimentos de latín el temor y amor de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. En Oñate, después de unos recuerdos del viaje, anota la lista de sus discípulos, y otra de la comunidad jesuítica del histórico colegio santificado con la presencia de San Francisco de Borja, cuando se ocultó allí huyendo del cardenalato, para hacer el noviciado religioso y prepararse a decir la primera misa. La ida a Oñate debió hacerla Recio en el otoño de 1740, para llegar por San Lucas, en que comenzaban las clases.

(f.º 81) Viaje de Valladolid a Oñate: «Yendo a Oñate, ¡ay Dios!, tuve el susto grande de la muerte, y gracias a Dios que me libró de tres peligros en Dueñas, Torquemada y Escoriaza. Encomendaré a Dios a Palencia. Quedé en Burgos, P. Dutari. Perdí el santo rosario y el lienzo: *averte faciem tuam*. Lección espiritual en Vitoria donde el H.º Imatz. Bienhechores».

(f.º 97v) «Jhs. Acordaréme que San Luis Gonzaga deseó leer gramática, teniendo una santa envidia a los que la leían, a los cuales solía llamar bienaventurados por tener tan santa ocupación».

(f.º 98) «San Juan Francisco Regis leyó gramática antes y después de sus estudios, pero ¡ay! no como yo. Juntamente con las letras les imprimía un profundo amor y respeto a la divina majestad.

Acordaréme delante de Dios de mis discípulos en Oñate»: sigue una lista de nombres, y al final como suma el número 87, pero los nombres no son tantos, sin duda por no recordarlos todos. De ellos «Pedro Elorza, religioso, d.—Josef Alzaga, religioso jerónimo.—Pedro Unzueta, religioso, d.—Francisco Palacios, religioso franciscano.—Josef Abarisqueta, jesuita.—Francisco Javier Basterrica, jesuita.—Juan Zárate, religioso de S.º—Nicolás Guereta, limosnero». A continuación de la lista añade: «Consuelo en la expresión del P. R(ector) Juan de Losada. Aliento en la persecución del Padre con maestro por la exacción en el tiempo de estudio», que se refieren sin duda a episodios corrientes en la vida de colegios.

(f.º 39v) «Jhs. Moradores en Oñate, año 1740». Este año fija la llegada de Recio a la noble villa guipuzcoana. Siguen 25 nombres; los catorce primeros formaban la comunidad el año 1740, de los que nueve son padres y cinco hermanos coadjutores; los demás vivieron en el colegio en años posteriores. Entre éstos los padres Agustín Cardaveraz, antes mencionado; Miguel Gazólaz, de quien vuelve a ocuparse el P. Recio; «P. Pedro Larreta, de quien aprenderé laboriosidad; P. Juan Bautista Mendizábal, imitaré su caridad; P. Pedro Zabala, conmisionero; P. Alonso Tobar, condiscípulo». Este último aparece efectivamente en la lista de compañeros de Recio en filosofía; el P. Pedro

Zabala fue su compañero de misiones en vascuence por varios pueblos de Guipúzcoa, de que me ocuparé en seguida.

(f.º 52v) «Víspera de Navidad, celebré la primera misa larga por devoción en la capilla de Oñate, ayudando Javier Bazterrica». Este es un alumno, antes mencionado, que entró jesuita; la devoción de decir algunas veces «misa larga», era común en la generación de los padres Baltasar Alvarez y Luis de la Puente, pero requería encontrar ayudante benévolo.

(f.º 53) En Oñate: «En 14 de diciembre, la impaciencia en el aula: no más, Señor. Si con celo avisare o reprendiere a alguno, miraré a Jesús.

Gracias a Dios que me dejó en la gramática año de 44. Noviembre de 44 fue para mí mes de devoción.

Víspera de Ramos, imitando al P. Gonzalo Marín, me humillé besando los pies a los discípulos, que remití; lo que hice cada año, imitando a Jesús, que dijo: *exemplum dedi vobis*».

(f.º 54v) «Antes en el (año) de 44 y 45, día de San Ildefonso (23 de enero) tuve el destino y mudé de oficios. Suplí en Menores. Leí a mis discípulo y a otros las cuatro máximas. Probablemente a este cambio de destino dentro de Oñate se refiere el agradecimiento a Dios por haberle dejado en la clase de gramática, antes mencionado. La clase de gramática en los colegios de la Compañía, siguiendo la ordenación del *Ratio Studiorum*, se dividía en tres cursos o aulas, de mayores, menores y mínimos, correspondientes a los de gramática ínfima, media y suprema, que aún subsisten en los estudios particulares de la Compañía para sus religiosos jóvenes.

(f.º 54v) Al tiempo de las vacaciones escolares pertenecen algunas peregrinaciones que Recio menciona en Oñate: «Peregriné al devoto desierto de Aránzazu: tiernas lágrimas delante de la Sma. Virgen, a quien saludaré con el himno *Ave maris stella.*»

«Fui también a pie al santuario de Loyola con mi amado P. Francisco Monroy, que ya me llama a la casa de la eternidad.»

(f.º 74v) Finalmente al capítulo de limosnas se refieren algunas hechas a los mismos alumnos, que los habría de toda suerte, ricos y pobres: «En Oñate. Empecé en nombre de Dios nuestro señor y con licencia del superior, haciendo vestir a los cuatro niños pobres. Y después repartí: camisas nuevas, 12, viejas, 13; jubones nuevos, 21; usados, 10; calzones nuevos, 22; viejos, 5; dos casacas a Sebastián y Elguero; monteras, 7; tres mortajas a niños, tres reales para la de Martín. Los niños de Agulandi.»

No se contentó el P. Recio en Oñate con el pesado y humilde oficio de maestro de gramática, y ejercitó también la predicación en misiones populares. Según el P. Janer, comenzó por estudiar el vascuence, y en tres meses salió con él, de tal manera que presentándose a examen fue aprobado como apto para predicar y confesar en dicha lengua [34]; y así lo hizo de allí adelante, no sin admiración de todos. El compañero de misiones fue el P. Pedro Zabala, antes referido. Los lugares de misión son la mayoría anteiglesias, aldeas y aun tal vez ermitas, no muy distantes de Oñate, y no todas he podido localizarlas en el Diccionario de Madoz, pero sí gran parte, muchas pertenecientes a Guipúzcoa, algunas a Alava. He aquí las notas del manuscrito:

---

[34] CR., 24. Toda esta materia de la estancia del P. Recio en Oñate la he tratado más despacio en el *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, año XV, cuaderno 1.º, con el título «Sobre el Colegio de la Compañía de Jesús en Oñate a mediados del siglo XVIII».

(f.° 39) «Alabado sea el Smo. Sacramento del altar: promoveré esta salutación.

Lugares de misión. En Urréjola por octubre, tres días. A la mañana en la oración: *in matutinis meditabar in te.* La vista de las peñas con M... Lloraré día y noche. Via crucis.

En Araoz a los 14. C: *memento mori,* la muerte de Agustín. En San Elías misa y en Aránzazu: *verebar omnia opera mea.* Lloraré la risa, presunción y falta de caridad. Al venir, día de San Pedro Pascual (6 de diciembre). Ayudé en la misión de los Padres de San Francisco, año 1743.

En Narbaja. Gracias a D. Francisco Larrínzar. Restitución al convento de Barria [35] y en San Juan de Aitzpuru.

En Ozaeta; San Juan y la Palma. Beneficios de los Hermanos Abecias. La mortificación de sangre. El tierno sentimiento junto a la cruz. La caridad en el hospital.

En el valle de Léniz. A los niños de la escuela. Fui al hospital. Impedimos las mezetas *(sic)* del valle. La diaria devoción a San Miguel. Día de la penitencia valle de Josafat. El sermón y fiesta de San Javier. La misa en honor y veneración de Santa Lucía en su iglesia.»

Junto con la clase de gramática y las misiones, practicaba otros ministerios espirituales y diversas obras de misericordia; menciona especialmente varias tandas de ejercicios espirituales, empleo que le veremos ejercitar largamente en su vida posterior.

(f.° 53v) «Practiqué el doctrinar a los pobres los sábados en Oñate tres años, dos en Sevilla, desde el día de la Purísima Concepción dos veces en semana; y en el Puerto de Santa María domingos a los hombres y jueves a las mujeres y niños, por amor de Cristo; en Salamanca a los estudiantes y gente de fuera, sábado y otros días. Algunos días en Cuenca (Ecuador), Hambato, Ríobamba, etc.»

(f.° 54v) «Acordareme del P. Pedro Zabala, compañero en misiones; el ayuno, etc. Peregrinación a Ntra. Señora de Aránzazu y despedida del santuario de Loyola».

(f.° 74v) «En Oñate: lavé y calcé a un peregrino; a otro vestí enteramente. Acostumbré dar de comer algunos, y los sábados doctrina a todos. Abogué por pobres dos veces. Consolé enfermos con frecuencia y auxilié siete moribundos.

La restitución de 160 reales y la limosna de doce y quince al monasterio de Nuestra Señora de Barria, y otras restituciones. Las paces de Eugenio y Osinaga. Los ejercicios de Dert(ea)no, y cuantos hicieron clérigos y seculares, 120.

El bien del Marqués. Confesión del pobre alavés... El vestido de Man. en Jueves santo. Los regalos a enfermos. El cuidado de niños huérfanos y pobres viudas.

Las limosnas que recogí en dinero y ropa en Alava con la bendición del P. Rector: *verebar omnia opera mea.*

b) *Un año en Salamanca (1745-1746).*

Aunque alguna vez reduce el P. Recio su permanencia en Oñate al tiempo de cuatro años (f.° 52v), sin embargo otros varios lugares permiten asegurar con certeza que la permanencia se continuó por todo el curso escolar de 1744

---

[35] El monasterio de Ntra. Señora de Barria ocurre más abajo (f. 74v). Según Madoz se trata de un convento antiquísimo de religiosas cistercienses, anterior al de las Huelgas de Burgos, en la provincia de Alava, partido judicial de Salvatierra, situado en la falda meridional de los montes limítrofes a Oñate, próximo a Narbaja, Zuazola y Aspuru, que debe ser el San Juan de Aitzpuru citado por Recio.

a 1745, al fin del cual, por el otoño, para San Lucas pasó a Salamanca: el día de San Francisco de Borja (10 de octubre) estaba de viaje, y el de Animas (2 de noviembre) se hallaba en la ciudad del Tormes. Aquí le dieron el cargo principal de prefecto de la congregación mariana de estudiantes de la Universidad, que él se dio maña para simultanear con otras muchas obras de misericordia y trabajos apostólicos; además, continuó con fervor el camino de santidad reemprendido en Oñate. La fama de su virtud, su humildad y afabilidad, según Janer, le dieron mucha reputación y atraían a él las gentes [36].

(f.° 81) Viaje de Oñate a Salamanca: «La despedida de Alava, en Aránzazu y Zalduendo y otros lugares; licencia limosna monasterio. En Ozaeta, Araoz y antes en San Juan, etc. En Léniz y Mondragón memoria de los bienhechores. Encomendaré a Dios a Vitoria. Sermón en Monasterio y la lección del P. Eusebio (Nieremberg) en Villa Rodrigo.

Obediencia en Burgos. Confesión en Dueñas; las uvas en monasterio del Císter. Cruz en Valladolid. Regalo de lágrimas en Simancas por San Francisco de Borja (10 de octubre). Impaciencia en Tordesillas y devoción en mi patria (Alaejos) y al entrar en Salamanca» [37].

(f.° 74v) Limosnas durante el viaje: «*In via.* Caridad a la religiosa de San Agustín. Sermón en Monasterio. Di pan a los niños; convite a pobres en Pancorvo. Los cuartos de limosna, al salir de mi país (Alaejos) documento a los trabajadores. Caridad en Parada, etc.

(f.° 40) «Jhs. Memoria de los padres y hermanos en cuya compañía viví en Salamanca por gran misericordia de Dios, año de 1745 y 6»: siguen los nombres de 32 padres, 33 hermanos escolares y 19 coadjutores, más un novicio también coadjutor. Entre ellos:

«P. Luis de Losada. D», el célebre y agudísimo escritor.

«P. Juan de Loyola, prefecto de espíritu», o padre espiritual de la comunidad.

«P. Fernando Morales, P. Ignacio Ossorio» y los indianos siguientes:

«P. Domingo Muriel, Ind.», el célebre misionero y provincial del Paraguay, autor de los *Fasti Novi Orbis*.—«P. Bernardo Martín, Ind.—P. Miguel Ibaseta, Santa Fe (Bogotá).—Hermanos Berrío y Berrojo, Ind.—Hermano Reol, Chile». También figura el Padre Isidro López, cuyo nombre sonó mucho años adelante en España cuando el motín de Esquilache.

(f.° 53v) «Tendré en memoria la tempestad y congoja al entrar en Salamanca. El obsequio que hice a Santo Domingo de Silos, y después en Sevilla. Cuidado de la Congregación, gracias a Dios, me pesa del exceso. Día de San Anselmo (21 de abril) en el hospital y en la iglesia catedral donde San Ignacio hizo oración. Sermones en el Trilingüe».

(f.° 55v) «Día de San Bartolomé (24 de agosto), memoria de la peregrinación a Santa Teresa en Alba, 12 confesiones. Esta noche y la de San Agustín (28 de agosto) salí a confesiones. Obediencia en las funciones y en especial en cuatro sermones y pláticas. Devota romería a la Virgen de la Vega, ida a San Jerónimo. Aquí este día me dijo el pobre que se le apareció Satanás, y el otro aldeano me dio parte de su pavorosa visión. Canté la misa de la Virgen, con 45 confesiones. Cuidado con las rúbricas, sabré de memoria lo que se dice al incensar siempre».

(f.° 75) Obras de misericordia: «En Salamanca: escribí en favor de pobres quince veces; en bien de la congregación 60 veces. Pobres socorridos: 1, Pedro de San Blas desde el día de Animas (2 de noviembre).—2, Sebastián de San Cristóbal.—3, Toribio de San Millán.—4, Miguel de San Juan de Barbalos.—5, El Sastre de los huérfanos: ¡Válgame las cinco llagas de Jesús! Di camisas, tres; zapatos, dos; almillas, una; a Miguel Rodríguez di capa y plato, etc. El cuidado de las cárceles, los libritos y estampas.

---

[36] CR., 24.

[37] La referencia a las uvas en la trapa de Dueñas y a la fiesta de San Francisco de Borja, expresan el tiempo del viaje, probablemente para comenzar el curso por San Lucas.

Los pequeños regalos a D. Fernando, D. Diego, Benito, Diego el de Parada, la ida al médico, y el de Siete Iglesias. La caridad con el expulso Caro, bula al moribundo. Piedad con Domingo y la escuela a tres niños.

Confesiones generales a Ríos (señal de la cruz) y otros. Sermones en Trilingüe y doctrina a los pobres. A casa de Aparicio con la nieve. Máxima de San Francisco de Jerónimo: Ni matrimonio ni demonio.

Deuda de la congregación pagada: 2-500-0. Hice caridad a Eugenio y sus niños; negocio de Padilla. Amistad santa con D. Luis Lz. de R. Las idas por Monte Olivete a Nuestra Señora: *monstra te esse matrem*. Limosna y confesión del manco de San Blas. Entierro del estudiante, cinco veces los altares; la paz cuando besé los pies. Limosnas y obras que me hizo el pobre portugués. Desde Ceniza la disciplina y el buen entable de los Ejercicios.

Solemnicé el día de la Presentación de Ntra. Señora (21 de noviembre). Lloré la falta en San Esteban, y predicando en la lonja (señal de la cruz). En casa con el P. Gabriel [38] y el nombre de Prefecto».

(f.° 57v) «Uno y ofrezco a Dios lo poco que hice, con lo que hicieron tan dignos prefectos de la congregación de Ntra. Señora de la Anunciata, como el V. P. Juan de Barrayarza, P. Pedro Muñoz, P. Matías Artasso, P. Juan de Abarisqueta, y otros: *particeps ego sum omnium timentium te*...

Ofrezco a Dios los muchos pasos que di para su gloria y en bien de las almas. Sermones dos y muchas visitas a la santa iglesia catedral y a muchas de las dieciséis parroquias. Al hospital general en salas de heridos, calenturientos y mujeres: ejemplo de la condesa de Alba. En Santa María la Blanca dos veces y veneré a Santo Tomás. Al de San Antonio Abad y al del Amparo. Veneré al Smo. Sacramento en San Basilio, visita de San Bernardo. Ida al Calvario y Padres Capuchinos. En San Benito y Santa Ursula, Santo Domingo, San Agustín y San Francisco: *in ecclesiis benedicam te Domine*. En San Norberto, San Cayetano, iglesia en que está San Carlos. Ida gozosa a Guadalupe. Dios N. S. bendiga a tan santas comunidades: *in domo Patris mei mansiones multae sunt*».

c) *Vida interior y principios de vocación misionera.*

De propósito he dejado aparte las muchas referencias que hay en el manuscrito del P. Recio a la vida interior de fervor espiritual que, después de alguna vacilación de juventud en Monforte, a que antes he aludido, emprendió con paso decidido y entrega total en los seis dulces años de Oñate y Salamanca, y que culminó con la vocación de misionero a Indias que nació en estos años, como veremos.

La vida espiritual del P. Recio pertenece a la escuela castellana clásica, y se caracteriza por la práctica de la oración mental, frecuente y dilatada, por asperas penitencias corporales con que mortificaba los brotes de su temperamento, por la devoción y culto de los Santos, cuyas iglesias y santuarios tenía gusto en visitar y a los que hacía numerosos obsequios y novenas, pues debió ser gran rezador, por el ejercicio de las virtudes en las que aparecen como preferidas, además de la caridad y misericordia con el prójimo, la mansedumbre y la humildad. Lo cual nos introduce a ver en el P. Recio un carácter alegre,

---

[38] El único P. Gabriel de la lista de compañeros de Salanmaca (f. 40) es el P. Gabriel del Barco, que ocurre más abajo (f. 55), y con quien parece haber tenido Recio algún disgustillo.

emprendedor y dominante, que él trataba de sujetar refrenando la risa, de que hay no pocas alusiones, y con la humilde mansedumbre y sujeción al criterio de los otros; espíritu además no insensible a la poesía, de que hizo algunas pruebas, y sobre todo a los bellos o grandiosos espectáculos de la naturaleza, de que abundan las noticias en los años de América.

(f.° 42, 43) Lista de los Santos patronos de mes y año: «escríbolos para imitar a mi santo hermano San Estanislao de Kostka». Figuran los de Oñate desde agosto de 1741, y años siguientes; en el de 1746 escribe: «Y yendo a Sevilla, el Santo Angel» (2 de octubre), que expresa el fin de la estancia en Salamanca.

(f.° 52) Oñate. «Propósitos desde el día de los Santos Reyes en la renovación de 43: 1, Según la práctica del P. Tomás Ledesma, haré confesión general al fin del mes y cada semana.—2, día de retiro al mes; media hora de oración a las tardes.—3, y las diarias devociones a Ntra. Señora.

A 3 de agosto día jueves a las 5; y el día 4 de las 8 a las 10, año de 40 y uno: *magnificat anima mea Dominum*. Invocaré por eso cada día a San Esteban, Santo Domingo y San Luis.

Por satisfacer en algo a mi Dios, me di al ayuno que me enflaqueció, y me abstuve a tiempos de... (signos ilegibles). Del vino me abstuve en Oñate y Salamanca; y en Sevilla, Trigueros y Puerto (de Santa María) a tiempos, por imitar a San Juan Bautista, Santiago y San Juan Francisco Regis.

En Oñate donde tuvo su noviciado San Francisco de Borja, *dixi: nunc coepi*».

(f.° 52v) (Desde Monforte a Oñate: *redime me et miserere mei*. Aquí cuatro años; y en los primeros quietud y deseo de la perfección: *faciens misericordias Dominus*.

Conmemoración de Santiago en septuagésima de 43. Poco después la de N. P. San Ignacio (canonización, 12 de marzo) en la dominica de Lázaro: harelas algunas veces para suplemento. Por marzo de 43 el himno de San Casimiro a la Sma. Virgen María.

Reflexión sobre las seis horas de sueño. Representación del abismo del P. Colibrant. Cielo hermoseado en la visión del H. Gonzalo Juste. Día de San Juan Francisco Regis (16 de junio) ofrecí no probar vino en obsequio de la Virgen.

Por adviento ofrecí estudiar a lo menos media hora de Moral... Quise en Salamanca y aprendí humildad. P. Juan Sebastián Parricio (de la Parra) solía *(sic)*».

(f.° 53) «Cuatro consideraciones de S. Bernardo que han de ser frecuente materia de mi meditación: 1, la creación y conservación en el ser de hombre; 2, el ser redimido con la sangre de Jesucristo; 3, la satisfacción de que soy deudor a Dios nuestro señor; 4, el premio de la gloria que su Majestad me ofrece.

Víspera de San Simón y San Judas (27 de octubre) sentí un vehemente afecto al Santísimo Sacramento. Recé el rosario tres veces: por el P. Superior, P. Miguel Gazólaz y H. Agustín Verín. Noviembre de 44 fue para mí mes de devoción. Entré bien preparado a los Ejercicios que hice bien, gracias a Dios. Cada día devoción y memoria de San Francisco de Borja, mi señor».

(f.° 53v) «Año de 45, Oñate. En el santo día de los Reyes (6 de enero) lleno de consuelo y confianza, ofrecí a Dios cumplir los siguientes propósitos: 1, examinarme cada hora imitando a N. P. S. Ignacio; 2, hablar siempre en presencia de Dios N. S.; 3, tomar la comida y bebida como medicina solamente; 4, me afeitaré sólo por necesidad y de quince en quince días, que así se estilaba antes en Salamanca; 5, procuraré estar siempre con alguna mortificación según la regla: continua mortificación en todas cosas posibles. Me acordaré con gozo del retiro y devociones en la iglesia de Oñate».

(f.° 54) «En la octava de N. P. S. Ignacio recibí la mayor misericordia; otro año renové en ella el cuidado de la oración, y media hora *vespere*. Desde la Sma. Trinidad en Oñate y Araoz estilaba el meditar antes de la cena en lo pasado, y después de examen un cuarto en la Pasión. Víspera de N. P. S. Ignacio bebí agua: no lo haré jamás sin gran necesidad y licencia. Haré siempre oración antes de escribir a alguna parte o persona; y en casa viviré como en un yermo. Mira que una soga servía de silla al Padre

Melchor Venegas. Mirando al cielo y al arco iris, devoción con lágrimas; otros tiernos sentimientos y afectos tuve en Oñate mirando al cielo».

(f.° 54v) «Día de septuagésima de 45 propuse por ningún caso probar el vino. Imitando al V. P. Pedro Villar no daré a besar la mano a mujeres. En los sermones observaré la instrucción de San Francisco de Borja. Imitando al V. P. Baltasar Alvarez que usaba silla sin respaldar, no me arrimé y después usé de banquilla y taburete. Miércoles, viernes y sábado santo ayuné a pan y agua en Oñate, y después cada quince días. Gozo en el *Te Deum* en Santa Ana todos los días mayores. Cada día penitencia en refectorio y siempre silencio».

Varias veces hemos visto aludir al P. Recio a la práctica de dar ejercicios espirituales en los cinco años de Oñate; en Salamanca vuelve a ocurrir el mismo fructuoso ministerio. Gran gozo interior debió experimentar al encontrarse aquí a su antiguo director espiritual, P. Juan de Loyola, con el cargo de P. Espiritual de la numerosa y selectísima comunidad del teologado de la provincia jesuítica de Castilla; y con él trató largo y le comunicó, aun por escrito, las cosas de su espíritu. Finalmente, como muestra de su devoción a la Virgen María, trae el manuscrito una carta de esclavitud mariana, hecha en Oñate y renovada en muchos lugares de España y América; uno de los anotados, Salamanca, por San Lucas del año 1745, nos confirma la suposición antes hecha por otros indicios, acerca de la llegada a esta ciudad.

(f.° 55) «En Salamanca. Sentí gran consuelo en las Pascuas con los santos cantares y antífonas: *o admirabile commercium*. Turbose este contento el día 2 de enero con la falta de mansedumbre. Encomendaré a Dios al P. G(abriel del) B(arco) y cerraré los labios a toda queja. Gozo con la blandura a mis hermanos: encomendarelos mucho a Dios N. S. Al visitar al Santísimo a las noches diré el *miserere*.

El celo en los ejercicios (de los congregantes al parecer), dos veces tiernas lágrimas. Alegría el domingo de Ramos y jueves santo de 46; sábado santo a las 6 en la iglesia después de la carga cuaresmal: *nunc coepi*. Lunes de aguas renové el propósito de la mortificación, y la costumbre de dejar tres días la porción. Por amor al recogimiento nada haré sin licencia. Mi quehacer hasta los ejercicios será vivir en soledad».

(f.° 55v) «Aquí en Salamanca, víspera de San Bernardo (19 de agosto) al entrar en casa a las seis. Siete cuartos de oración tuve el día después en que pasé la agonía de noche. Después el lunes en el oratorio la mayor misericordia de Dios: *Bonus es tu*.

Singular consuelo en tener al P. Juan de Loyola, comunicándole el espíritu en repetidos escritos, y haciendo confesión general; al principio cada mes y en el retiro de Santa Clara. Memoria del día de San Lorenzo en Oñate y del consuelo día de la Asunción: *O gloriosa virginum*».

(f.° 64) «Carta de esclavitud a Ntra. Señora», escrita en estilo notarial y rubricada con la propia sangre: «Sepan todos cuantos esta carta leyeren, como yo, Bernardo Recio, me vendo por esclavo perpetuo de la Virgen María Ntra. Señora», etc. Al final añade los sitios donde la hizo o renovó: «Primero en Oñate, día de Santo Domingo (4 de agosto) de 1744. Bernardo Recio. Después en Salamanca, día de S. Lucas y a 19 de abril. En Sevilla día de la Purificación, y el sábado santo de 47 en el colegio de Trigueros. Item en Sevilla, día de San Hermenegildo, y en la fiesta de las Nieves; y de vuelta de las misiones, día de la Expectación. En el Puerto de Santa María cada sábado, y más solemnemente en la renovación de San Pedro, y en el día de la solemne profesión. Sigue en Cartagena de Indias, Panamá, Guayaquil, Quito varias veces, etc.

II

VOCACION DE MISIONERO Y VIAJE A INDIAS

El principio de su vocación misionera lo sitúa el P. Recio sin la menor duda en Oñate, con ocasión de haber oído leer una carta del P. General de la Compañía, que lo era entonces el P. Francisco Retz, aunque sin especificar si se trataba de carta colectiva o circular de las que los padres Generales escriben a veces a toda la orden, o de alguna especial de exhortación a las misiones, gestionada por los padres procuradores de Indias, que traían siempre como encargo principal recoger en España o países amigos, no exceptuados por el Consejo de Indias, buenas expediciones de religiosos para sus respectivas provincias o misiones ultramarinas. Pero fue en Salamanca donde dio el paso decisivo y escribió, a 16 de febrero de 1746, la consabida carta de *indipeta* dirigida al mismo P. General, que no tardó en obtener respuesta plenamente aprobatoria, y a 19 de julio de 1746 fue adjudicado a la provincia de Quito. La Compendiosa Relación proporciona un dato nuevo relativo al P. Fermín Orquín, joven navarro que acabados sus estudios marchaba de Salamanca a Sevilla, con ocasión de haberse abierto una nueva puerta para las misiones gentílicas, probablemente en el Darién o Veraguas cerca de Panamá, dependientes de la provincia de Quito. Orquín invitó al P. Recio a que se fuese con él y «fue tan eficaz su persuasión, dice, que en fin me deliberé a seguirle» [39]. Como el P. Orquín llegó a Sevilla el 11 de noviembre de 1745, según veremos en seguida, puede suponerse que la decisión la tomó Recio recién llegado a Salamanca por el otoño de dicho año. Entre los dos se trabó íntima amistad, Orquín hizo el año de tercera probación antes de embarcarse bajo la dirección del P. Recio, y éste lo asoció como compañero predilecto para sus misiones en Andalucía y durante el viaje en los lugares de tránsito.

He aquí varias noticias del manuscrito que pueden referirse a este asunto:

(f.° 53) En Oñate declara su devoción a Santa Rosa de Lima: «A Santa Rosa de Santa María cada día invocaré»; y en la carta de esclavitud mariana mencionada arriba, pone como intercesores, entre otros santos, a la misma Santa Rosa y a la entonces venerable, hoy Santa Mariana de Jesús, la azucena de Quito.

(f.° 54) En Oñate: expresa su devoción a San Francisco Javier, y que cada día rezaba la oración misionera del Santo que comienza: Eterno Dios. «Al año dos veces la novena de San Francisco Javier, cada día la oración Eterno Dios, y desde entonces afecto a las Cartas de este apóstol que leí en Quito, año de 53».

(f.° 54v) «Año 1746. Habiendo oído la carta de nuestro padre General en Oñate con veneración, escribí a nuestro Padre desde Salamanca a 16 de febrero. Hice cuatro novenas para el acierto».

Día 19 de julio fui asignado a Quito: oración larga en el oratorio. Antes del día de San Marcos (25 de abril) me resigné con indiferencia. Día después de San Bernado (20

---

[39] B. RECIO, *Compendiosa Relación de la Cristiandad de Quito*, Madrid 1947, 158 (CR).

de agosto) a la noche sentí la primera y única tentación en esto. Nombre de Jesús y a 25 de enero: *Domine quid me vis facere.*

(f.° 55) En Salamanca: «Memoria de la luz de lo que pasa en la tierra con ocasión de la venida de los padres procuradores de Indias». De Quito no quedaba sino uno, como indicaré, el P. Tomás Nieto Polo; debe, pues, tratarse de los procuradores de otras provincias ultramarinas.

(f.° 55v) En Salamanca dice que leyó vidas de Santos y de Varones Ilustres de la Compañía de Jesús, indudablemente en los tomos de Nieremberg, Andrade y Cassani. Entre ellas las de varios misioneros: «Al fin leí en Salamanca las vidas de San Juan Francisco de Regis y San Luis Gonzaga; P. Melchor Núñez Barreto (India Oriental); P. Francisco Aguado, a cuya imitación ni aun a los niños tocaré; P. Diego Martínez, extático (Perú); P. (San) Pedro Claver, espejo de mortificación; P. Juan Mada, en Brasil; P. Esteban Fabro, en China; P. Antonio Rubino, Indias».

1. En viaje a Indias (1746-1749)

El P. Recio salió de Salamanca el 1.° de octubre de 1746 y llegó a Sevilla a 20 del mismo mes; pero hubo de detenerse por espacio de dos años y medio hasta 27 de mayo de 1749, a causa de la guerra entre España e Inglaterra que hacía peligrosa la navegación.

a) *Viaje de Salamanca a Sevilla*

El manuscrito nos da el itinerario por Alaejos, Medina del Campo, Segovia, el Escorial, Talavera de la Reina, Oropesa, Medellín, Trujillo, Palomas, Llerena; habla también del tiempo al anotar que el día de San Francisco de Borja (10 de octubre) dijo misa del Santo en el Escorial, y que el 20 de octubre estaba en la ermita de San Onofre a vista de Sevilla. Más explícito es el expediente de gastos ocasionados por la expedición en que pasó a Indias, costeada por la real hacienda, que se conserva en Sevilla, Archivo General de Indias [40]. En él consta que salió de Salamanca el 1.° de octubre de 1746, y llegó al Hospicio de Indias el 20 del mismo mes, y hasta el día del embarque en Cádiz, 27 de mayo de 1749, corrieron 970 días. Según el P. Janer, hizo el viaje en mula, acompañado de un mozo, criado del colegio de Salamanca, y al pasar por Sierra Morena le salieron al encuentro gente maleante, aunque sin consecuencias fuera del susto [41].

(f.° 56) «De Salamanca a Sevilla, tomando la bendición en Alba de Santa Teresa de Jesús. (Recuerdo de su paso por Alaejos, antes mencionado). Por Medina, Arévalo y Segovia, en que derramé lágrimas tiernas, y por amor de Jesucristo dejé la provincia... Y en Talavera, Oropesa y Llerena alabé a Dios y a su Sma. Madre. A 20 de oc-

[40] *Archivo General de Indias de Sevilla, Contratación*, leg. 5548 (antes 45-2-5/8): Misión de Jesuítas para la de los Maynas, Río Marañón y Amazonas de la provincia de Quito. Año de 1743; ídem de 1749, n.° 6. Usó la copia de la *Colección Pastells*, Extractos, vol. 99 (antes 109), pág. 108 ss. La lista o estado de distancias y fechas de llegada en pág. 170.

[41] CR., pág. 25.

tubre, junto a la ermita de San Onofre, a vista de Sevilla: *Haec requies mea, hic habitabo quoniam elegi eam*».

(f.° 81v) «De Salamanca a Sevilla. Tomando la bendición de la Madre seráfica Santa Teresa, cuya vida leí y cuyo devoto seré, pasé por mi país (Alaejos)... Fui por Medina donde me privé de fiestas. En Arévalo veneré santuarios, y en Segovia me despedí... del P. Clemente (Recio)...; lágrimas ante el Santo Cristo de la catedral, y gasté la tarde entera en nuestra iglesia, adorando la santa espina.

Dejé de ir a Madrid, ofreciendo a mi Dios este obsequio. Admiré el Escorial y los s(señore)s reyes, donde dije misa día de San Francisco de Borja. El peligro de que me libré al decir Ave María. Llora la falta de mansedumbre al porfiar en la posada.

Vista de Medellín, caridad en Palomas. Misa y edificación en Trujillo, antes en el colegio de Talavera. Consuelo en haber puesto en camino papeles de Ave María. Pasé por Almaraz el Tajo con devoción y temor de Dios.

Después de vadear el Guadiana y decir misa en la aldea, gracias a Dios que me sacó de peligro. En Llerena donde el P. Cobos...; gozo con el rosario y caridad fraternal: Dios mío y todas las cosas.

Gracias a Dios que me libró de sustos y desgracias en Sierra Morena. Temor y confusión del regalo, consuelo en la caridad con todos. Principio gozoso junto a la ermita de San Onofre. Gozosa entrada en Sevilla, donde canté las misericordias de Dios: *iubilate Deo omnis terra,* etc.».

La detención del P. Recio en Sevilla durante dos años y medio, merece explicación. Porque es de saber que el año 1740 llegaron a Europa los dos procuradores de Quito elegidos en congregación provincial, padres Tomás Nieto Polo del Aguila y José María Maugeri. El P. Maugeri (1690-1759), italiano, natural de Vizzini, anduvo por Italia reuniendo buen número de jesuitas para llevarlos a Quito. El P. Nieto (1695-1777) era americano, natural de Popayán, hermano del obispo de Quito, Juan Nieto Polo del Aguila, y negoció en Madrid ante el Consejo de Indias la concesión de una expedición de jesuitas, consiguiendo una muy numerosa de 60 religiosos sacerdotes o escolares y 7 hermanos coadjutores, por real cédula dada en Madrid, Buen Retiro a 27 de noviembre de 1741, refrendada por D. Miguel de Villanueva (42).

Se formó, pues, una primera expedición de 28 sacerdotes y 5 hermanos coadjutores, presidida por el P. Maugeri, que se hizo a la vela el 15 de abril de 1743 en la saetía nombrada la *Virgen del Villar y Nuestra Señora de Monserrat,* maestre D. Bernardo Ruiz. Pero España estaba en guerra con Inglaterra y la saetía, ya a vista de Cartagena de Indias, fue atacada por un poderoso navío de guerra inglés: tres jesuitas murieron por los tiros de la artillería enemiga y los demás se echaron desnudos al agua, y nadando con mucho trabajo pudieron llegar a tierra [43]. Era natural que el P. Nieto Polo no se arriesgase con el resto de la expedición hasta que terminara la guerra con Inglaterra; más aún, fue completando el número, y el año 1749 tenía listos para embarcarse otros 24 sacerdotes, contando algunos escolares próximos a ordenarse y dos hermanos coadjutores. He aquí el resumen de la reseña que de ellos hizo en Cádiz ante el oficial de la Casa de la Contratación, Francisco Javier del Arco, a 10 de mayo de 1749:

---

[42] *Col. Pastells,* vol. 99, 110-113.
[43] CR., 98, 99.

«1. El P. Bernardo Recio, sacerdote, natural de la villa de Alaejos, obispado de Valladolid, de 34 años de edad, blanco, algo sonrosado, ojos azules y pelo negro». Llegado al Hospicio el 20 de octubre de 1746.

2. P. Cayetano Delgado, sacerdote, natural de la villa del Carpio, obispado de Valladolid, de 32 años... Llegado a 1.º de diciembre de 1744.

3. P. Josef Escobedo, sacerdote, natural de Jaén y su obispado, de 30 años... Llegado el 14 de agosto de 1746.

4. P. Josef Navarro, natural de la villa de Bañol, en Valencia, de 26 años... Llegado el 14 de agosto de 1746.

5. P. Francisco Pallarés, sacerdote, natural de la villa de Benifallet, en Valencia, de 29 años... Llegado a 17 de octubre de 1745.

6. P. Josef Casado, sacerdote, natural de la villa de Villanueva del Duero, obispado de Valladolid, de 26 años.

7. P. Fermín Orquín, sacerdote, natural de la ciudad de Pamplona, de 31 años... Llegado a 11 de noviembre de 1745.

8. P. Pablo Güell, sacerdote, natural de la villa de Villafranca, obispado de Barcelona... Llegado a 9 de noviembre de 1745.

9. P. Mariano Ferrer, sacerdote, natural de Tarragona, en Cataluña, de 27 años.

10. P. Juan Garriga, sacerdote, natural del lugar de San Jorge, obispado de Gerona, de 31 años... Llegado a 17 de octubre de 1745.

11. P. Estanislao Gregorio Salas, sacerdote, natural de la ciudad de Tarragona, de 27 años... Llegado a 17 de octubre de 1745.

12. P. Miguel Bruguera, natural de la ciudad y obispado de Barcelona, de 27 años... Llegado a 17 de octubre de 1745.

13. P. Luis Salvador, natural de la ciudad de Valencia, de 27 años... Llegado a 17 de octubre de 1745.

14. P. Juan Nadal, sacerdote, natural de la villa de Bergés, obispado de Gerona, de 29 años... Llegado a 4 de noviembre de 1745.

15. P. Juan Roset, sacerdote, natural de la villa de Gumera, arzobispado de Tarragona, de 30 años... Llegado a 4 de noviembre de 1745.

16. P. Ignacio Peramás, sacerdote, natural de la villa de Mataró, obispado de Barcelona, de 26 años... Llegado a 30 de julio de 1745.

17. P. Juan Hospital, sacerdote, natural de la villa de Bañolas, obispado de Gerona, de 24 años... Llegado a 30 de julio de 1745.

18. P. Josef Archs, sacerdote, natural de la villa de Martorell, obispado de Barcelona, de 25 años... Llegado a 30 de julio de 1745.

19. P. Salvador Ordóñez, sacerdote, natural de la villa de Santa María de la Palma, obispado de Mallorca, de 29 años... Llegado a 30 de julio de 1745.

20. P. Narciso Seco, sacerdote, natural de la ciudad de Betanzos, obispado de Orense, de 32 años... Llegado a 6 de noviembre de 1745.

21. P. Agustín Martínez, sacerdote, natural de la ciudad y arzobispado de Granada, de 23 años... Llegado a 14 de agosto de 1745.

22. P. Cecilio Socueba, estudiante, natural de la ciudad y arzobispado de Granada, de 22 años... Llegado a 13 de octubre de 1745.

23. P. Francisco Javier González, estudiante, natural de la ciudad y obispado de Valladolid, de 26 años... Llegado a 8 de mayo de 1746.

24. P. Francisco Rodríguez, estudiante, natural de la villa de la Guardia, obispado de Tuy, de 18 años... Llegado a 21 de julio de 1746.

25. H. Ignacio Muns, coadjutor temporal, natural de la ciudad y obispado de Barcelona... Llegado a 21 de mayo de 1743.

26. H. José Joaquín Imaz, natural de Idiazábal, obispado de Pamplona... Llegado a 11 de noviembre de 1745».

La certificación posterior de embarque, Cádiz, 31 de mayo de 1749, atestigua que el número de jesuitas que se hicieron a la vela fue de 27, incluido el procurador P. Tomás Nieto Polo. Pero he aquí que en la Compendiosa Relación el P. Recio afirma que el número total fue de treinta: «Ibamos, dice, treinta de varias provincias, castellanos, andaluces, valencianos, catalanes, navarros, vizcaínos y gallegos»; y todavía el P. Janer añade que iban embarcados 49 [44]. Más abajo trataré de resolver esta dificultad; ahora conviene observar acerca de la lista anterior, que la mayor parte de los religiosos eran de la provincia jesuítica de Aragón, quince por todos, entre valencianos, catalanes y un mallorquín, y estaban reunidos en el Hospicio de Indias desde el año 1745, menos uno llegado en 1743 y otro en 1746.

b) *Dos años y medio en los Hospicios de Indias de Sevilla y el Puerto de Santa María*

En la ciudad de Sevilla tenía la Compañía de Jesús un «Hospicio de Indias», unido al colegio de San Hermenegildo, cuyo edificio subsistía íntegro hasta hace muy poco tiempo, y la fachada daba a la plaza del Duque; y otro en el Puerto de Santa María, destinados a hospedar a los religiosos que pasaban a América en los tiempos a veces largos que transcurrían hasta que llegaba la hora de embarcar. En los siglos XVI y XVII cuando la Casa de la Contratación estuvo en Sevilla, el Hospicio de esta ciudad fue el más usado; pero al ser trasladada a Cádiz dicha Casa, cobró más importancia el del Puerto de Santa María, y las leguas y días de viajes desde los sitios de donde procedían los religiosos, se computaban hasta esta ciudad del Puerto, a razón de siete reales diarios durante el viaje, con que ayudaba la real hacienda en las expediciones autorizadas. El P. Recio y algunos de los jóvenes estudiantes por lo menos, estuvieron al principio en el Hospicio de Sevilla, probablemente durante año y medio, hasta fin de mayo de 1748, para aprovechar la comodidad de continuar los estudios en el colegio de San Hermenegildo; y el último año pasaron al Hospicio del Puerto de Santa María.

Cuando Recio llegó a Sevilla, era superior del Hospicio de Indias el mismo procurador de Quito, P. Tomás Nieto Polo, y lo primero que hizo el recién venido fue pedirle permiso para hacer durante un mes entero los ejercicios espirituales de San Ignacio completos, cosa que le fue concedida. Para el 25 de noviembre de 1746 debía tenerlos terminados, o al menos para la víspera de San Andrés (29 de noviembre), en que consta estuvo en la iglesia del noviciado de San Luis, que la Compañía tenía al otro extremo de la ciudad y aún subsiste. Entonces, terminado su retiro espiritual, le confirieron el cargo de Ministro del Hospicio, donde se hallaban, como he dicho, muchos jóvenes de los destinados a Quito, de los cuales nueve se ordenaron de sacerdotes allí mismo, probablemente por mayo de 1748. No fue del agrado de Recio el

[44] CR., 27, 99.

nuevo oficio, que a su delicada conciencia le infundía temor, por haber de mandar a otros y salir de su humildad, oración y devociones. Pero el cambio no le impidió dedicarse de lleno en Sevilla a trabajos sacerdotales y obras de misericordia, de que abundan notas brevísimas en el manuscrito. Una de las cosas que le comenzaron a preocupar fue la *lengua del Inca*, es decir, el quechua, y decidió estudiarlo ya desde Sevilla para poder trabajar con los indios de Quito. Tenía facilidad de lenguas, como lo demostró en Oñate con el vascuence; se consiguió, pues un Arte o gramática prestada por un señor de Madrid y un catecismo; tuvo además la suerte de encontrar en Sevilla dos jóvenes criollos de Loja (Ecuador), perfectos conocedores del quechua, con lo cual los progresos en lengua y pronunciación fueron rápidos, y le veremos durante sus años de América predicar y confesar a los indios en la lengua de ellos, siempre que la ocasión se presentaba. He aquí las noticias más principales que conserva el manuscrito:

(f.° 50v) «Siguiendo la máxima de San Francisco de Sales, no haré más votos perpetuos, aunque por breve tiempo me ligaré y ligué con otros varios, como los dos en misión, y el de no probar vino hasta los cuarenta años». Puede ser de Sevilla, aunque no es seguro, porque en otros sentimientos y propósitos contiguos aparecen los años de 1748 y 1753; uno de ellos de «no tomar tabaco desde el día de la Presentación de 42», el 4 de lectura dudosa por estar enmendado. Este tabaco es el *rapé* característico del siglo XVIII, y el de Sevilla, fabricado en la real fábrica de tabacos, era famoso hasta en el Río de la Plata.

(f.° 56) Sevilla. «Empecé los Ejercicios de cuatro semanas, y me regaló Dios con la enfermedad, día de San Carlos (4 de noviembre). A 25 de noviembre, día de Santa Catalina, virgen y mártir, salí a la iglesia mayor a dar gracias a mi Dios trino y uno y a la Santísima Virgen. Víspera de San Andrés (29 de noviembre) vi con lágrimas la iglesia del noviciado de San Luis: *O Domine quia ego servus tuus.*

Acordarseme de mis enfermedades; cuidado con oración y examen particular. No entré con pesar en el oficio de Ministro: ¡Ay Dios! Con ocasión de la corrección de aquel hermano. Tendré horror a la risa. Encomendaré a Dios a los otros cuatro: C. S. G. S.: *Salvos fac,* Señor».

(f.° 56v) Sevilla de vuelta de Trigueros: «Antevíspera de San Hermenegildo (13 de abril de 1747) a vista de Sevilla a las cinco: *Domine Deus.* Tierna devoción con este Santo en cuyas iglesias oración: *Hermenegilde iubar.* Hablar siempre de cosas santas, y examen de palabras. A 9 de abril y a 16 en las tres vías hasta la renovación de San Pedro.

Imitando al P. Gaspar Sánchez, no oleré flores ni usaré salsa en la comida como el P. Camacho Córdoba. Haré el Contrato Espiritual en las fiestas mayores y domingos. Día de las llagas de San Francisco (17 de setiembre) tres propósitos: 1, no probar el vino sino por medicina y entonces aguado; 2, no quedarme por pretexto alguno ni un instante en la cama; 3, ni té, ni chocolate, ni remedio alguno sin cierta necesidad. Será mi mayor empeño la profunda humildad.

A las puertas de San Esteban, en la cárcel y hospital: gracias al sacratísimo Corazón de Jesús. Día de San Basilio (14 de junio) consuelo y paz.

Tomé el Arte (a saber, la gramática quechua): y con Dios; las tiernas lágrimas al mirar a Cristo en el misal. Ante mi padre San Ignacio y la Santísima Trinidad el oficio de Ministro; y al mirar al cielo por la reja: *Deus, Deus meus.* En la dominica *in Albis* saqué por fruto de la oración de la tarde, el hacer las obras como para la eternidad. Después de la corrección de aquel hermano: *Miserere*».

(f.º 58v) «Ofrezco a Dios el cuidado que tuve instruyendo a los nuevos sacerdotes: *parce mihi Domine*. Gozo en el llevar la olla a la cárcel, y a los padres a platicar al hospital. Celo de la observancia en la mesa, en el campo, y en la quinta: *Domine dilexi decorem domus tuae*».

(f.º 82) «Jhs. Buenos sentimientos que me dio Dios N. S. desde 9 de abril de 1747 a vista de Sevilla (al volver de Trigueros). Viendo a Sevilla después de las dos jornadas de gran consolación, dije gozoso: *iubilate Deo omnis terra*. En la fiesta y octava de San Hermenegildo, gozo y esperanza (recato). Día de las honras del señor Rey Felipe V y en otras salidas, consuelo. Cada día con más consuelo y deseo de agradar a solo Dios, dije: *nunc coepi*. Víspera de la Santa Cruz (2 de mayo) en catedral y San Luis.

Religiosa muerte y entierro del P. Juan Arana, escritor, a quien decían se apareció la Madre de Dios. Sábado al ir a los pobres, gran suavidad y luz; otro día aliento y confianza, frecuentes lágrimas y afectos amorosos con Dios y su Madre. Preparación de Pentecostés, grande ternura en el Tedeum y devociones. En el hospital lágrimas del pobre, gozo en la cárcel, San Agustín, etc. Socorro de los tres pobres en la octava del Espíritu Santo, que invoqué aunque sin ternura. Sentí gozo con mi vocación, después ternura y lágrimas.

Vísperas de la Trinidad, mirando al cielo de noche; contento y paz al comer y otras distribuciones. Octava del Corpus, gran cuidado. Veneré el cuerpo de San Fernando, y en su día y obsequio propuse no tomar una pasa ni ver el espejo. Salir a la semana una vez.

La enfermedad en mayo de destilación, cuenta con el amor propio, dolor de haber mentado al diablo del infierno. Ayuné víspera de San Luis. Plática y renovación a los 33. Las lágrimas en la cárcel día de San Pedro, en hospitales y San Hermenegildo.

Oración en la huerta con devotas lágrimas, mayormente día de San Enrique. Antes sobre las penas de Jesús y el gozo de su resurección. Hablar siempre de Dios, cuidado con la risa. Caridad con los huéspedes..., leer el examen particular. Tuve retiro, diez admoniciones, tres conferencias con el Señor. Tres propósitos: no tomar vino después de paseo, ni dulce, etc. Oiré a Dios que me dice: *ambula coram me et esto perfectus*».

En las notas del P. Recio sobre práctica de obras de misericordia, lo referente a Sevilla, aunque un tanto largo, es muy interesante, porque hace un recorrido por todos los hospitales, asilos, cárceles y otras casas de beneficencia que sostenía la ciudad en la mitad del siglo XVIII, y adonde él acudía solícito; recuento o reseña útil para la historia local que no dudo agradecerán los amantes de Sevilla.

(f.º 76) «Obras de misericordia en Sevilla. Ofrezco a mi Dios trino y uno lo que hice en iglesias, cárceles y hospitales.

En el del Amor de Dios auxilié a Pedro Cisneros. ¡Oh!, lo que le dijo el P. Antonio Posadas día de San Bartolomé, y las dos iglesias. Allí di principio a la caridad con D. Antonio Rojas que socorrí otras veces. Murieron Domingo Nogués, catalán, Juan el de las lágrimas, el de la caridad, el mocito del accidente, dos Lucas y el pobre vascongado, a otro ayudé. Pláticas, hacer camas, consolar y regalar a los convalecientes. Aquí, a Dios gracias, y en otros hospitales. Las confesiones a enfermos: Diego el platicante, etcétera. La santa basílica.

En el hospital de San Bernardo de viejos, aprendí cuánto vale la prudente devoción. Limosna a la madre de Reyes. Cada día obsequiaré a San Bernardo.

En el de San Antonio abad (17 de enero) estuve el día del jubileo dos años (1747, 1748). Al de San Juan de Dios en la novena de San Rafael. En el hospital del Espíritu Santo y de Santa Catalina en calle Cs., fui y platiqué dos veces con consuelo y otras con blandura. El pobre anciano consolado, el niño de la mano, la bula: todo por mano de María Sma. Al dar limosna tendré presente a Jesús.

Al hospital del Cardenal dedicado a San Hermenegildo, me guió mi buen hermano Juan Roset (teólogo de los ordenados en 1748), a quien con otros hice predicar, sacando consuelo y dando regalos.

Visité y consolé tres veces a los venerables sacerdotes en su hermosa casa. ¡Oh santo hospital de la Caridad, *domus pauperum, mansio Christi, scala coeli!* Fui a él la semana de misión y otras muchas veces, dando consuelo y regalo a Juan del Pino, a Marcos y al de Argel, a Contreras; a Juan, Antonio y Pedro, viejos; a D. Fernando el de Valladolid, a los cinco hermanos, D. Ignacio, etc.; a D. Miguel Cabaleri, capellanes y otros caballeros: *salvos fac servos tuos Domine*».

(f.º 76v) «A los pobres de San Lázaro socorrí y visité la tarde de San Onofre. Visité con el hermano Salvador [45] la iglesia del santo hospital llamado de la sangre. Doctriné a los criados y domésticos en Miraflores.

Visité la iglesia y casa del Buen Suceso para convalecientes. ¡Oh si con mi sudor pudiese restaurar aquella casa de María! Escribí en Sevilla por caridad y favor de pobres (sigue una fila horizontal de rayas menudas, y al final como suma) CI (101 cartas o veces).

Visitas y consuelo en las cuatro cárceles. En la Real di libros a D. Alejandro, favor y limosna al sacrílego del calabozo, al boticario, al ermitaño, a Alonso Z.ª, a los Monteros, a los de Lepe, al anciano Brazas, y a otros muchos: *miserere nostri Domine.*

En la cárcel de la Audiencia: D. Francisco de la Cadena, el de siete años, el del V. P. Padial; Manuel bordador, los de Olivares, etc. A Infante el portero. La Virgen de los siete dolores: *Deus misereatur nostri.*

En la de la Hermandad, a D. Juan de Andrade, el Marqués, etc., al de Morón cuatro reales, a éste y otros de comer varios días. A Alejandro albañir (*sic*), a Jerónimo patentero, al cojo y al maestro de escuela. La Concepción en el patio, pláticas de consuelo, etc.: *Deus misereatur...*

En la de la Iglesia, al clérigo de Burgos, a D. Pedro Gallegos, al Hermano del Buen Suceso, a D. Ceferino secular, al de Villalba a quien di el chocolate, al gitano Cristóbal. Altar de San Pedro apóstol: *a vinculis peccatorum absolvat nos omnipotens Deus.*

Al hospital del Rey, hice caridad por otro. Junto a la catedral. Hice el obsequio a Santa Marta y en la casa de los niños expósitos. En la casa de San Nicolás del Pozo Santo hice algunas veces caridad, y en la casa de la Caridad o Misericordia, limosna a la pobre.

La caridad con el pobre D. Bernardo desde la venta, socorrile en la cárcel, y a su mujer e hijos. Favorecí a Guillermo y sus vecinos, las dos tórtolas. Compré la capa a Juan y caridad a mujer; la asistencia a Pablito que debió la salud al V. P. Francisco de Jerónimo. Socorrí las dos viudas de Miranda y Cisneros, y ejercité la caridad con los siguientes: el pobre D. Antonio Figueroa, diácono, Juan Rodríguez en su enfermedad, el clérigo valenciano que amparé, Antonio Ramírez de Trigueros, P. Bernardo Bonifaz, Manuel, sastre de casa libro de *vía sacra,* Manuel Laporta, ermitaño de San Pablo, Angel Noroña, el de la bula, D. Francisco el maestro, comunión, D. Francisco Maestro, Concepción, Antonio, el piadoso hortelano, el pobre mozo de Canarias, D. Bartolomé Báñez Mandiola, el hermano portero de ambas casas, y el oficial que trabajó tres días.

A la casa de los Toribios fui muchas veces: platiqué, recé y agasajé a aquellos niños por amor de María Sma. La ida al Alcázar dos veces por caridad, y a la Universidad también. El negocio de la fundición (*sic*) de San Bernardo. Caridad al pobre Juan Carrillo y misericordia con la viuda Teresa».

---

[45] Luis Salvador, natural de Valencia, teólogo de los ordenados en 1748, referido en la reseña de Cádiz, n.º 13.

Sobre la estancia del P. Recio en el Puerto de Santa María, dice Janer que a fines de mayo de 1748 le nombraron los superiores Instructor de tercera probación de los jóvenes destinados a Quito que se habían ordenado de sacerdotes, a que hemos visto aludir en las notas anteriores, y tenían terminados sus estudios. A todos ellos, una vez acabado el curso, los enviaron al Hospicio de Indias del Puerto de Santa María, y con ellos fue el P. Recio. El cual, sobre sus ordinarios trabajos sacerdotales de catecismo con pobres, en cárceles y hospitales y otras obras de misericordia, hubo de dar los ejercicios espirituales a un grupo numeroso de ordenandos que el arzobispo de Sevilla envió al Puerto, para que los hicieran bajo la dirección de tan buen maestro. Pero el suceso más importante para la vida religiosa del P. Recio fue la profesión de cuatro votos que hizo en manos del P. Tomás Nieto Polo, en la capilla del Hospicio de Indias a 15 de agosto de 1748. He aquí las noticias del manuscrito:

(f.° 57) «Por el camino memoria de la Virgen Hermosa y de Nuestra Señora del Rocío. En Cabezas caridad con los padres de la Merced. Al entrar en Jerez al Niño y dolor».

(f.° 57v) «En el Puerto de Santa María hice, a Dios gracias, la solemne profesión», etcétera.

(f.° 58v) «En los ejercicios que empezaron a 10 de octubre y que hice con cuidado, tuve algunos buenos sentimientos, y en especial de confianza en Dios, con tiernas lágrimas con la persecución. Grande gozo en la fiesta de San Francisco, Rosario y San Bruno. Oración y humilde sentimiento, día de San Francisco de Borja, y el buen empleo de todo el día dentro y fuera; renové todos los propósitos y mayormente el de la devoción a este mi gran Santo.

Con la buena resulta de las cartas de los superiores, di buen principio a una inalterable paz, a 11, día en que recé las oraciones de Santa Brígida a la Pasión. A 12 de octubre, devoción diaria con Nra. Señora del Pilar: *nova sint omnia*. Día de San Lucas, gran aliento y quietud, *dixi: ascendam in altum*. Domingo día de San Simón y Judas, lágrimas tiernas ante el libro antiguo. Día de San Narciso, por ningún caso comer o beber a deshora; a las cinco oración.

En la Aurora y en San Juan de Letrán, sermón; las dos faltas. Orden de vida y distribución en noviembre hasta San Andrés. Día de San Estanislao, la limosna y la risa; nueva vida a las seis. Víspera de su octava, la costumbre de barrer la iglesia una vez a la semana. A 20 víspera de la Presentación, la oración en el coro algunas noches. Jueves en el campo recé la Concepción, los siete salmos y el santo rosario.

(f.° 59) «Día de la Presentación, con ocasión de la manzana propósito de no comer cosa. Celebré el día de Sta. Catalina en el fuerte por el bien de la caridad. A 25 vísperas de los santos Desposorios, no tomar vino hasta la expedición (a saber el embarque). Desde las seis rezar el Ave María cada hora, y el oficio parvo al mes; cada día dos veces mascar ajenjos, y el deseo de gran abstinencia.

Día de San Andrés, la venida de los padres sardos [46]. Adviento, Guía Espiritual. Renové mis deseos, día de San Francisco Javier; por caridad procuré la fiesta; en ade-

[46] Estos padres sardos no eran de los destinados a Quito, debieron llegar al Hospicio del Puerto de Santa María en espera de navegación para otra provincia indiana. De ellos se vuelve a hablar: (f.° 59v) «caridad con los PP. Sardos»; (f.° 77v) «caridad con los PP. Sardos Melis, Garrucho, Mana y H.° Usai», y más abajo: «la confesión del H.° Sardo».

lante huiré de funciones. Desde noviembre de 48 en las cuatro semanas del mes: 1, oficio de difuntos; 2, salmos penitenciales; 3, graduales; 4, oficio de la Virgen: El adviento en las religiosas capuchinas, la imagen.

Víspera y octava de la Concepción, en Sta. Lucía y Sto. Tomás: nunca predicar sin gran miramiento y refleja. Jamás diré palabra de propia estimación. Gozo y consuelo especial con ocasión del santo Nacimiento. A 28 de diciembre con ocasión de la risa en refectorio, dolor a las 8 en la iglesia. Las tres letanías, fuga de festejos, propósito y votos acerca de dulces. Limosna de algunos libros que di. Por ningún caso comer fuera de refectorio aunque se cayera el cielo. Di el libro de examen, recé los siete salmos por el pecador en hospital de San Juan de Dios».

(f.° 59v) «Pensando en el bautismo de Cristo, tierna devoción y confianza a la sombra de mi Dios. Día de la Cátedra de San Pedro..., cada día invocaré a San Pedro y San Pablo obsequiándolos con alguna oración: *gloriosi principes terrae*, etc. Día del Smo. Nombre de Jesús, di los dulces, dejé el vino y empecé a rezar en el coro como los padres alemanes.

A San Francisco de Sales en su iglesia, y entablé su devoción. En San Juan de Letrán, la Escala y Virgen de la Cabeza. Por S. Ildefonso me abstuve del chocolate. Caridad con los tres energúmenos, dolor de no haber avisado al P. Superior. Devoción a San Pedro Nolasco y al glorioso San Marcos».

Dado el estilo del P. Recio al redactar sus notas, donde mezcla a veces cosas de tiempos próximos, conforme le iban viniendo a la memoria, no sé si todas las iglesias y lugares sagrados o profanos adonde acudía para ejercitar su ministerio sacerdotal, o simplemente a satisfacer su devoción, pertenecen estrictamente a la ciudad del Puerto de Santa María o si hay que situarlos en lugares cercanos. Lo cual vale sobre todo para Cádiz, donde consta estuvo una temporada, por lo menos con ocasión de pasar la reseña del embarque. Y lo mismo digo de los lugares relativos a las obras de misericordia que siguen:

(f.° 77v) «Obras de caridad y misericordia en la ciudad del Puerto de Santa María. Escribí en favor de pobres 30 y por caridad 32 veces. Procuré la limosna domingos y jueves, martes en la cárcel.

En la cárcel: visité a todos con caridad y los enseñé a rezar las tres devociones: siete padrenuestros y avemarías a las siete palabras, cinco a las llagas de Jesús, y siete a las siete efusiones de su sacratísima sangre. Caridad con Villaba, montañés, gallego, portugués, el ermitado, el apóstata, Alonso, Angel y el sastre, N. Palomino devoto de San Juan Nepomuceno. La ropa a la mujer y a la niña Rita.

En San Juan de Dios, hacer camas y servir platos. A Diego de San Nepomuceno, al de Cartagena el libro del examen; a Alonso el Jesús. Por Ntra. Señora del Carmen pasas y regalitos a Diego, Francisco Navarro y otros. Cada quince y después cada ocho días fui con un padre de tercera probación a platicar y servir a los enfermos. Vida de San Juan en el claustro; amor a los religiosos, un credo al Santocristo.

En la Caridad, las indulgencias por la Salve, padrenuestro, avemaría y credo. La confesión del H... Eliseo y los demás. Los repetidos agasajos a los dos pobres incurables; regalitos a los demás pobres, consuelo en confesarlos; el entierro del irlandés hereje, etc.

En San Sebastián, obsequio al santo mártir en su día. Diligencias para que se abriera el hospital. La asistencia y medalla a Ana. Memoria y afecto a D. Manuel Ochoa: *requiescant in pace*».

(f.° 78) «En la capilla y hospital de San Juan, prediqué y diligencié predicadores. La Virgen de Lepanto. Hice muchas visitas por las indulgencias. Aprendí de D. Felipe el cap(ellá)n. Memoria de la muerte.

Varias limosnas: la de los sábados con tres porciones a la casa de Salvador; la del viernes desde el adviento a la viuda de calle Zarza; a la viuda de Luis cada semana de

cuando en cuando. A las señoras Benítez algunos regalos y costura por amor de Dios: caridad con la casa de Cáceres y con otras personas paz y descanso: ¡Oh luz perpetua, amén!

Pobres a quienes hice caridad: Francisco Mediaceja, caps., Josef de la limosna, otros dos que confesé, Carlos manco y los ciegos Luis y Bartolomé, Nicolás González, Manuel Rivera, Juan de Santa Lucía, Sebastián y Demetrio, el pobre de consolación: ¡Jesús hecho pobre, habed misericordia de mí!

Jhs. En la Iglesia mayor cumplí las devociones 79.7; en Sto. Domingo los 255, en San Francisco la imagen, en la Victoria día de San Sales, en San Agustín su día, en San Diego gozo del canto, y en el colegio de casa monumento. Hice mis devociones en San Joaquín, ermita de Guía, San Antonio Abad, San Andrés y la Sangre, Nra. Señora de la Cabeza, S.ª Lucía, S. Benito, la Consolación y el Jesús, en S.ª Clara y Virgen de la Cabeza, en el monasterio del Espíritu Santo desprecio del mundo, en el monasterio de la Pura Concepción guerra a la vanidad; y en el de las madres capuchinas cuidado de la salvación: *in ecclesiis benedicam te Domine.* La conversión del caballero B.º Finalmente por despedida en el oratorio del Castillo: *diligam te Domine fortitudo mea*».

(f.º 78v) «Asistencia a moribundos y otras obras de caridad y misericordia: 1, la mujer en calle de San Juan: caridad con sus hijas y marido; 2, la niña de D. Vicente contador: las dos naguas por caridad; 3, la mujer de casa de Olivos: consorcio de S. Joaquín y S.ª Ana; 4, Luis de S. Juan de Dios, cuidado de sus niños; 5, mujer junto al convento. ¡Ay! *qualis vita finis ita;* 6, Ana y la niña simple: la estampa, etc.; 7, D. Toribio Mier: a vista de los mares y en jueves santo: *requiescant in pace.*

Fui a siete confesiones, y a una pobre la mortaja. Las confesiones de pobres de Caridad, 21. La limosna en casa de Navarro, y la ida a la enferma Benav(ide)s. La mujer de Cádiz de diez, y la otra del Puerto de diez años. Entregué un libro a la santa Inquisición».

Finalmente en este año del Puerto de Santa María, a 15 de agosto de 1748, hizo el P. Recio la solemne profesión de cuatro votos. El manuscrito transcribe la fórmula de profesión, firmada de la propia sangre, y la de los cinco votos simples que la siguen, y añade además varias fechas y lugares posteriores en que la renovó, con otras circunstancias:

(f.º 57v) «En el Puerto de Santa María hice a Dios gracias, la solemne profesión, que repetiré los domingos y en las fiestas mayores. Año 1748.

Ego B. R. professionem facio, et promitto omnipotenti Deo... et tibi Rdo. P. Thomae Polo, vice Rvdi. admodum Patris Francisci Retz, praepositi generalis Societatis Iesu, et successorum eius, locum Dei tenenti: perpetuam paupertatem... In urbe Portus Sanctae Mariae, die 15 augusti an. 1748, in Hospitii Indici sacello.—Bernardus Recio.

Ego Bernardus Recio, professus Societatis Iesu, promitto omnipotenti Deo..., et coram Rev. P. Thoma Polo, locum Rev. admodum P. Francisci Retz, praepositi generalis tenente, numquam me acturum... In urbe Portus Sanctae Mariae, die 15 augusti an. 1748».

(f.º 58) «Escribí y renové estos votos con mi sangre día de la Visitación de la Santísima Virgen María. Año 1753. Lo que había hecho antes día de la degollación de San Juan, año 1749, con la memoria del P. Juan Coduri. Y a 10 de agosto en San Juan de Pasto, año 1757, y a 12 de octubre en San Miguel de Ibarra, año 57».

(f.º 60) Nuevas renovaciones: «Día de San Buenaventura firmé con mi sangre los votos y deseos de mayor perfección», etc.

(f.º 59) «Dominica última *post Pentecostem:* renovar cada día los votos simples y decorar los solemnes».

c) *Misiones por Andalucía*

Además de los cargos de Ministro del Hospicio de Indias de Sevilla y de Instructor de tercera probación en el del Puerto de Santa María; de los numerosos trabajos sacerdotales y obras de misericordia en cárceles y hospitales, y otras muchas de devoción particular, que acabo de referir; el P. Recio empleó el tiempo de espera en dar fructuosas misiones, su ministerio preferido; y las dio en Trigueros, Almonte, Hinojos y Villalba, pueblos de Huelva, en Triana (Sevilla) y otra «misión general» en la misma ciudad; finalmente en el Puerto de Santa María, y se quedó con gana de dar una gran misión en Jerez de la Frontera.

La misión de Trigueros (Huelva), donde la Compañía tenía un colegio muy antiguo en el que murió el P. Bartolomé de Bustamente, compañero de San Francisco de Borja, fue durante una cuaresma, probablemente la del año 1747, y la dio el P. Recio acompañado de otro misionero destinado a Quito, el P. Fermín Orquín, antes mencionado, con quien había trabado amistad, y que le acompañó de ahí adelante en las demás misiones por Andalucía. Dio además en Trigueros tres tandas de ejercicios espirituales. Para San Hermenegildo (13 de abril) ya estaban de vuelta en Sevilla, como antes queda anotado. Debieron seguir, tal vez durante las vacaciones escolares o el otoño de ese mismo año 1747, las de tres pueblos de la misma provincia de Huelva, Almonte, Hinojos y Villalba, que no distan mucho unos de otros; para el 18 de diciembre, fiesta de la Expectación, estaban de vuelta en Sevilla (f.° 64). La misión de Triana fue en la primavera de 1748, encargada por el arzobispo de Sevilla, que lo era el infante D. Luis de Borbón; y de ella cuenta la Compendiosa Relación que el arzobispo auxiliar, Domingo Pérez de Rivera, sacaba la cruz en las procesiones que salían de la iglesia de Santa Ana, y los nueve recién ordenados de sacerdotes de la misión de Quito, antes mencionados, que habían dicho al mismo tiempo la primera misa, apadrinados por otros tantos padres del colegio de San Hermenegildo con mucha solemnidad, comenzaron a estrenar su celo en dichas procesiones, haciendo cada uno su acto de contrición o breve plática [47]. Además de la de Triana hay indicios de una gran «misión general» dada en la misma ciudad de Sevilla, aunque por el sistema de las notas del P. Recio escritas de memoria o copiadas de apuntes anteriores mucho después de los sucesos, es difícil separar lo que pertenece a la misión de Triana o a esta general de la ciudad. La última misión fue en el Puerto de Santa María, muy a gusto del arzobispo de Sevilla: ayudaron al P. Recio, no sólo su inseparable compañero, el P. Orquín, sino todos los padres que hacían la tercera probación; y fue tan grandiosa y el fruto tan extraordinario, que veinte años más tarde decía al P. Ignacio Peramás, uno de los neosacerdotes dichos, un ilustre caballero de la ciudad que

[47] CR., 100.

había habido varias misiones en el Puerto, entre ellas una del célebre P. Pedro de Calatayud, pero en ninguna se vio tanto fruto como en la del P. Recio, y que de ella todos se acordaban [48].

(f.° 56) «Cuaresma gozosa y útil en el colegio de Trigueros. Humildad».

(f.° 56v) «Caridad que hice al joven Antonio Ramírez. Un hombre libre de espíritus por N. P. S. Ignacio, silencio. Sueño junto a la torre; aguardiente y leche, y el real de a ocho. Util predicación, confesiones, ejercicios y limosnas, III. Retiro y enfermedad, y el buen empleo en el camino: *suspice clementissime Deus*».

(f.° 57) «Utiles misiones en Almonte, Hinojos y Villalba. Entre los buenos sentimientos que me dio Dios en estos lugares, tendré presente el tierno sentimiento y consuelo en mis trabajos, a vista de las buenas almas, v. gr., Elvira, etc. Mirar en los ministerios los intereses y gloria de Dios.

En la dominica doce *post pentecostem*, al alzar la hostia considerar como la Sma. Virgen trataría a su Hijo soberano. A 21 de agosto propuse no tomar a escondidas alivio alguno, y en caso de necesidad a los ojos de Dios. En la víspera de la Asunción saqué por jaculatoria: *benedicam Dominum in omni tempore*. A 2 de agosto de 47 tres confesiones y la venida de D. Bartolomé. A 3 meditando en los misterios del Jordán, sentí especial consuelo en ponerme a la sombra del Redentor.

Misión en Triana y fundación de la congregación del Sagrado Corazón... Gozo en escoger la peor habitación, acuérdate de la abstinencia. Llevé al P. Fermín (Orquín) con singular consuelo a las cárceles y hospitales. La buena obra de los libros que debí al señor Cura D. Pedro Z(árat)e y Martínez. Modestia en la casa profesa y devoción en el colegio».

(f.° 58v) «Consuelo en la gran misión, en que leí la visión de Santa Francisca Romana. Gracias a Dios que me dio tales compañeros».

(f.° 59v) «Deseo de fructificar en Jerez y otros lugares, temor de faltas».

(f.° 64) «En Sevilla... de vuelta de las misiones, día de la Expectación (18 de diciembre)...»

(f.° 76) Sevilla, del hospital de los Venerables: «Fui a él la semana de la misión».

(f.° 77) Obras de misericordia: «En Almonte, entre las imágenes Hermosa y Rocío: *vitam praesta puram*. Leí con gozo los sucesos: Pastorcito, etc. En Villalba con gozo y consuelo: memorable. En el lugar de Hinojos, *iuxta crucem*» (señal de la cruz).

(f.° 77v) Puerto de Santa María: «Limosna general, la de la misión».

(f.° 81v) «Hice la voluntad de Dios en la ida a Trigueros, practicando las virtudes en el viaje; y a vista del lugar, singular consuelo. Tendré memoria de la falta en el pan, leche y sueño: *esto nobis Domine turris fortitudinis*. Aprendí a tener pureza de intención. Murió la noche de San Matías (24 de febrero) Antonio. Soledad, penitencia; sermones y confesiones.

Aquí yace y honra este lugar mi ven. padre Bartolomé de Bustamante. Buen efecto de la cédula de N. S. Padre. El peregrino que me dijo la mujer. Asalto con el P. Rector, prudencia; clamores en la iglesia, gloria a Dios. Ejercicios por tres veces. Lloraré las dos faltas de mansedumbre.

Tendré presentes delante de Dios al P. Rector Pedro Calderón, P. Francisco Fernández y P. Francisco Diez y a los hermanos Miguel Jordán, Manuel Navarro y Josef de Vargas. Uno mis obras con las de estos siervos de Dios».

(f.° 82v) «Ofrezco al Señor el deseo de misionar en Jerez, y la obra de los dos padres Luis y Roset. La ida a la Cartuja [49].

---

[48] CR., 26.

[49] Estos padres, Luis y Roset, corresponden en la lista de la reseña antes referida a los padres Luis Salvador, mencionado arriba, y Juan Roset.

Consuelo en las misiones: en Almonte grata memoria del señor Vicario. Logro del celo con los niños del clamor junto a la cruz. Función clamorosa de enemigos. Nueva devoción a la Virgen. Obsequio con el P. Fermín a la Hermosa María. Glorias a la Virgen del Rocío.

En Villalba memoria del cura afligido, del clérigo bienhechor D. Tadeo, de nuestro huéspez D. Josef, de las buenas beatas y el escribano, de las monjas y otras buenas almas.

En Hinojos, iglesia antigua y rosario. Aprendí el caso moral. Cuidado con los asaltos y las buenas luces que me dio el cielo. Dolor de no haber hecho más misiones».

d) *La expedición de Quito se hace a la vela*

Ajustadas las paces entre España e Inglaterra, el P. Procurador Tomás Nieto Polo se apresuró a disponer el embarque de la expedición que tan largos meses de espera llevaba. El 10 de mayo de 1749 fue la reseña de los religiosos en Cádiz, y es probable que no volviesen al Hospicio del Puerto de Santa María, sino siguiesen en Cádiz hospedados en el colegio de la Compañía (hoy seminario), a que pueden referirse varios de los ministerios, obras de misericordia y devociones del P. Recio antes mencionados. Dos semanas pasaron todavía en los últimos preparativos, y cuando menos lo pensaban, dice el mismo P. Recio, día segundo de Pascua de Pentecostés, a 27 de mayo de 1749, sonó el cañón de leva que disparó el navío de guerra *La Reina*, en cuya conserva debía ir el *Nuestra Señora de los Angeles*, barco de carga de mediano porte, maestre D. Matías de las Reigadas, donde iban fletados los 27 religiosos que formaban la expedición destinada a Quito. El número total de pasajeros era de 108 personas.

(f. 78v) Puerto de Santa María: «Despedida de los presos y de los pobres de la portería. Despedida de iglesias y penitentes.

Día de la reseña, misa en San Javier con lágrimas de devoción. Visita a los presos en Cádiz, y de enfermos en San Juan de Dios. *Adoro te* y la estación en la iglesia catedral. En la playa antes del embarque: *quis dabit capiti meo aquam...*»

(f.° 82v) «Yendo a Cádiz a la reseña dije misa en San Javier con lágrimas. Consolé a los presos, visité a los enfermos en San Juan de Dios. Memoria de D.ª F. Os., y alabé al Señor en la primera navegación. Peregrinación gozosa a S.ª Catalina en obsequio de la caridad. Devociones y gozo espiritual en la devota ermita de S. Antonio Abad. Invocación a Nra. Señora de Guía: *Ave maris stella*».

(f.° 83) «A 27 de mayo, día tercero de Espíritu Santo, fue el embarque repentino a las diez; navío Nuestra Señora de los Angeles, 108 personas».

Dos dificultades ocurren en este punto, una acerca del día del embarque, otra sobre el número preciso de personas que formaban la expedición de Quito. El P. Janer asegura que se embarcaron el día 30 de mayo, y como su fuente de información suele ser el P. Juan Hospital, uno de los compañeros de Recio que más abajo veremos figurar mucho en Quito, el dato no debe despreciarse. Mas por otra parte la afirmación que hemos copiado del manuscrito es categórica, y concuerda con la certificación de embarque y cómputo de los días de espera antes mencionada; la Compendiosa Relación dice: «Cuando todavía había embarazos, de repente un día de Pentecostés, sonando

el cañón de leva que disparó el navío La Reina, en cuya conserva debía ir nuestra desarmada embarcación, a toda prisa se nos intimó la marcha» [50]. Podrían concordarse ambas fechas suponiendo que aunque se embarcaron el día 27 de mayo, todavía permanecieron en la bahía de Cádiz a bordo, y que el 30 se hicieron finalmente a la vela.

Mayor dificultad ofrece el número de jesuitas que formaban la expedición; porque mientras la reseña y certificación de embarque dan el número de 27, incluido el procurador de Quito P. Tomás Nieto Polo, el P. Recio asevera categóricamente que eran treinta, como antes hemos visto, castellanos, andaluces, etc., y todavía Janer afirma que el número de jesuitas que se embarcaron fue de 49. Para dar con la solución conviene adelantar aquí que durante la navegación el P. Recio fue nombrado maestro de novicios de un grupo de nueve de ellos que iban a Quito, y de los cuales tres hicieron los votos del bienio en el mar; los otros seis los dejó en el noviciado que la provincia jesuítica de Quito tenía en Latacunga; y como en la reseña de embarque hemos visto que no había ningún novicio, aquí tenemos un título para explicar el excedente. Pero, eso sí, el viaje de los que sobrepasaban el número de los 27 reseñados, no lo pagaba la real hacienda, sino iban costeados particularmente por el procurador de Quito. Estas consideraciones explican el número de treinta que da Recio, y tal vez bastantes más; porque ¿no habría también postulantes u otros agregados bajo la protección y nombre del Procurador? Recuérdese los dos jóvenes de Loja, maestros de Recio en el quechua, mencionados más arriba; algunos de estos nombres de novicios aparecen en el Diario (f.° 85), como dos hermanos, uno llamado Jerónimo y otro Juan, y tal vez algún otro.

Puede también suponerse que pertenecieran a otra provincia indiana, como Perú o Nuevo Reino de Granada que seguían la ruta de Cartagena de Indias: el Diario menciona unos padres sardos con quienes trabó amistad el P. Recio antes de embarcarse, y da cuatro nombres, los padres Melis, Garrucho y Mana, y el H.° Usai (f.° 59v, 77v). De la provincia del Nuevo Reino tengo noticias sobre una expedición que hizo el viaje el año 1749; porque es de saber que el P. José Gumilla había conseguido del Rey una expedición de 34 misioneros para los ríos Orinoco, Meta y Casanare, de los que llevó consigo ocho el año 1743, y el otro procurador, P. Juan Bautista Manna, se quedó detenido en España por causa de la guerra, y anduvo negociando en Madrid ante el Consejo de Indias, junto con el P. Nieto Polo, varios negocios, uno de ellos el permiso de introducir la imprenta, que ambos consiguieron para sus respectivas provincias. Pues bien, en el archivo de Indias consta el embarque de este P. Manna con siete compañeros para las mi-

---

[50] *Col. Pastells*, ibid. 173: Instancia de 31 de mayo de 1749 presentada en la Casa de la Contratación por el P. Manuel Antonio del Corral, procurador general de las provincias jesuíticas de Indias en Cádiz, sobre cobro de subsidios a la expedición conducida por el P. Tomás Nieto Polo. Cf. CR., 101, n.° 53 y GASPAR JANER, S. I., *Vita del sacerdote D. Bernado Recio...*, Fuligno 1794, n.° 28.

siones del Nuevo Reino de Granada el año 1749, y otra expedición del P. José Navarro con seis religiosos más el año siguiente de 1750 [51]. ¿Hicieron el P. Manna y los suyos el viaje junto con los de Quito en el barco *Nuestra Señora de los Angeles?*

2. Viaje de Cádiz a Quito

Salidos el P. Recio y sus compañeros de Cádiz a fin de mayo de 1749, tardaron casi un año en llegar a Quito. Cerca de dos meses de navegación a Cartagena de Indias, larga detención en esta ciudad y mayor en el istmo de Panamá, de donde no salieron hasta enero de 1750. Guayaquil, caminos penosísimos, primero por la intrincada madeja de ríos y selva tropical, luego trepando por las escabrosas laderas andinas; finalmente entrada a Quito en abril de 1750. Durante las navegaciones y en los pueblos o ciudades de tránsito, el P. Recio nunca perdía la ocasión de ocuparse en sus fructuosas misiones.

a) *Navegación de Cádiz a Cartagena de Indias*

Varios pormenores guarda el manuscrito acerca de la primera parte del viaje, la más larga y pesada, de Cádiz a Cartagena de Indias, unas dos mil leguas, que las recorrieron felizmente en espacio de solos cuarenta días. Un susto la primera noche porque, a causa de ir el barco mal cargado con las prisas de la salida, anduvo dando tumbos con peligro de naufragar, hasta que con mucha fatiga colocaron la carga en mejor orden. El mareo al entrar en el Golfo de las Yeguas, entre Cádiz y Canarias, llamado así por lo agitado de las olas; y el temor de haber perdido de vista al navío de línea *La Reina* el segundo día de navegación, porque el suyo casi desarmado corría peligro de dar en jabeques moriscos piratas que infestaban los mares a veces hasta pasadas las islas Canarias [52]. Pero a los pocos días, pasada la novedad, comenzó la vida ordinaria. El P. Nieto Polo que tenía sobre la expedición de jesuitas autoridad de viceprovincial, nombró al P. Recio maestro de nueve novicios que llevaban, tres de los cuales hicieron los votos del bienio durante el viaje. Hubo misión a bordo, y tal vez más de una, de que se aprovecharon muy bien los marineros y pasajeros, todos se confesaron y comulgaron; y aun acabados los días de misión continuaban los buenos ejercicios de lección, pláticas, devociones e instrucción en la doctrina, mayormente a los grumetes y pajes de escoba. El P. Recio además seguía estudiando la lengua quechua [53]. No tocaron en las islas Canarias y todo el viaje lo pasaron sin ver ni de lejos el galeón de guerra que los protegía. La primera tierra que descubrieron fue la isla Martinica, ya entonces posesión francesa, junto a la

---

[51] A. G. I., *Contratación*, le. 45-2-6/9, números 4 y 5; *Col. Pastells*, Extractos, vol. 57, pág. 64.
[52] CR., pág. 103 ss., números 54, 56, 57, 58, 65.
[53] CR., ibid., números 60, 67, 68, 69.

cual navegaron, dejando muy distante a la derecha la isla Dominica, posesión inglesa, cuyos montes sólo pudieron divisar. Vieron también de lejos las cumbres de Curaçao, posesión holandesa, y Aruba; pero lo que les llenó de asombro fue la Sierra Nevada de Santa Marta, campo de apostolado, anota Recio, de San Luis Beltrán, y las aguas sucias que marcan muy dentro del mar el cauce del río Magdalena. Descubrieron tierra día de San Juan Gualberto, a 12 de julio, y finalmente desembarcaron en Cartagena de Indias el día 22, fiesta de la Magdalena. Durante el viaje, cuando el mar lo permitía, se decía alguna vez misa y se repartía la comunión, circunstancia que suele venir anotada en el manuscrito, donde consta que los jesuitas jóvenes hicieron la renovación de votos en la nave, probablemente el día de la Visitación, 2 de julio.

(f.º 83) «Viaje de Cádiz a Cartagena. A 27 de mayo (1749), día tercero del Espíritu Santo fue el embarque repentino a las diez. Navío Nuestra Señora de los Angeles, 108 personas y 210 cuando San Pablo. Devociones en la tarde y día y noche. Molestias, sustos y mareo.

Desde la Trinidad (1.º de junio) al Santísimo Sacramento (5 de junio) lágrimas en la oración de la mañana y una vez en la noche. Comulgué en la octava (12 de junio) con lágrimas. Tuve buenos sentimientos y lágrimas con la vida de S.ª Rosalía y S.ª Genoveva.

Día de San Luis (Gonzaga, 21 de junio) al rezar las Horas, y en la oración día de San Juan (Bautista, 24 de junio) tres propósitos: 1, apuntar el examen; 2, no beber aguardiente o reiolí (*sic*); 3, vencer la curiosidad.

En la renovación no tomar desayuno, dos cadenillas y disciplina. Ofrecí a Dios el resfrío y temor de mayores males. Doctrina a los niños, instrucción de los novicios, y la segunda misión. En día de la Visitación (2 de julio) misa y comunión de votos.

A vista de la Martinica recé la Concepción, y el ofrecimiento en frente de Corazau (*sic*) y la Orua (*sic:* ¿Aruba?) A las 8 me recogía a oración. Triunfo de la Cruz (21 de julio) misa y confesión de las dos prontitudes. Día de San Juan Gualberto (12 de julio) en que descubrimos tierra, cuidado con la soberbia: *discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Desde San Buenaventura (14 de julio) rezaba el psalterio. A las 4 en oración, y más desde el día 20. Hasta 22 en el mar, y día de la Magdalena al pie de la cruz: *ecce elongavi fugiens*».

Nada dice el manuscrito de la permanencia en Cartagena, que se prolongó por cerca de dos meses hasta mediados de setiembre, sin embargo el silencio puede suplirse con noticias de la Compendiosa Relación y las del P. Janer. No siempre coinciden las fechas de éste con las de Recio, y sin embargo merecen fe, por basarse en relaciones de otros compañeros de la misma expedición a Quito, sobre todo del P. Juan Hospital, como antes he notado. Así Janer pone como fecha de llegada a Cartagena el 21 de julio, y de llegada a Portobelo el 10 de octubre, después de 24 días de navegación, lo que da de permanencia en Cartagena hasta el 16 de setiembre; en cambio el P. Recio, tanto en el manuscrito como en la Compendiosa Relación, pone el día de la Magdalena a 22 de julio, y de llegada a Portobelo el día de Santa Brígida, a 8 de octubre. Sin embargo las diferencias son pequeñas y no ofrecen dificultad, probablemente se basan en el diverso modo de computar el tiempo, desde que estaban a vista del puerto o hasta el desembarco en tierra.

Entraron en Cartagena por el puerto de Bocachica, y el procurador P. Nieto Polo fue luego en un esquife a presentarse al Gobernador; los demás pasaron la noche en uno de los castillos, y aunque los soldados les brindaron con habitaciones interiores, prefirieron dormir en un patio alto a vista del mar, así por lo cálido de la tierra como por librarse de sabandijas. Al día siguiente se dirigieron en corporación de dos en dos al colegio de la Compañía, y al P. Recio le hizo particular impresión el recuerdo y las reliquias de San Pedro Claver, que pasó en él su vida consagrado al duro y humilde ministerio de los esclavos negros; su sucesor entonces era el P. Dionisio Morales, ya octogenario, que salió a recibir y agasajar a los viajeros.

El P. Recio, además del cuidado de los novicios, que eran sólo seis por haber hechos tres los votos en el mar, día de la Visitación, aprovechó la permanencia para dar misiones en compañía del P. Fermín Orquín y de otros padres jóvenes de la expedición. Predicaron en la iglesia de Santo Toribio y en la de la Trinidad, extramuros en el barrio de Getsemaní. Dieron misión muy fructuosa en las tres cárceles de la ciudad, y en la de los forzados que trabajaban en obras de fortificación, el último día les llevaron una abundante comida costeada por el P. Procurador de Quito a una con el capitán y pasajeros del barco donde hacían el viaje. Hubo también misión particular para la tropa de guarnición en su espacioso cuartel, y aquí encontró el P. Recio un soldado por nombre Castillo, que era de Alaejos y su condiscípulo en la escuela, por quien supo más tarde la conversión de un «oficial distinguido» durante la misión, que murió después muy cristianamente. Reciente estaba la memoria de la guerra con Inglaterra y del ataque del almirante Vernon, que no pudo tomar la ciudad defendida heróicamente por el general de los galeones Blas de Lezo y el virrey del Nuevo Reino de Granada, Sebastián de Eslava, el cual todavía estaba en Cartagena dando calor a la obra de las fortificaciones, y solía ir a confesarse a la iglesia de la Compañía [54].

Tratando de continuar el viaje, algunos quisieron que lo prosiguieran por tierra hasta Quito, que se cuentan 700 leguas, primero navegando el río Magdalena, y luego a lomo de mula; pero el obispo de Cartagena Bernardo de Arbiza, muy amigo de la Compañía, y otras personas prácticas les aconsejaron fueran por mar, que era más cómodo; y así lo hicieron, aunque luego les pesó, por las muchas penalidades que experimentaron ya en la travesía a Portobelo, y después en el paso del istmo de Panamá, donde enfermaron casi todos y murió uno de los misioneros.

El viaje de Cartagena a Portobelo se hacía en cuatro o cinco días, a lo más ocho; pero esta vez, por causa de los vientos y corrientes contrarias, emplearon 24 ó 25 días [55], y hubieron de conocer por experiencia «cuán gran trabajo es la escasez de víveres y qué agonía el beber el agua por medida». Lo más grave de todo fueron las enfermedades, que parecía un hospital el

---

[54] CR., págs. 110-119; JANER, n.º 30.
[55] Según CR. (p. 121) 25 días, según el *Ms.* y JANER, 24 días.

navío; menos mal que a bordo iba un buen cirujano irlandés protestante, llamado Diego Caar, que se esmeró en cuidar a los enfermos y después se convirtió y bautizó solemnemente. El procurador, P. Nieto Polo estuvo a punto de muerte, y le asistió con mucha caridad un religioso dominico compañero de navegación desde Cádiz, que había dado en el viaje grandes muestras de virtud y devoción. Se llamaba fray Domingo de Gamboa, natural de Lima, y habiendo ido a Roma por negocios de su orden, volvía ahora nombrado rector del colegio de Santo Tomás de la misma ciudad de Lima. El P. Nieto Polo sanó, pero fray Domingo de Gamboa murió en el mar, a 3 de octubre, antes de llegar a Portobelo; el P. Recio cuenta cómo los jesuitas le rezaron piadosamente el oficio de difuntos, y después los marineros gritando con cuanta voz tenían por tres veces: «Buen viaje, buen viaje, buen viaje», le echaron al mar, quedando todos consternados de tan triste fin.

Sobre la llegada a Portobelo, la Compendiosa Relación dice que, «víspera de San Francisco de Borja (9 de octubre) apareció de repente la boca del puerto», y el manuscrito que la entrada fue día de Santa Brígida (8 de octubre); en cambio Janer pone el desembarco el 10 de octubre, fiesta de San Francisco de Borja. También aquí en Portobelo hallaron destrozos de la guerra pasada, y desde el navío veían en el frontispicio de la iglesia mayor un boquete o rotura como del tamaño de una vidriera grande, hecha por el almirante Vernon cuando cañoneó la ciudad. El P. Recio aprovechó los días de permanencia para dar con su compoñero el P. Orquín una gran misión, que terminó con procesión esplendorosa, y «su memoria, dice, me consolará eternamente». Tal vez a ella se refiera una concordia y unas paces de que habla el manuscrito, y ciertamente la confesión de unos holandeses católicos de Curaçao que en una balandra habían venido a Portobelo, y se confesaron por primera vez en su vida [56].

(f.° 83v) «Notas de Cartagena a Panamá. 24 días hasta Puertobelo (*sic*) y entrada día de Santa Brígida. San Remigio (1.° de octubre): *Jesu redemptor omnium*. Consideración de lo pasado con lágrimas. Víspera de San Francisco (3 de octubre) muerte del padre fray Domingo de Gamboa. Antes cumplí el voto de no preguntar cuándo, día de San Cosme y San Damián (27 de septiembre).

Logro de la santa misión de que fui causa, y procesión con el divino Jesús. Primera confesión de holandeses: 12; 30. Obsequio a la Merced y San Juan de Dios. Víspera de Santa Teresa (14 de octubre) miramiento, doctrina, rosario día y noche, Salve.

Concordia de Rondón y paces, O. El peligro de que me libró el cielo, siete misas que ofrecí, las siete cartas. Mal de ojos por San Lucas (18 de octubre). Falta con los novicios. Renové la devoción con las once mil Vírgenes (21 de octubre). Padrenuestro, avemaría y credo de Completas. La hora Sexta en honor de San Josef. La commemoración de las tres vírgenes».

b) *En el istmo de Panamá*

La salida de Portobelo fue, según Janer, el 24 de octubre, y el viaje en unas barcas, llamadas allí *bongos*, las pocas leguas que hay de distancia hasta

---

[56] CR., pág. 125 ss., números 89, 90, 91; JANER, n.° 32.

la boca del río Chagre, defendida por un castillo que lleva el mismo nombre. La despedida jubilosa, toda la playa coronada de la muchedumbre enfervorizada por la misión, daba llena de agradecimiento el adiós a los misioneros, hasta los holandeses de Curaçao «braceando con los sombreros decían a voz en grito: Viva la Virgen [57]». Pero la alegría se trocó pronto en angustia, porque en cuanto los bongos salieron a mar libre, sobrevino un vientecillo que paró en fuerte marejada y al fin en desecha tempestad, las olas enfurecidas esparcieron las barcas a diversas partes, y solo a la mañana siguiente cuando amainó el temporal aparecieron una en esta punta, otra en aquella ensenada; al fin pudieron los expedicionarios saltar en tierra junto a un sitio que llamaban *Naranjos*. La víspera de Animas (1.º de noviembre), según la Compendiosa Relación, estaban en la boca del río Chagre, y bajando por la noche a dormir en algunas casas de la ladera del monte próximas al castillo, el P. Recio no perdió la ocasión de predicar en una ermita. Pero el río venía muy crecido por las excesivas lluvias, y los tres días que solían tardarse hasta el lugar llamado *Cruces* donde estaba la aduana, se convirtieron en una semana de temor y zozobra para los noveles indianos; negros y mulatos robustos arrastraban desde la orilla las barcas sorteando los troncos y chozas enteras que arrastraba la corriente impetuosa, y así pasaron cerca de tres fuertes, dos de ellos llamados de *Gatún* y *Trinidad*, que con sus cañones enfilados defendían la navegación del río a piratas y filibusteros.

Era alcalde del pueblo de Cruces un caballero llamado Juan de Urriola, regidor y veinticuatro de Panamá, y en medio del diluvio de aguas que seguían, a ruego suyo se comenzó una misión que terminaron dos de los misioneros jóvenes, siguiendo los demás a Panamá, distante por tierra diez leguas. Día de San Estanislao de Kostka (13 de noviembre) emprendieron el viaje al que tampoco faltó su pesadumbre, por una desecha tormenta que descargó y les hizo llegar «hechos una sopa» al *Guayabal*, casa o hacienda a mitad del camino entre Cruces y Panamá, donde secándose en unas hogueras que prendieron, hubieron de pasar la noche en el suelo, pues las camas y ropa no habían podido venir de Cruces. Por fin el día siguiente, 14 de noviembre de 1749, hizo buen tiempo y llegaron a Panamá, donde a las afueras les esperaban los padres del colegio que en la ciudad tenía la Compañía, el obispo electo de Santa Marta, José Javier de Arauz, natural de Quito, que estaba de paso para su obispado, y los caballeros más distinguidos de la población, ni faltó la tropa con sus cajas militares mandada formar por el presidente de la audiencia real de Panamá, Dionisio de Alcedo. Estos recibimientos espléndidos, llenos de barroquismo tropical, eran usuales en las ciudades indianas cuando llegaban expediciones de misioneros de España [58].

(f.º 83v) (Viaje de Portobelo a Panamá). «El peligro de la tempestad y el propósito. San Simón (28 de octubre), misa en Chagre por mis padres; 24 confesiones, y noche de misión. El desconsuelo en la noche.

[57] CR., ibid., n.º 91.
[58] CR., págs. 127-138; JANER, n.º 34.

Gaduz (*sic*, ¿Gatún?), en el sitio de la Trinidad. Misa y comunión de Todos los Santos (1.º de noviembre). Enojo con Marlés. Sujeción al superior, ministro, dos faltas. Admiré la Ase (*sic*), plática de Animas, restitución, y en Chagre obsequio al Santísimo. Piedad con el novicio enfermo.

Gracias a Dios en la inundación grande de Cruces. Día de San Estanislao, no airarme jamás. En Guayabal, O, misa por el pobre. Entrada en Panamá».

La detención en Panamá fue de cerca de dos meses hasta que encontraron barco en el Pacífico o Mar del Sur, como se decía entonces. La fuerte mojadura de Cruces hasta Guayabal quebrantó la robusta salud del P. Recio y le hizo pagar la *chapetonada*, dice él, con que las tierras americanas, sobre todo las del istmo de Panamá, probaban a los españoles recién llegados de la península. Uno de los primeros días, mientras visitaba a los pobres en la cárcel, se sintió desvanecer y se le encendió una fuerte calentura, principio de grave enfermedad que le duró del 16 al 23 de noviembre, y en la que fue asistido por el médico francés, Mr. Godé, concertado ya para irse con los jesuitas a ejercer su profesión en Quito. Repuesto el P. Recio de la enfermedad, se siguió una gran misión en Panamá, que fue muy fructuosa, y de la procesión final de penitencia recuerda que durante ella iban los misioneros exhortando aquí y allí con saetas y sentencias oportunas, en las que sobresalía la hermosa voz del compañero P. Fermín Orquín con unos versos dolorosos de la Pasión. Fue, dice Recio, el canto del cisne, porque enfermando poco después murió a 30 de diciembre, dejando llenos de sentimiento a los compañeros y particularmente al P. Recio que nunca olvidó al inseparable socio en las misiones desde Sevilla y durante todo el viaje, y de quien dice que fue *dilectus Deo et hominibus*, grato a Dios por su virtud y a los hombres por su juventud y simpatía [59]. Una de las cosas que más le llamaron la atención en Panamá fueron las misiones de indios gentiles que en el distrito de dicha audiencia mantenían los jesuitas de Quito, a cuya jurisdicción pertenecía entonces el colegio de Panamá. Entre los que les salieron a recibir cuando llegaron a la ciudad estaba el P. Jacobo Walburger, alemán de noble estirpe, misionero del *Darién*. Halló muy fresca la memoria del P. Esteban Ferriol, panameño, fundador de las misiones en una región llamada *Chiriquí*, y conoció a dos misioneros de otra misión que se decía de *Guaymíes*. Al P. Recio se le fue el corazón tras los pobres indios y quiso quedarse en esas misiones; pero no fue de los cinco elegidos para ellas, tres sacerdotes y dos hermanos coadjutores, que sin seguir a Quito dieron por terminado su viaje en Panamá. Se quedó también, no sé si aparte de los cinco, el P. Ignacio Peramás, natural de Mataró, arriba mencionado, que salió excelente operario, gran propagador del culto al Sagrado Corazón [60].

(f.º 83v) (Detención en Panamá). «Visita de la enfermedad de 16 a 23 de noviembre, impaciencia. ¡Oh noche de sangrías! Bonete aun en la mesa, bendición.

---

[59] CR., pág. 153 ss., JANER, n.º 37, 38.
[60] CR., pág. 161 ss., números 134, 146, 147 a 166.

Consulté de la misión y calavera, desazón con el compañero: *discite a me*. Octava de San Javier (10 de diciembre), misa por las misiones, espíritu en la misión: 7 y 9 confesiones hasta la Concepción, en que 25 y generales 3 y otras de tarde; miércoles 18, generales 12; jueves 12 y generales 9, y así otros días; viernes 25, sábado; en los quince días generales 230, y appn. (?).

Empecé a ofrecer el rosario bendito a 17 de noviembre por necesidades. Devociones que di de limosna: libros 30, rosarios 20, estampas 45, medallas 14. Confesiones generales como cincuenta. Adelanté la devoción a los Sagrados Corazones. Obra pía del hospital y 300 pesos. Enfermo de 20 años, de 9, de 3, etc.

El susto y dolor en la siesta a 28 de diciembre. A 30 murió el P. Fermín (Orquín), adiós. Año de 50 me consagré a Dios y propuse: 1, el mayor recato; 2, la mayor pobreza; 3, el cumplimiento de las reglas».

c) *Por el Mar del Sur de Panamá a Guayaquil*

El día 7 de enero de 1750 salió la expedición de Quito en un barco mediano, y tardaron 28 días en llegar a Guayaquil, el 3 de febrero siguiente. Al principio la nave se metió muy en alta mar para cambiar luego el rumbo y llegar a punto conveniente de la costa ecuatoriana; en estos días el P. Recio dio la acostumbrada misión que se concluyó día del Nombre de Jesús, a 18 de enero, y al acercarse a la costa divisaron a lo lejos la montaña de *Montecristi* y el santuario de la Virgen de Monserrat a quien cantaron la Salve a 25 de enero. Pero aquí les sobrevino una fuerte y molesta tempestad que los marineros llamaban de quilla, y el P. Recio sufrió pesado mareo; una ola inundó parte de la popa, se resintió el trinquete y se rompió el bauprés; pero lo peor fue que durante ocho días no pudieron doblar el cabo de San Francisco. Por fin serenado el temporal lo pasaron y descubrieron con gozo la punta de Santa Elena, penetrando después en la gran bahía que cierra la isla de la Puná donde desagua el río de Guayaquil. Bogaron algunas mareas por su corriente y se hallaron frente a la ciudad, desembarcando el 3 de febrero. Durante el viaje, en medio de trabajos apostólicos y de las molestias de la navegación, no dejó el P. Recio el aprendizaje y ejercicio de la lengua quechua. El capitán del navío se llamaba Francisco Cardiel, el contramaestre Bernardo con quien intimó Recio y recibió de él especiales atenciones cuando la tempestad de la costa de Esmeraldas [61].

(f.° 84) «De Panamá a Guayaquil. Jueves 8 de enero a la tarde y noche mirando al cielo, ofrezco a Dios la misión que se concluyó el día del Nombre de Jesús [62]. La persecución por la letanía, paces con el capitán y el piloto. Oración de San Vicente Fe-

---

[61] No queda clara la concordia entre la CR. y el *Ms.* acerca de la prioridad entre la vista de Montecristi y la tempestad de quilla y paso del cabo de San Francisco. En el texto he seguido a la CR. (p. 173); pero según el *Ms.* la tempestad sobrevino en la costa de Esmeraldas y después vino el paso del cabo, la vista de Montecristi y la salve a vista del santuario de Monserrat. Asimismo tampoco hay conformidad para la fecha de llegada a Guayaquil entre JANER (n.° 38) a 3 de febrero y el *Ms.* que la pone el día 7.

[62] MARIO RIGHETTI, *Historia de la Liturgia*, ed. castellana de Cornelio Urtasun, I, Madrid (BAC) 1955, 713. Según este autor, Inocencio XIII en 1721 fijó la fiesta del Nombre de Jesús para la dominica II después de la epifanía, la cual el año 1750 cayó en 18 de enero.

rrer. En la oración buenos sentimientos y lágrimas (Bautismo del Señor). Exacción y cuidado en el examen, no como antes.

Temor en la tempestad y ocho días sobre el cabo de San Francisco. Cuidado y agradecimiento al capitán don Francisco Cardiél (dulce). Polo —el de nueve años—, el guardián, el contramaestre Bernardo y otros. Devoción a San Anastasio, etc. Cuidado en promover la lengua. La música que empecé por Jesús, y me dio humildad. Desde el día de San Timoteo (24 de enero) al de San Ignacio (1.º de febrero) no beber vino.

Contrato día de San Sebastián (20 de enero), y a 25 de enero Salve a Nuestra Señora de Monserrate. Instrucción de negros. San Javier, la coja y regalitos, etc. Rosario, uno por las necesidades, 2 por el médico, 3 por el hortelano, 4 por mis discípulos en Monforte, 5 y así en la doctrina, etc.: *B. Virgo et columna veritatis.* D. Ernesto. Por amor a la pureza sin colchón, con cilicio y pellizcos.

Por Sexagésima (ese año a 1.º de febrero) en la oración de la tarde lágrimas, y ternura en la comunión. Devoción en el día de la Purificación (2 de febrero), y desde el día de los Santos Mártires (del Japón, 5 de febrero) los dos *paternoster* y avemarías. En cada comunión pediré una virtud. La última con el P. Pablo (Güell). Antes del fin *age quod agis.* A 7 llegamos».

«Como resucitados de muerte a vida nos mirábamos cuando nos vimos en Guayaquil», escribe Recio; y en esta ciudad se detuvo la expedición por espacio de un mes hasta el 9 de marzo. Guayaquil dista doce leguas del mar y está edificada a la orilla del río, que allí tiene una legua de ancho y es «toda la gala de la ciudad»: casas e iglesias son de madera, menos la iglesia de Santo Domingo que es de cantería y está en lo que llaman ciudad vieja, situada en el apacible collado de Santa Ana. En el siglo XVIII era ya importante por el comercio y por el astillero donde se construian para todo el virreinato del Perú las armadas de la Mar del Sur. El obispo de Quito, Juan Nieto Polo del Aguila, hermano del procurador P. Tomás Nieto Polo, tenía en Guayaquil concedidas licencias de confesar y predicar para todos los padres de la expedición, las cuales aprovechó el P. Recio para dar una misión que «salió muy lucida y fructuosa» en la iglesia mayor dedicada a Santiago, titular de la ciudad; el rico caballero Gaspar de Ugarte, contador de la real hacienda, a insinuación de los misioneros, dio a la cárcel y hospital una comida abundante y espléndida, servida en rica salvilla de platos, cucharas y tenedores, todo de plata. Compañero del P. Recio, por la muerte del P. Orquín, fue el P. José Escobedo, uno de los de la expedición, de noble estirpe, natural de Martos, en Jaén, que convirtió a una joven muy noble de nacimiento pero bastante mundana, por nombre Leonor, y después de la misión comenzó una vida muy santa, siendo «espejo de aquella ciudad» [63].

(f.º 84) En Guayaquil: «A 7 (febrero, 1750) llegamos. En Cuarenta Horas prediqué. En la misión como última lucha, S.ª castidad. La conversión que hizo el P. Escobedo y el sermón. Desde el domingo buenas confesiones: 17, 14, etc., de 7 años, de 5; del collao de 4 (*sic*), 3 años. Los sueños de pescadores, las siete impaciencias, ense-

[63] CR., pág. 175 ss., n.º 173-188; JANER, n.º 41.

ñanza en las flaquezas. Comida a la cárcel, regalo al hospital, consuelo de pobres. Celebré en las iglesias el día de San Matías (24 de febrero). Hasta Quito [64].

La enfermedad, y en la segunda purga; memoria de las agonías: *O bone Iesu.* Dispensación del P. Rector en incesto de primer grado, caso reservado en esta diócesis (Quito); nosotros en el segundo grado por nuestros privilegios que leí en la canoa. Fui al moribundo de la Virgen.

Confesión en ciudad vieja, devoción en Santo Domingo. Di el rosario de Santa Brígida y el de Cádiz; la medalla de San Benito que no se prohibió. Algunas devociones y rosarios a pobres, y en especial al negro del casamiento. Sobre la leyenda dos faltas después y antes deseo. Aconsejé a los niños gramáticos. Di libros a la beata y a Bernardo. Dos paces con Borda y Fernández».

d) *Por las laderas andinas hasta entrar en Quito*

El viaje de Guayaquil a Quito renovó a los noveles jesuitas españoles en su primera etapa hasta Babahoyo y Guaranda las fatigas y penalidades pasadas en el istmo de Panamá. De Guayaquil a *Babahoyo* hay veinte leguas que se navegan por el río en canoas, pero el tiempo era de aguas tropicales y emplearon varios días más de la cuenta en llegar a dicha población que hallaron toda hecha un mar por la inundación; habían salido de Guayaquil el día 9 de marzo de 1750, día de Santa Francisca Romana. No faltó en Babahoyo una breve misión, pero la gente tenía que acudir a la iglesia, dedicada a Santa Rita, en canoas. De Babahoyo siguieron río arriba hasta Caracol, donde por primera vez oyó el P. Recio hablar a los indios en quechua; y aquí dejando las canoas tomaron las mulas y continuaron el camino por tierra. Llegando a la raíz de la cordillera de los Andes, en el tambo de *Ugiba,* padecieron una fortísima tempestad, domingo de Pasión a 15 de marzo; aquí los indios les obsequiaron con yuca y camotes, y el P. Recio vio con satisfacción que hablándoles en quechua le entendieron. Las jornadas las hacían breves y pasaron por varios parajes llamados *Calusán, Tarigahua, Cabezaspata, Motilones,* donde Recio se estrenó en la catequesis y confesiones de indios en su lengua de ellos. Vino después la cuesta de San Antonio, muy resbaladiza por las aguas, que en trozos tuvieron que subir a pie hasta llegar a *Pucará* en lo alto, y en diez o doce días por el mal estado de los caminos llegaron a Guaranda, día de martes santo a 24 de marzo.

(f.° 84v) «Salí a 9 de marzo haciendo la novena. Día 1, mosquitos y desamparo; 2, en la barranca; 3, con el P. Agustín (Martínez, compañero de expedición), y lluvia grande; 4, donde confesé a uno en casa de Cadena, lágrimas día de Santa Francisca Romana; 5, en casa de Coello tempestad, alabé a Dios en la hermosura del río; 6, a Babahoyo, cinco confesiones, una de once años, de dos, de siete. Agradecimiento a los señores Plazartes: *vias tuas Domine demonstra mihi.*

Confesiones camino del Caracol, aquí tres misas y una por un pobre; 19 confesiones y principio en Inga. Negocio con el cura y vicario.

Tempestad en Ugiba *dominica in Passione* (15 de marzo). Doctrina y devociones a

---

[64] Aunque el *Ms.* dice «Hasta Quito», lo que sigue parece referirse todavía a la permanencia en Guayaquil, como lo tocante a la iglesia de Santo Domingo, la ciudad vieja, los niños estudiantes de gramática, el amigo Bernardo, probablemente el contramaestre del navío, etc.

los indios, a un hombre y una mujer en Inga. En la descansada jornada a Calusán, lección y oración con novenas, rosario y salve.

A Tarigahua, molestia y peligros grandes, cuidado con el examen particular (...). Misa por la casa de mi hermana. Detención, sermón y rosario, lágrimas en la oración. Hasta Cabazaspata dos despeños, memoria de San José (19 de marzo) y Dolores (20 de marzo ese año), quince confesiones.

Habiendo venido a América para bien de los indios, a nadie reñiré. Aquí y en el paraje de Motilones molestia en tambos. Ramos (domingo de, 22 de marzo); subí descalzo a Pucará, donde plática, rosario y nueve confesiones. En Tanisagua [65] caridad con el doctor Losa y 18 confesiones».

En Guaranda se detuvieron tres o cuatro días que aprovechó el P. Recio para dar misión, y predicó sermón de Pasión el viernes santo, donde arrebatado del fervor trocó el castellano por unos períodos en quechua [66]. Desde que los viajeros, dejada la región de la costa subieron a la sierra, se helaban de frío y su alivio por la noche en las paradas para dormir era encender hogueras. Se hallaban en la provincia de Chimbo dominada por el majestuoso volcán Chimborazo, que Recio traduce por nieve de Chimbo; en ella no había sino un sólo *asiento* de españoles, San José de Chimbo, aunque el corregidor solía residir en Guaranda, centro ya entonces importante de tráfico y comercio. Sábado santo a 28 de marzo se fueron a Cinchi, y bordeando la raíz del Chimborazo llegaron a *Chuquipoquio* donde en una ermita se veneraba una popular imagen de la Virgen María. El lugar tocaba los términos de otra provincia más importante, la de Ríobamba, entonces villa pero «más autorizada que muchas ciudades de América», y los indios eran de una nación particular que Recio llama Puruayes, hoy se escribe Puruháes. No entraron en Ríobamba nuestros viajeros aunque pasaron cerca, y Recio recuerda que varios caballeros, uno de ellos D. José de Villavicencio, que ostentaba título de Castilla, les salieron a obsequiar [67].

Después siguiendo sus jornadas fueron a parar a *Mocha* donde Recio predicó, y llegaron a *Ambato,* población que ya para entonces tenía título de ciudad y poseía casa de la Compañía edificada por el P. Ignacio Maugeri, el procurador antes mencionado que condujo la expedición de Quito el año 1743. La detención fue aquí de tres días que aprovechó Recio para una misión, y sintió mucha devoción en venerar la memoria del H. Melchor Marco, antiguo servidor de la Casa de Borja, que con San Francisco de Borja entró en la Compañía, y pasado al Perú en 1574 murió ocasionalmente estando de camino en Ambato y fue enterrado en la iglesia de San Francisco [68]. Salidos de Ambato, tocaron en una hacienda del colegio de Quito por nombre Naccichi (hoy Nagsichi), y se encaminaron a Latacunga, a la sazón ni ciudad ni villa sino sólo asiento, aunque «más considerable que algunas villas y ciu-

---

[65] Según CR. (p. 192). Tanisagua era una hacienda del pueblo de San Lorenzo.

[66] CR., pág. 191, n.º 197.

[67] CR., pág. 195, n.º 203, 204.

[68] F. MATEOS, *Misioneros jesuítas en el Perú durante el siglo XVI,* publicado en *Misionalia Hispánica,* I, Madrid 1944, 563: a veces he visto escrito, creo que por error, como aquí en el *Ms.,* Simón Marcos.

dades de allá, por el número de sus habitantes y por la formalidad de república, adornada de bellos templos y religiones». Aquí cesó el P. Recio en el cargo de maestro de novicios de la expedición, al entregarlos al noviciado que la provincia jesuítica de Quito tenía en el lugar, donde estaba además el seminario de Humanidades llamado juniorado, y era maestro de retórica el P. Manuel Joaquín Uriarte y Baquedano, que recibió a los viajeros con un solemne acto académico de discursos y poesías en latín. Con él trató de cosas espirituales el P. Recio y ambos decidieron irse a las misiones de Maynas; Uriarte lo consiguió pasando efectivamente a ellas este mismo año de 1750, Recio las pidió en Quito y aun se obligó con voto, pero la Providencia guiaba sus pasos por otros caminos [69].

En esta tierra de Latacunga admiraron la mole del volcán Cotopaxi de forma cónica perfecta, coronado de nieve, y pasando por *Callu* subieron los páramos solitarios que separan el valle andino de Latacunga del de Quito; estos páramos y un paraje de ellos llamado del excomulgado tenían mala fama de ser infestados de ladrones, como nuestra Sierra Morena, fama que perduraba el año 1920 y pude por mí mismo comprobar [70]. Entraron después al valle de *Machachi* «muy apacible», que además del pueblo de este nombre, tenía otros como *Aloasí* y *Aloag* donde se veneraba un Santo Cristo de mucha devoción, ambos curatos de padres dominicos. Se eleva luego el terreno pasado *Tambillo*, y desde allí divisaron por primera vez la ciudad de Quito distante tres leguas. En este paraje les esperaba el P. Provincial, Angel María Manca, a quien el P. Recio dio la obediencia, y entrando en el valle de *Chillogallo* pararon en una hacienda del colegio de Quito llamada *Yaguanche*. Hasta ella salió a recibir a su hermano el P. Procurador el obispo de Quito, Juan Nieto Polo del Aguila, acompañado del Conde de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar y Frasso, natural de Granada, y otras personas de mucha distinción; al obispo durante la comida le dijeron versos varios de los presentes, y el P. Recio que sabía pulsar la lira, dijo también los suyos [71]; era la segunda dominica de Pascua (12 de abril).

El obispo volvió a Quito y al día siguiente, 13 de abril de 1750, hicieron los misioneros su entrada solemne en la ciudad. «Siempre, dice Recio, fueron muy singularizadas las entradas de los misioneros, así en Quito como en las demás capitales de las provincias de Indias». El suceso constituia efectivamente una novedad, y los recibimientos solían ser un espectáculo lleno de esplendor barroco. Yaguanche dista dos leguas de Quito, y poco después de emprender el camino se encontraron con un grupo de jóvenes estudiantes de la Compañía bizarramente montados a caballo y galanamente vestidos que les dieron la bienvenida: uno de ellos en nombre de los demás, les dijo un discurso en latín «de hermosa prosa y elegantes versos», compuesto por su maestro jesuita el P. Mateo Folch. A los estudiantes fueron sucediendo sin cesar personas de

---

[69] F. MATEOS, *En pleno corazón del Amazonas*, publicado en la revista *Razón y Fe*, vol. 152, Madrid 1955, 99 ss.

[70] CR., pág. 207, n.º 225.

[71] CR., págs. 189-225, n.º 239, 251; JANER, n.º 47-50.

diversos estados «que eran como la flor de Quito», y convirtieron todo el camino en una continuada visita: caballeros, como D. Francisco de Borja, descendiente directo del Santo, comerciantes y eclesiásticos todos a caballo «formaban un como lucido ejército». Entraron en la ciudad por el barrio de San Sebastián, llegaron a la plaza de Santo Domingo, de aquí tomaron por la «gran calle de los Mercaderes» que va recta a San Agustín; todos los balcones estaban «llenos de gente que nos echaba encima variedad de hermosas flores», dice Recio. En dicha calle tenía sus casas el presidente de Quito, Fernando Sánchez de Orellana, quien también estaba en el balcón acompañado de Francisco Vadillo, caballero español, compañero de navegación hasta Cartagena de los expedicionarios, que por temor del mar se había venido por tierra, y explicaba al Presidente quién era cada uno. A la mitad de la calle torcieron para la plaza de San Francisco y vieron la majestuosa iglesia «que podría parecer y admirarse en cualquier ciudad grande de Europa». Finalmente entraron en el colegio de la Compañía, y lo primero fue ir a la iglesia a una fiesta de acción de gracias. Al P. Recio le aposentaron en una habitación «bien capaz con la más apreciable vista a la iglesia catedral». Tanto la iglesia de la Compañía como los claustros del colegio y todo el edificio produjeron a Recio admiración [72]. He aquí las notas del manuscrito:

(f.° 84v) «A Guaranda martes santo (24 de marzo); asalto y misión, y viernes santo confesiones 133 y en Inga 33. Lance de cuchilladas ¡ay Dios!; no perderé la mansedumbre».

(f.° 85) Compasión del hermano Jerónimo que enfermó en Babahoyo y después murió; y del hermano Juan que al salir de Guaranda padeció: *ora pro eo* [73].

Sábado santo en el Cinchi, en el tambo rosario con frío. Caridad del P. Diego. En Nra. Señora de Chuqui(poqui)o, caridad al enfermo; y en Mocha sermón y algunas confesiones, y a la pobre enferma, y doctrina a todos. Aquí y en todas partes Itinerario y las letanías.

Gozosa y gloriosa entrada en Hambato, donde está el H.° Simón Marcos, devociones en la capilla. Misión en la iglesia mayor con novicios. Entrando en Naccichi [74] contento con las cartas: *responde mihi;* misas y algunas confesiones.

Consolado viaje a Tacunga; pedí aquí licencias al señor Comisario y ofrecí la voluntad de fructificar. En Callu donde el cantorcito y Vidaurreta: *ora pro eo, miserere.* En Machachi la primera rosa, y buenas devociones por el valle y a vista de los cerros nevados.

En Yaguanche di la obediencia al P. Provincial [75]. A 11 de abril a vista de Quito, y a 12 en el oratorio: *nunc coepi, misericordias Domini in aeternum cantabo.* Gloriosa y gozosa entrada día de San Hermenegildo (13 de abril) con D. Francisco de Borja, al cual debo encomendar a Dios nuestro señor».

F. MATEOS, S. I.

---

[72] *Ibid.*, pág. 219 ss.

[73] Estos hermanos, Jerónimo y Juan, lo mismo que un novicio antes mencionado en el *Ms.*, son sin duda de los pasados en la expedición de Quito fuera de la reseña de Cádiz, no costeados por la real hacienda.

[74] JOSÉ JOUANEN, S. I., *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito,* II, Quito 1943, 362: da el nombre moderno de Nagsiche, y dice que era una hacienda no propia de ningún colegio, sino de la Provincia, destinada para gastos generales, como costear las expediciones que venían de Europa, etc.

[75] Según la CR. (p. 212) el encuentro del P. Provincial fue en un paraje situado en la elevación del terreno terminado el valle de Machachi, desde donde se divisa Quito.

Semblanzas Misioneras

El V. P. Fr. Francisco Díez, O. P. [1]

El campo de las Misiones de China ha sido siempre uno de los más difíciles de cultivar de cuantos nos habla la Historia General de las Misiones. Y una de las causas principales era por la profunda, no menos que errónea, convicción del chino de que su patria era la más civilizada y superior en todos los órdenes a todos los pueblos del mundo; y que, por lo tanto, nadie debía ir a China a enseñar, sino a aprender. Engreído por esta supuesta superioridad, despreciaba olímpicamente a todo extranjero, a quien, sin embargo, temía.

Pueblo materialista si lo hay, de genio, idiosincrasia, religiones, costumbres y educación tan diferentes y aún contrarias, a las verdades evangélicas que les predicaban los misioneros, nada es de extrañar pusiera siempre tenaz resistencia a las doctrinas que éstos les proponían.

Y si a estos obstáculos, casi infranqueables, añadimos que durante la época en que evangelizó en Fukién (1634-1646) el gran misionero —cuyo nombre encabeza estas páginas—, hervía toda la nación en trastornos y luchas intestinas; consecuencias, en gran parte, de la corrupción de las autoridades, comenzando por las del palacio del Emperador; y que los bandidos campeaban por sus respetos por todas partes, azote terrible para los desvalidos ciudadanos; y que más tarde (en 1644) se declara la guerra con la invasión victoriosa de los tártaros; hemos de convenir en que la vida de los misioneros durante esta azarosa época fue de lo más dura, difícil y penosa que pueda imaginarse. Solamente misioneros inflamados del amor de Dios y de la salvación de las almas pudieran resistir y salvar tantos y tan gran número de obstáculos como les salían al paso en la predicación del Evangelio.

Providencialmente existieron esos misioneros, y de talla tan relevante que pudieron capear tan difícil situación, sembrando con insospechado y abundante

---

[1] Hay autores que le dan el apellido de *Díaz*, pero nos atenemos al de *Díez*, pues su biógrafo y compañero de apostolado, el P. Juan García, quien fue su Superior, así le apellida; y también el Bto. Francisco F. de Capillas, también su compañero, le da el mismo apellido en la relación que escribió sobre la Misión de China, la cual se halla original en el Archivo Provincial Dominicano de Manila, t. 21, ff. 347-351.

fruto las verdades salvadoras del Evangelio en tierra aparentemente tan árida. Precisamente por esta época el Señor premió sus esfuerzos, pues, a pesar de tiempos tan aciagos, hubo en la Misión dominicana de Fukién una floración de cristianos, que bien podía llamarse su época de oro, tanto por las instituciones fundadas, como por el número y calidad de los cristianos.

En cuanto a nuestro gran apóstol, el P. Díez, trabajó toda su vida de misionero con el celo de un nuevo Elías. El alma se le abrasaba de amor divino. Con el Crucifijo en la mano emprendió la aventura de llevar al conocimiento de Cristo las almas que pueblan la parte de la Misión que le tocó en suerte evangelizar. ¡Y cómo se ensancha su corazón y llena de inefable alegría cuando consigue arrancar un alma a la negra gentilidad y traerla dichosa a la grey de Cristo! ¡Y qué trabajos se impone para conseguirlo! No hay valle ni montaña, pueblo ni ciudad, río ni ensenada en toda la provincia de Fukién que no haya visto al gran misionero predicar el Evangelio. Y para ello, nada ni nadie le intimida, nada le hace retroceder en su predicación: ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni el calor, ni el peligro de ser devorado por las fieras, ni las asechanzas de los gentiles, ni las cárceles, ni martirios de los tiranos, cuando se trataba de la salvación de las almas y el honor de Cristo y defensa de la fe.

Encarnaba las virtudes heroicas de los grandes misioneros de aquella época. Era un nuevo San Pablo predicando las verdades sublimes que nos enseñó el mismo Hijo de Dios. Si se presenta la ocasión, como otro Apóstol de Tarso, se encara valiente con los tiranos que escarnecen la fe y persiguen con diabólico odio a los heraldos de Cristo y a sus adeptos. Y no pecha ante las amenazas y martirios más crueles. Sus 9 años de apostolado fueron otros tantos años de gestas apostólicas, de cárceles y tratos inhumanos, de penalidades físicas y morales sin cuento. El retrato que hace San Pablo de las penalidades de toda clase padecidas por él y sus compañeros, parecen escritos también para este nuevo apóstol.

«Somos hechos —escribe el Apóstol de las Gentes—, el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres. Hasta esta hora padecemos hambres y sed, y andamos desnudos, y somos abofeteados y no tenemos morada segura. Y trabajamos obrando por nuestras propias manos; mas nos maldicen y bendecimos; nos persiguen y los sufrimos. Somos blasfemados y rogamos; hemos llegado a ser como las basuras de este mundo; como la escoria de todos hasta ahora.»

Tales han sido algunas de las facetas de la vida misionera heroica de nuestro misionero. Tan agitada fue su vida, que apenas tuvo un día de paz tan sólo. Pase el lector a leer la siguiente breve biografía con que le obsequiamos, y verá que las afirmaciones hechas no tienen nada de exageradas.

Vocación de apóstol

Tuvo por cuna nuestro insigne misionero la villa de San Cebrián de Mazote, provincia de Valladolid, en donde nació el 4 de octubre de 1606. Hacia los 15 años de edad quedó huérfano de padre y madre, y al cuidado de un

tío suyo. No mucho más tarde vistió el blanco hábito dominicano en el célebre convento de San Pablo de Valladolid. Terminados allí sus estudios eclesiásticos, y siendo aún Diácono, por sus notas sobresalientes de religioso y estudiante, mereció ser enviado a especializarse al colegio de Santo Tomás de Alcalá, en donde se ordenó de sacerdote.

Ahora su talento y preparación científica parecían convidarle a granjearse fama y honores en el púlpito, en la cátedra y por medio de la pluma. Pero en lo que menos pensaba era en aspirar a obtener laureles terrenos. Su vocación era la del soldado de Cristo en la vanguardia del apostolado en naciones remotas que yacían en las tinieblas de la gentilidad. Con ese fin se afilió a la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, Provincia misionera por excelencia, partiendo de Alcalá a pie hasta Sevilla. En 1631 partía de España para Méjico con otros compañeros. En esta ciudad desempeñó el honorífico cargo de Maestro de Estudiantes, cuando sólo tenía aún 25 años de edad.

Llegado el tiempo de reembarcarse para Filipinas, hizo el viaje a pie por un asperísimo camino desde la ciudad de Méjico hasta Acapulco, haciendo de Superior de otros que le acompañaban. Y tantos fueron los padecimientos que les cercaron, que murieron seis de ellos, y poco faltó para que el P. Díez muriera también. El 23 de febrero de 1632 partieron de Acapulco para Manila, llegando a su destino a fines de mayo siguiente.

En Manila estudió el mandarín en el Parián de los chinos, y ejerció el ministerio apostólico en el Hospital de San Gabriel. En 1634 pasó a Formosa con intención de partir desde allí para Japón. Partió, efectivamente, para su destino, pero los vientos contrarios impidieron que la nave que le llevaba prosiguiera su camino, teniendo que volver al punto de partida [2].

Como su vocación era la de predicar el Evangelio en cualquiera parte que fuera, salió en ese mismo año de 1634 para China en compañía del franciscano Francisco Bermúdez, llegando felizmente a Fukién [3]. Como ya había estudiado

---

[2] «Nos embarcamos desde el lugar de Santiago de Isla Hermosa para ir a Japón, el hermano Onofre Pelleja y Fr. Domingo Urquicio, y el P. Fr. Francisco Díaz, dominico, y yo, aunque indigno. Llevábamos nuestros recaudos de decir misa y vestidos de chinos. Ibamos navegando por una corriente, que iba a dar en breve tiempo a tierra de los Leiquios, de Japón, que se alcanza a ver desde Santiago la tierra adentro de la isla, cuando nos dio tal viento y tempestad, que los que nos llevaban no quisieron pasar adelante, no obstante que hubo uno de los religiosos de tan fervoroso espíritu que porfiaba con los demás, diciendo que no se volviese nadie atrás y que esperásemos para proseguir el viaje, que los mercaderes, por bienes temporales, aventuraban sus vidas, ¿por qué nosotros para ganar la eterna no hemos de perseverar aunque perdamos la temporal? Pero por el mal tiempo, y a más no poder, arribamos a Isla Hermosa» (*Relación del viaje al reino de la gran China,* por el P. Francisco de Jesús Escalona, O. F. M., publicada en *Sínica Franciscana,* II, 224-311).

[3] Algunos historiadores dominicos, como el Sr. D. Fr. Diego Aduarte (*Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores, de Filipinas, Japón y China,* Zaragoza 1693, 704), los PP. Fernando-Fonseca (*Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas y en sus Misiones de Japón, China, Tung-king y Formosa,* II, 365) y el Sr. don Fr. Tomás M.ª Gentili (*Memorie di un missionario domenicano nella Cina,* I, 119), ponen su entrada en China en la fecha consignada en el texto. Los PP. Santiago Quetif y Echard (*Scriptores Ordinis Praedicatorum,* II, 549), el P. Victorio Ricci (*Hechos de la*

en Manila el mandarín y ejercitándose en el ministerio de los chinos, estudiado el dialecto de Fogán, a los tres meses de su llegada a la Misión, ya comenzó las tareas apostólicas con el mayor celo y entusiasmo [4].

Primera persecución y primer calvario

Muy pronto comenzó nuestro misionero a gustar de penas y dolores. Dolores y penas que habían de ser sus compañeros inseparables hasta la muerte.

Al mes de su llegada a la Misión fue en compañía del P. Morales a celebrar la fiesta de Navidad a la villa de Fogán. Se habían reunido allí gran número de cristianos, entre ellos, 16 literatos. Todos ya confesados y preparados para celebrar el nacimiento del Salvador. Pero he aquí que, por la imprudencia de un neófito, se aguó la fiesta y trajo a todos no pocas pesadumbres.

Fue el caso que ese cristiano entró en la casa de un gentil, y cogiendo un ídolo, le truncó la cabeza; diciendo al propietario que tal ídolo no tenía divinidad ninguna, sino que era sólo vilísimo barro. ¡Y aquí fue Troya! Una albo-

---

Orden de Predicadores en el imperio de China, l. I, cap. XII, n.º 1. Consta esta obra de tres libros, que se hallan Mss. en el Archivo Provincial Dominicano de Manila, tomos 413ª, 413ᵇ y 413ᶜ, fechados en 1667), y el P. Hilario Ocio (*Reseña biográfica de los Religiosos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas*, I, 35) están conformes en afirmar que tuvo lugar por noviembre de 1635. En cambio, el P. Eusebio Platero, O. F. M. (*Catálogo biográfico de los Religiosos franciscanos de la Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas*, 331) afirma que el P. Bermúdez, compañero del P. Díez, entró en China en 1636. Pero están en lo cierto los historiadores dominicos citados al principio de esta nota.

El Sr. Aduarte, que tuvo por súbdito y discípulo en Manila al P. Díez y escribió su *Historia* en esta época, tenía motivos para estar enterado de lo que escribía. Y el P. Juan García, que estaba en Formosa cuando el P. Díez llegó (en 1634) a esa isla y salió para China, escribe: «Llegado allí (a Formosa), luego a pocos días se ofreció ocasión para pasar a China, y pasó en compañía de otro religioso de San Francisco» (*Vida y progresos del venerable y devoto P. Fr. Francisco Díez...*, Tingtao 1650. Ms. en el Arch. Provincial Dominicano de Manila, t. 21, ff. 332-343).

Otra prueba concluyente que fue su entrada en 1634, es que el mismo P. Díez fue quien avisó al P. Juan Bautista de Morales, por julio de 1635, de los sacrificios y supersticiones que hacían algunos literatos cristianos de Moyang. Y en esta fecha ya llevaba el P. Díez en ese pueblo cosa de medio año, además de los tres meses de preparación en Tingtao para comenzar el ministerio. Y por Navidad de 1634, cuando los infieles destruyeron la iglesia de la villa de Fogán, estaba él allí con el P. Morales. Y en la declaración del mismo P. Díez con motivo del segundo Proceso, o Información jurídica, sobre los ritos chinos, testifica el Notario, P. Santa María: «... pues habrán leído sus libros en lengua china, como este Padre [el P. Díez] los ha visto en menos de año y medio que está en China». Y esta declaración está fechada el 26 de enero de 1636. Que el P. Díez entró en 1634, lo afirma también el P. Benno Biermann, O. P. (*Die Anfange*, 42-49) y el P. Robert Streit, S. V. D. (*Bibliotheca Missionum*, V, 772, 966).

[4] «*Ibi* (en Fogán) *statim didicit optime brevique tempore mandarinam, tum et vernaculam regionis de Fogán*» (*Script. Ordinis Praedicatorum*, II, 549, de los PP. Quetif y Echard). En cambio, escribe el P. Juan García: «Su estudio en la lengua, que con el mucho trabajo que puso en aprenderla, venció la dificultad que tuvo al principio, que era algo inepto; pero con el trabajo, salió muy bien en ella» (Relación citada).

Puede explicarse esta aparente contradicción de estos dos escritores diciendo que, en llegando a China, se impuso muy pronto en la práctica del mandarín, que ya había estudiado en Manila. Y, sabiendo ya esta lengua, le fue fácil el posesionarse del dialecto de Fogán, para lo que le serviría mucho el saber ya el mandarín. Y así se explica que a los tres meses comenzara su apostolado.

rotada turba de gentiles fue a casa de los Padres en infernal algarabía. Estaban muy lejos los Padres de haber intervenido en aquella imprudente acción del neófito, quien, por el contrario, había obrado contra lo que los misioneros tantas veces habían encargado a los cristianos de que se abstuvieran de hacer cosas semejantes con los gentiles ni con sus ídolos. Compréndese el gran sentimiento de los misioneros por tan desagradable incidente, pues preveían las fatales consecuencias que habían de seguirse de tan imprudente acción.

A la hora de haber tenido lugar tal episodio, volvió un pelotón de revoltosos, con orden de la autoridad, para prender al cristiano que había roto el ídolo. Y, cogiéndole, le llevaron ante la presencia del juez, quien le mandó azotar, le multó en seis ducados y le castigó a llevar públicamente la canga por varios días.

Vueltos por tercera vez los enfurecidos infieles, destruyeron parte de la iglesia. Pero habiéndola reparado los cristianos lo mejor que pudieron, pudieron celebrar al día siguiente la fiesta de Navidad.

Ocho días más tarde volvieron a alborotarse de nuevo los infieles; y con diversos instrumentos músicos, se dirigieron al templo de Confucio, en donde unos cuantos cabecillas comenzaron a congregar y soliviantar a la plebe contra los cristianos, y después, a recorrer la población con el mismo objeto. Viendo los dos misioneros el sesgo amenazador que llevaban las cosas, recogieron los objetos de la iglesia, y, acompañados de algunos literatos, se fueron a Tingtao. Poco más tarde de haber salido los dos religiosos, llegó una turba de gentiles y destruyó hasta sus cimientos la iglesia.

Como el mandarín veía con malos ojos a la religión cristiana, se aprovechó de esta ocasión para dar un decreto, por el cual desterraba a los misioneros de su jurisdicción y prohibía a sus vasallos abrazar la Ley de Dios. Ordenaba, además, que la iglesia de Tingtao fuese convertida en escuela para enseñar en ella la doctrina de Confucio [5].

Los dos misioneros huyeron a los montes, en donde padecieron toda clase de privaciones. Sobre el caso escribe el P. Ricci: «Durante, pues, del edicto andaban los religiosos escondidos, con lo cual se les recrecían los méritos por ser muy subido de punto el trabajo. Las noches eran secretarias fieles de los pasos que daban, ya por montes fragosos, ya por agua y por lodos, ya mojados, ya sudados, y siempre con falta grande de lo necesario» [6].

---

[5] Decía el decreto: «Por cuanto con notables instancias nos ha suplicado esta villa de Fogán que, para la paz y quietud de ella, conviene desterrar a unos extranjeros de Europa, por cuanto enseñan una doctrina muy diferente de la que debemos seguir del santo Confucio; cuyos seguidores alborotan, inquietan y amotinan esta ciudad. Y pareciéndonos ser así necesario, como los escándalos pasados lo han demostrado. Por tanto, con este nuestro edicto mandamos que los dichos extranjeros salgan desterrados de toda esta nuestra jurisdicción de Fogán, e irremisiblemente. Y también mandamos a nuestros vasallos que nadie se atreva a seguir su Ley y doctrina que predican; sino solamente la antigua y legítima de este reino, que es del sapientísimo Confucio. Item más: mandamos y ordenamos que la iglesia que tienen dichos extranjeros en el pueblo de Tingtao, se aplique para el bien común; haciendo de ella una escuela en donde se enseñe la doctrina de nuestro santísimo Confucio; a la cual acudirán todos dos veces al mes para oír su altísima y profundísima doctrina». (RICCI, *Hechos*, cap. XIV, n.° 1.)

[6] RICCI, *Hechos*, n.° 4.

En cuanto al P. Díez se refiere, a pesar de ser nuevo en la Misión, distaba mucho de amilanarse ante la persecución. Por Cuaresma de 1635 fue al pueblo de Moyang con las debidas precauciones para confesar a los cristianos. Acabadas las confesiones, disponíase para volver a donde estaba el P. Morales para estudiar a su lado caracteres chinos; pero se vio obligado a posponer su vuelta, porque con su presencia se habían enfervorizado los cristianos, y hasta muchos gentiles pedían el bautismo. Ya había bautizado a algunos, y pocos días más tarde bautizó a cinco mujeres; una de ellas muy celosa de la propagación de la fe, la cual movía a la conversión de otras muchas del pueblo; en parte, por ser muy rica y estimada. Había, además, otras doce estudiando la doctrina. También estudiaban varios varones el Catecismo, bautizándose algunos de ellos. En vista de tantas conversiones, hubo de permanecer allí el P. Díez hasta primeros de agosto [7].

Cristianos paganizantes

Un caso tuvo lugar en este mismo año de 1635 que dio más pena a los misioneros que todas las persecuciones que pudiera haber con todas sus peores consecuencias. Fue el caso que el P. Díez descubrió en Moyang que algunos cristianos estaban inficionados de los reprobables ritos chinos, haciendo una mezcla de las verdades de la fe cristiana con las creencias paganas.

El célebre P. Juan Bautista de Morales había averiguado ya que, tanto gentiles como cristianos hacían esos sacrificios en toda China, Y, siguiendo con sus observaciones, descubrió las adoraciones y sacrificios que hacían a las tablillas, a sus antepasados, a los ídolos Fur (Buda), a Ching-hoang y a Confucio.

Mandó, pues, a sus cristianos destruir las tablillas; y con tanto celo y prudencia y energía que, con asombro de algunos que les parecía cosa imposible, se vio con qué gran entusiasmo la mayor parte de los cristianos de Fukién las destruyeron y se purificaron de todo rastro de gentilismo.

Habiendo el mismo P. Morales averiguado más tarde las adoraciones y sacrificios que hacían, todos al cual más gentílico, mediadas muchas disputas con los cristianos de Tingtao, les puso la siguiente disyuntiva: o que abandonasen toda clase de adoraciones y sacrificios supersticiosos, o que renunciasen a ser cristianos. En vista de lo cual, la mayor parte de ellos renunció también a estas supersticiones tan contrarias a la religión cristiana.

Pero, a pesar de todas estas protestas, algunos cristianos iban ocultamente, juntamente con los gentiles, en algunas épocas del año, a hacer sacrificios solemnes a los templos dedicados a los progenitores difuntos. Esto lo supieron los PP. Morales y Santa María del P. Díez, a quien se lo habían contado otros cristianos [8].

---

[7] Aduarte, *Historia*, 709. Id., Declaración jurada del P. Díez en el segundo Proceso sobre los ritos.

[8] Véase la anterior Declaración.

Para saber, pues, *de visu* lo que realmente hacían, a principios de agosto de 1635, fueron en secreto a Moyang los PP. Morales y Santa María, sorprendiendo, efectivamente, a algunos cristianos haciendo adoraciones y supersticiones y sacrificios en un templo de los antepasados, juntamente con otros gentiles. He aquí cómo nos las describe el P. Morales:

«Dentro de este recinto [el del templo] estaba preparado lo necesario para el sacrificio. A saber: cuatro o seis mesas y sobre ellas muchas diferencias de comidas, así guisadas como de carne cruda, pescados, fruta y otras cosas de comer. En la testera estaban las tablillas colocadas en sus tabernáculos; y, a los dos lados laterales, pendían de las paredes las imágenes de sus abuelos difuntos pintadas. Entre las diferentes ofertas puestas sobre las mesas había también muchos ramilletes de flores, pebetes y braserillos de olores, encendidos... Había, además, una gran copia de papeles de estraza; el cual [los cuales] quemado [quemados] por los vivos, creen que se convierte en dinero verdadero con que se rescatan las almas de los difuntos y salen del infierno. Finalmente, a un lado del patio había enarbolado un madero alto, de cuya extremidad pendían muchas rajas de leña bien atadas; las cuales estuvieron ardiendo durante el sacrificio, para alumbrar, según dicen, con aquellas llamas las almas de aquellos difuntos.

»Puesto así todo en orden, observé que entre los licenciados que se hallaban presentes a este sacrificio, todos vestían de las insignias peculiares de su clase, de que usan en sus fiestas y actos públicos. Había uno que hacía el oficio de sacerdote, llamado en su lengua *Chu-chi*. Asistíanle dos licenciados a manera de diánoco y subdiácono, a los cuales llaman *Fu-chi;* y otro licenciado que hacía el oficio de *Li-seng*, o sea Maestro de ceremonias. Fuera de éstos, había otros licenciados que hacían el oficio de acólitos y demás ministerios.

»Hase de advertir aquí que, tanto el que hacía oficio de sacerdote, como el maestro de ceremonias, eran cristianos... Eranlo también el acólito principal y otros varios...

»Comenzaron el sacrificio poniéndose el sacerdote y los dos ministros sobre las alfombras en medio del patio. En esta disposición, el maestro de ceremonias decía en alta voz: *Pay*, que quiere decir: «Hagan reverencias profundas, hincándose de rodillas y poniendo las cabezas en tierra». Y luego, todos a una, lo hacían; hasta que diciendo en el mismo tono: *Hing*, que quiere decir: «Levántense todos», lo hacían a una con mucho orden.

»Váyase atendiendo a muchas ceremonias de este sacrificio, y se verá cómo el demonio invidioso de la honra que se da a Dios en su iglesia con reverencias santas, culto y adoración, ha usurpado para sí muchas de ellas, haciéndose adorar con ellas en China. Porque ¿qué otra cosa es lo que este maestro de ceremonias muchas veces repitió en este sacrificio, diciendo: *Pay, Hing*, si no es el *flectamus genua, levate*, que suele cantarse en el sacrificio incruento de la misa? Fueron delante con su sacrificio; y, diciendo el maestro de ceremonias: *Fueng hiang*, lo cual hicieron muchas veces, luego iba el sacerdote y demás ministros muy compuestos y con mucha gravedad, y llegando a las tablillas e imágenes de sus difuntos, lo incensaban todo, a manera que incensa-

mos en la misa a los santos. Hecho, diciendo el maestro de ceremonias: *Hien iang teu,* luego los ministros presentaron en una bandeja dorada una cabeza de cabra, sin degollarla y cruda, adornada con un gran ramillete de flores entre los cuernos. Tomóla el sacerdote, y después de haberla ofrecido, se la entregó a los mismos ministros. Inmediatamente después, a la voz del maestro de ceremonias: *Hien fo chieu,* que quiere decir: «ofrézcasele el vino de las dichas y buena fortuna», entregaron los ministros una taza de este licor al sacerdote; el cual, tomándola en las manos, la elevó hacia arriba, como hacemos nosotros en la misa en la elevación del cáliz; y, bajándola, luego la consumió.

»Después de otras muchas ceremonias, que sería prolijo referir, el sacerdote y los ministros se volvieron de rostro hacia el pueblo, y el que hacía oficio de diácono, como si dijera: *ite, missa est,* en alta voz publicó sus sacrílegas indulgencias en esta forma: «Todos los que habéis asistido a este sacrificio sabed por cierto y tened grandes esperanzas que, por haber honrado con él a vuestros progenitores difuntos, alcanzaréis de ellos haciendas, honra, vida larga, hijos y toda suerte de bienes temporales» [9].

Ya no podía, pues, negar que hacían esos sacrificios gentílicos, pues los dos Padres les habían visto hacerlos desde el principio hasta el fin de las gentílicas ceremonias.

«Hubo después de esto —continúa el P. Morales— por largo espacio de tiempo muchas cuestiones, disputas, alteraciones y dudas que ponían los cristianos, en particular los licenciados; con lo cual me dieron no pocas pesadumbres y aflicciones de espíritu. Porque, como tocaban en los más vivo de la fe, y, en faltando ésta, o padeciendo quiebras, va toda la cristiandad quebrada y sobre falso, no se puede explicar el tormento interior y el poco sabor que tiene el ministro en su ministerio. Tanto es así que, si el Señor, por su divina majestad no lo consolara por otros caminos, y cosa de predestinados que le trae a las manos, sería intolerable el trabajo» [10].

Como quiera que muchos de los misioneros que habían llegado a China antes que los dominicos y franciscanos, con la mejor intención y con el mayor celo por la salvación de las almas, tenían estas y otras muchas ceremonias como meramente civiles y, por lo tanto, lícitas, aunque no estuvieran muy conformes con ellas, las permitían a sus cristianos, para que así no les fuera a los

---

[9] MORALES, *Historia evangélica de China,* cap. V. Otra interesante descripción del sacrificio en el templo de los antepasados de Tingtao, la escribió el P. Antonio de Santa María, O. F. M. Un ejemplar se halla en el Archivo Provincial Dominicano de Manila, t. 74, ff. 89-90. Otras dos descripciones de los mismos Padres Morales y Santa María se hallan en el segundo *Proceso de Tingtao,* y otra del literato y testigo presencial, Francisco Mieu, en el primer *Proceso.* Ejemplares de ambos Procesos se hallan en el citado Archivo, t. 30, ff. 179-209 y 210-234, respectivamente; y copia en el t. 73, ff. 9v-47 y 47-141. Otro ejemplar más en el Archivo Casanatense de Roma, t. 1.073, ff. 16-79 y 80-106, respectivamente.

Refiriéndose a los anteriores sacrificios y ceremonias, escribía el P. Francisco de la Madre de Dios, O. F. M.: «Y lo cierto es que, a mi ver, no sólo es y fue sacrificio, sino que fue un género de misa de demonios, que puede llamarse de pontifical» (*Segundo Proceso citado*).

[10] P. MORALES, *Historia evangélica de China,* cap. V.

gentiles tan difícil su conversión. Pero los franciscanos y dominicos opinaban todo lo contrario; y siendo cuestiones tan trascendentales, decidieron consultar el caso a sus superiores de Manila. Para lo cual hicieron dos Informaciones jurídicas, o Procesos, haciendo concurrir a la primera como testigos a varios cristianos literatos y principales, la cual comenzó el 22 de diciembre de 1635 y terminó el 19 de enero de 1636. La segunda Información fue hecha entre los mismos misioneros, y comenzó el 21 de enero y terminó el 10 de febrero de 1636.

Fueron designados para llevar esas Informaciones a Manila los PP. Santa María y Díez. Llegados a Formosa, decidieron partir para Manila por diferentes vías, porque si acaso se perdían los documentos de uno, se salvaran los del otro.

Partió primero el P. Santa María, pero el barco en que iba cayó en manos del pirata holandés, que le llevó a Batavia, no pudiendo llegar a Manila hasta julio de 1637.

Estudiadas detenidamente las cuestiones en Manila, las llevó el P. Morales a Roma, donde la Sagrada Congregación de Propaganda Fide resolvió la cuestión a favor de la opinión de los franciscanos y dominicos.

Ignorando los misioneros de Formosa las graves peripecias sucedidas al P. Santa María, y creyendo que hubiera llegado a Manila, aconsejaron al Padre Díez volviese a China, en donde tanta necesidad de ministros había. Efectivamente, así se resolvió. Pero no volvió el P. Díez solo a la Misión, sino que llevó consigo a otros cinco misioneros: los PP. Juan García y Pedro Chaves, dominicos, y a los franciscanos PP. Onofre Pellaja, o de Jesús, Francisco de Jesús, o de Escalona, y Domingo Urquijo de Jesús, o Vizcaíno. Partieron los seis esforzados misioneros de Formosa para China el 1.° de septiembre de 1636; y, tras accidentado viaje, llegaron a su destino el día siete.

Queda el P. Díez solo al frente de la Misión

Como al poco de haber llegado a la Misión el P. Díez hubiera salido el P. Morales a predicar a otras provincias del reino, quedó él de Superior y solo para cuidar de todos los cristianos de Fukién, pues los demás misioneros aún no sabían la lengua. No tardó en ir a Moyang, en donde tanto había trabajado durante un año de su noviciado de misionero, sufriendo la más dolorosa sorpresa.

Escribe el P. García: «Cuando llegó [a Moyang] halló que casi todos, o los más, habían retrocedido en la fe, y vuelto las espaldas al Señor. El ver esto el P. Francisco le causó grande dolor y sentimiento, al ver que, lo que le había costado tanto trabajo, el demonio lo hubiese desbaratado. Y con este sentimiento les llamó a todos aquellos apóstatas; y, con muchas lágrimas, sin poderlas contener, les comenzó a predicar tomando por asunto aquellas palabras del Evangelio: *Filioli mei quos iterum parturio*, etc.; sobre las cuales palabras les hizo un sermón con mucho espíritu; y, llorando, les rogaba se volviesen al Señor, a quien habían dejado. Y en sus oraciones con más fervor pedía al

Señor tocase los corazones y redujese a su gracia aquella iglesia de Moyang, pues eran las primicias de sus trabajos en este reino.

»El Señor acudió a sus devotas oraciones. Y, aunque aquellos por quienes rogaba, por sus grandes pecados e impedimentos que ellos ponían a la gracia, el Señor les dejó *in reprobum sensum,* pero movió el Señor el corazón de las mujeres de aquéllos, y a sus hijos y madres y gente de su casa, como esclavos que entran en la iglesia en su lugar; y se bautizaron, y hoy son de los mejores cristianos que tenemos de aquella de Moyang, de algunos cientos y más mujeres a una mano, muy buenas cristianas. Y, entre ellas, hay cinco o seis doncellas dedicadas a guardar castidad, y muchas terceras de nuestra Orden. Y creo que son los efectos de las oraciones del siervo de Dios Fr. Francisco Díez. Porque, aunque el Padre les convidó a ellos primero, y fueron del siervo de Dios los primeros llamados al convite de la gracia; pero, por estar llenos de mundo y enfrascados en deleites carnales, se excusaron. Y así quedaron fuera y entraron en su lugar las mujeres como más desocupadas. Y aquí, en este reino, comúnmente las mujeres viven muy honestamente y libres de ocupaciones del mundo, por el gran recogimiento en que viven según las leyes de este reino. Y así como el Señor quería comunicar sus dones a aquella Iglesia, y ellos estaban impedidos, se comunicó a las almas de ellas, que halló el Señor más desocupadas. Y esto, porque se lograsen las oraciones de su siervo» [11].

En cuerpo y alma estaba dedicado nuestro celoso misionero a la predicación del Evangelio, cuando, a últimos de 1637, sobrevino una terrible persecución, que hizo estremecer hasta los cimientos la nueva y prometedora Misión que se iba fundando.

Fue el caso que, habiendo sido desterrados dos franciscanos de Pekín, al llegar a Fukién, buscándoles los esbirros en la región de Fogán, a donde se habían escapado, el 21 de noviembre apresaron a uno de los desterrados y a otros dos más que allí se hallaban, y los desterraron a Macao. Y como hubiesen descubierto los esbirros que en aquella región había más misioneros, comenzaron como lobos rabiosos su búsqueda. Pero noticiosos aquéllos de ello, huyeron a los montes, teniendo que guarecerse en donde podían, siendo víctimas del hambre, frío, lluvias y de mil peligros y sustos. No creyéndose aún allí seguros, bajaron al pueblo de Lokia, pasando más tarde el P. Díez a Tingtao, y los demás a otros lugares en busca de más seguro refugio.

Fue mucho lo que padeció el P. Díez en su escondite. Pues «le tenían escondido detrás de un pabellón de la cama de dos casados, donde tenía tanto lugar como lo da una estrecha sepultura. Y tan obscura, que para rezar y comer, aún de día, le encendían un pequeño candil» [12]. Por enero de 1638 aún seguían los perseguidos misioneros a sombra de tejados. Pero llegó un momento que creyeron de su deber el salir en público para volver por el honor de la religión difamada.

---

[11] GARCÍA, *Relación de la vida y progresos del devoto Padre Fr. Francisco Díez.*
[12] RICCI, *Hechos,* l. I, cap. XVIII, n. 8.

Fue el caso que por esa fecha apareció un decreto contra la Ley de Dios en la ciudad de Foochow expuesto en las plazas públicas. En él se blasfemaba contra la religión cristiana de una manera diabólica. Y nuestros misioneros creyeron un deber de conciencia el salir en público a defenderla, aunque por ello les costara la vida. Partieron, pues, para Foochow los PP. Morales y Chaves, dominicos, y los PP. Escalona y de la Madre de Dios, franciscanos, decididos a predicar contra los citados decretos, tan calumniosos contra la religión cristiana, en el mismo sitio en que estaban los cartelones difamatorios.

Al llegar a una aldea distante una legua de Foochow, enviaron a un cristiano a ver si aún estaban puestos los cartelones en los lugares más públicos de la ciudad; quien volvió diciendo que sí lo estaban. En vista de lo cual, salieron al día siguiente muy de mañana para Foochow, y predicaron públicamente en las calles y en las plazas contra el contenido de aquellos cartelones con verdadera libertad apostólica. Y, lejos de seguírseles ningún inconveniente, les trataron las autoridades con la mayor amabilidad, y hasta el mismo Gobernador les dio hospitalidad y alimentos en su palacio [13].

Poco más tarde apareció otro decreto en la plaza pública de la villa de Fogán, tan blasfemo o más que el anterior. Creyendo el P. Díez ser de su deber ir allá a defender el honor de la religión, «se embarcó [en Tingtao] para la villa, de noche, y llegó a la casa, donde yo estaba, al amanecer, y comenzó a llamar a la puerta. A los golpes que daba salió un vecino infiel, hermano del que me tenía en su casa; y con gran rabia y enojo, le dijo ¿cómo se atrevía venir a la casa de su hermano? Pues si lo sentía alguno el haber llegado allí, daría noticia al mandarín y perdería a todos los de la casa de su hermano y les vendría mucho daño. Y así, le comenzó a dar empellones y tirar de las barbas. El Padre le rogó que siquiera me llamase a mí para verse conmigo. Ni esto quiso. Antes le engañó y le dijo que ya había ido el día antes a Tingtao. Y así le sacó fuera de las murallas y lo dejó en unas huertas solo.

»Viéndose allí el P. Francisco y que iba amaneciendo, y que en siendo de día la gente que lo viese le había de llevar al Gobernador sin haber hecho nada, se quedó confuso y no sabía qué hacerse.

»Encomendándose muy de veras al Señor y al glorioso San José, salió [de aquel lugar], y llegando a las puertas de la villa preguntó por donde se iba a la plaza de la Audiencia, donde estaba fijado el cartel. Allí se ofreció un bonzo para guiarle, y el Padre iba tras él por las calles predicando en alta voz, con un santo Crucifijo en el cuello, descubierto, y diciendo cómo en aquella villa habían quitado la honra tan debida a aquel Señor.

»Seguíale mucha gente, y así llegó a la plaza junto a las puertas de la Audiencia. Vió el cartel y leyólo, y vió las blasfemias que contenía. Y vuelta la cara al pueblo, puesto en pie junto al cartel, comenzó a predicar contra lo que allí había escrito y volver por la honra del Señor. Tenía delante mucha gente que lo oía, y se iba llegando para ver en qué paraba.

---

[13] RICCI, *Hechos*, nn. 8-9.

»Y ya que le parecía al P. Fr. Francisco que había satisfecho con razones al pueblo, dijo a lo último: «Y así este papel es inicuo y no debe estar aquí». Y haciendo y diciendo, arrebató el cartel y lo hizo pedazos. Allí fue la algazara del pueblo y el alboroto al ver que un extranjero se atrevía a romper un orden del Virrey, y en público. Y así, unos decían: «*Reus est mortis*». Otros: «Razón debe tener». Otros decían: «Este extranjero está loco». Y así, con furia e ímpetu le cogieron y le llevaron ante el juez» [14].

Como no estaba allí el mandarín, le recibió *pro tribunali* el teniente, quien le reprendió por haber roto el edicto. Pero el P. Díez le contestó con energía, diciéndole que era un deber suyo desmentir en público tanta blasfemia y calumnias contra el verdadero Dios y sus ministros, como se había escrito en dicho decreto. Enojado el juez con esta respuesta, ordenó llevaran al valiente confesor a la cárcel, y que le cargaran de cadenas; por lo demás, que ya se determinaría lo que debía hacerse con él.

En el camino a la cárcel, «con la agitación de la gente y el fervor con que iba predicando, sintió un gran ardor en el pecho del calor y grande sed; y, en aquella ocasión, estando en el patio de la Audiencia, vio una balsa de agua y rogó le dejasen beber de aquella agua; y así le llevaron del diestro con la cadena. Y el Padre bebió de bruces en la balsa. Y decía que allí se acordó cómo en su tierra llevaban a beber del cabestro a los borricos; y se holgó mucho de ser tratado como a tal por nuestro Señor Jesucristo» [15].

Vuelto el mandarín en propiedad, le sacó cuatro días más tarde de la cárcel y le remitió al mandarín de Funingfu. Al llegar a su destino, fue puesto en hedionda cárcel por espacio de 20 días, en donde padeció una hambre extrema. El 9 de marzo le cargaron de cadenas y fue así ante la presencia del mandarín. Este le hizo muchas preguntas, a las que satisfizo con espíritu apostólico el esforzado misionero. Pero como fuera molestándole con otras muchas preguntas, cansado el venerable confesor de tanta necedad, sacó del pecho una Cruz, y comenzó a predicar con el mayor celo la religión verdadera a aquel juez pagano y a todos los presentes. No sabiendo el juez qué responder, arrebató con furia la Cruz al Padre, y mandó que se le azotase, hasta hacerle derramar sangre; condenándole, además, a llevar la canga por varios días consecutivos [16].

---

[14] GARCÍA, *Relación de la vida*. Respecto a romper los cartelones denigrantes de nuestra santa fe, el P. Fr. Domingo F. Navarrete, O. P., viendo la diversidad de pareceres —cuando estaba preso con otros misioneros en Cantón—, propuso el caso a la Sagrada Congregación en 1674; y los Consultores, Cardenal Bona y el P. Mirabol, respondieron que los misioneros estaban obligados a quitar los carteles contra la religión que hubieran fijado los mandarines en sus casas e iglesias (y lo mismo podríamos decir en los dos casos de que se habla en el texto), y confirmar la fe por una confesión pública. He aquí la pregunta y la respuesta : «An schedulas et pendentes chartulas, quae in nostrae fidei infamiam jussu Magistratuum Ecclesiis, vel Domibus nostris affiguntur, teneamur auferre, vel fidem publica confessione coram Magistratibus confirmare?» «Ad XXII. Respondetur, quod tenentur auferre, et si, ad Judices delati, super facto interrogentur, tenentur fidem veram profiteri».

[15] GARCÍA, *Relación* citada.

[16] La canga es una especie de cepo aplicado al cuello. «Está formada de dos anchos maderos unidos por bisagras; de manera que, juntos, dan la figura de un tablón cuadri-

Escribe el P. García lo que le aconteció al P. Díez en esta ciudad. «Llegado allí [a Funingfu] le presentaron al Gobernador de la ciudad. El cual, conocida la causa, lo mandó azotar, como se hace en China, con unas pencas de caña, que son de dos varas de largo y de cuatro dedos de ancho y de un dedo de grueso. Diéronle los azotes en las tablas de los muslos y asentaderas, hasta unos 25 ó 30. Los cuales recibió con mucho amor por nuestro Señor Jesucristo y su Evangelio, sin quejarse ni abrir la boca, con admiración de todos los que miraban; porque cuando azotan en China a uno de ellos, dan unas voces que atruena la Audiencia.

»Después de azotado, mandó el juez ponerle un tablón al cuello, que es como cepo, y pesan algunos cien cates [17], que serán cinco arrobas de nuestro peso. Puesto al pescuezo, lo cerró con un candado. Y allí fijado un papel, que decía: «Este hombre es así castigado porque viene a este reino a predicar la secta de la Ley de Dios». Y de esta suerte le ayudaron dos a llevar el tablón, y le pusieron así a la vergüenza en la calle más pública de la ciudad; y a la noche le metían en la Audiencia, y de día le sacaban a la calle.

»Estando con este tablón no puede, el que lo tiene, llegar con las manos a la boca; y así, aquellos días, que serían seis u ocho, le daba de comer la gente, que muchos se compadecían de él, y llegaban la comida a la boca, y le metían las tortillas en las mangas para que otros se las diesen a comer.

»Pero el P. Fr. Francisco, aunque estaba de aquella suerte, bien azotado y cargado de madera, no cerraba por eso la boca en todo el día: que todo era predicar la Ley del Señor a todos los que iban y venían a ver el espectáculo. Y algunos que le oían, le decían: «Tienes, maestro, mucha razón en predicar esa Ley tan buena, pero estos jueces de China son muy mala gente y no quieren que se siga en este reino; y así, vuélvete a tu tierra, que tenemos lástima de verte padecer».

»Acabóse este castigo después de los días dichos, que fue muy grande, porque no se puede dormir ni acostar en todo el tiempo que dura. Y padeció entonces el Padre otro trabajo de frío, que era por el mes de febrero, cuando en China lo hace bueno. Y lo que sintió mucho, según dijo después, fueron unas esposas con que le apretaron las manos; de suerte que se las llagaron, y yo vi las señales después de más de quince días, que aún tenía las llagas en las manos» [18].

Sentenciado el P. Díez a tan crueles castigos, como hemos visto, remitióle el mandarín al Capitán General; quien, en son de burla, dijo al martirizado apóstol: «¿Cómo tu Dios no te ha librado de los castigos que has recibido?» A lo que el esforzado confesor contestó: «Estos tormentos son de mí deseados y pedidos a Dios por su amor, para librarme de los eternos. Si el tirano puede castigar mi cuerpo, mas no a mi alma, que es inmortal». Entonces dijo el

---

longo con agujero circular en medio. Varían mucho en el peso y en su figura, según los delitos y los jueces».

[17] Cate, peso común en Filipinas, que equivale a 632 gramos y 63 centígramos.

[18] GARCÍA, *Relación* citada.

Capitán: «¿A dónde has visto que el alma es inmortal?» Y, sin esperar respuesta, remitió al venerable a la cárcel del Juez. Con el cual, y juntos en consejo, le dieron sentencia de destierro a Macao. Así, cargado de cadenas, con esposas en las manos, a pie y descalzo, fue remitido a Foochow; teniendo el medio desfallecido misionero que andar cuatro o cinco días de camino asperísimo hasta aquella ciudad.

El Virrey confirmó la sentencia del destierro y remitió al paciente ajusticiado otra vez a Funingfu. Pero como el santo confesor tenía los pies hinchados y llenos de heridas, no podía andar un paso. Entonces sus guardianes dieron a unos silleteros una prenda de su vestido, y así prosiguió su viaje en un palanquín. Al llegar a Funingfu, le encerraron en la cárcel, en donde estuvo siete días, al fin de los cuales partió para la villa de Fogán, en donde pasó otros 15 días en hediondo calabozo.

Partió, por último, para el destierro. Pero era tal su desfallecimiento que, durante el camino hasta la villa de Ningteh, fue cayendo y levantándose infinitas veces, pues estaba exangüe de fuerzas; hasta tal punto que, al llegar a esa villa, cayó al suelo completamente desfallecido. Los guardianes avisaron al mandarín del hecho; y éste, muy lejos de compadecerse de él, «mandó que entre dos hombres tomasen una buena y gruesa caña, y que en medio de ella ataran un basurero, o esportillón, de recoger basura, e hicieron estar en ella al santo varón. Y llevándole de esta suerte cargado, iba arrastrando los pies por el suelo y dando vueltas alrededor: ahora volviendo el rostro a una parte, ahora a otra. Porque como la esportilla estaba colgada con una sola cuerda, era necesario que con el movimiento de los cargadores fuera haciendo círculos y vueltas, cosa que causaba a todos grandísima risa, mofándole y burlando de él, como si fuera un loco. Bien podía decir entonces el santo confesor: *Nos stulti propter Christum*» [19].

Al salir por las puertas de la muralla el santo confesor representando tan ridícula comedia, se encontró con unos literatos de Fogán, quienes, con valentía, afearon a aquella plebe abyecta tanta bellaquería; y, deteniendo a los cargadores, les dijeron: «¿Pues cómo a un hombre tan santo le tratáis tan vilmente? ¿Qué culpa ha cometido para merecer tan insólita afrenta? Dejadle descansar, ya le daremos nosotros silla conveniente para su persona». Así lo hicieron y desde entonces se disminuyeron los padecimientos del venerable prisionero.

Sintiendo mucho el P. Morales perder para la Misión tan celoso apóstol, «pues valía por muchos en la lengua, en la santidad, en el celo y fervor de Dios, en que era señaladísimo» [20], consultó con un buen cristiano, llamado Juan Siu, el modo de librar del destierro al P. Díez, y Siu se ofreció a ir él mismo en persona a ver si podía librarle. Con diez pesos y la bendición que le dio el P. Morales, salió Siu en persecución del desterrado misionero, dándole alcance

---

[19] Ricci, *Hechos*, l. I, cap. XXI, n. 1.
[20] Ricci, *Hechos*, n. 2.

en la villa de Fu-chiang, unas 10 leguas al Sur de Foochow. Entabló trato con los ministros de justicia que custodiaban al P. Díez y, a fuerza de dinero, convino con ellos en dar libertad al prisionero. Pero se ofreció una dificultad de difícil solución; y era que el desterrado tenía que ser presentado en todas las Audiencias que en el camino hubiese hasta Macao, y por todos los mandarines debía ser remitido testimonio del paso por su respectiva jurisdicción. De modo que si se le daba libertad allí, pronto había de ser descubierta la trama, de lo que se les seguiría riguroso castigo a los custodios del prisionero.

«Esa dificultad —respondió el cristiano— es muy fácil de resolver. Yo iré en lugar del Padre y me llevarán preso hasta Macao, de donde podré con facilidad volverme a mi patria». Parecióles a aquéllos bien la solución y, recibiendo el dinero estipulado, dejaron al prisionero en libertad.

Juan quiso después fugarse, pero fue apresado y presentado al mandarín de Fuchiang. Sorprendido éste de que el preso no fuese extranjero, como rezaban los documentos de los jueces que le desterraban, y su fisonomía era china, no menos que sus modales, preguntó muy intrigado a Siu si era extranjero. Siu respondió imperturbable que sí. Mandóle entonces el mandarín que hablase en su lengua europa. Y Siu, sin titubear, pronunció con presteza algunas palabras latinas de la Misa, y algunas otras españolas que había oído a los misioneros; y, con desembarazo, comenzó a decir: «Kyrie eleison, amen, per omnia saecula saeculorum, comer, beber, dormir, bueno, malo, señor mandarín», etc. Y desempeñó con tal arte la comedia, que el mandarín quedó convencido de que Siu era un auténtico europeo. Y así prosiguió el camino en lugar del P. Díez, sin más dificultad. Pero el avispado cristiano, por medio de otro ingenioso ardiz, ganó la libertad en Hinghoa, su ciudad natal, volviéndose muy contento y triunfante a Fogán.

Celo apostólico y terribles martirios

Lejos de acorbardarse nuestro heroico apóstol por los grandes padecimientos pasados, le servían éstos de acicate para proseguir su obra evangélica con más fervor aún que antes.

En efecto, no pudiendo sufrir el forzoso encerramiento a que se veía obligado por la persecución, dando rienda suelta a su fervor apostólico, rogó al P. Morales le acompañase a través del imperio a otros lugares en donde no hubiese persecución, para predicar el Evangelio públicamente; y encomendando los dos grandes misioneros al Señor el asunto, partieron para la provincia de Chekiang por mayo de 1638. Habiendo predicado en Hangchow, salieron con el mismo objeto para Soochowfu, en Kiangsu. Aquí se desprendieron del dinero que llevaban, para parecerse más a Jesús y a sus apóstoles. Siguieron su camino hasta Changxo (¿Changshu?), en donde se quitaron los bonetos de licenciados que llevaban, comenzando su predicación con el Crucifijo en las manos. Una hora entera estuvieron anunciando la divina palabra. Después, bien contra su voluntad, se vieron obligados a ir a la iglesia de los jesuitas, por condescender

a las grandes instancias que para ello les hicieron los cristianos. Llenóse de gente la iglesia, ocasión que aprovecharon los dos misioneros para exponer la doctrina cristiana a la multitud, sorprendiéndoles en tan santa tarea la noche.

Aquellos cristianos les rogaron que se quedaran allí de fijo con ellos, pues su misionero sólo venía a administrarlos de cuatro en cuatro años y estaba a más de 100 millas de aquel lugar. Los dos religiosos les dijeron que sólo se quedarían con la condición de que obtuvieran para ello permiso del misionero encargado del distrito. Así se lo prometieron los cristianos y se fueron a solicitar el permiso.

En tanto volvía la respuesta, los dos celosos apóstoles salieron a predicar por los pueblos de los alrededores, administrando los Sacramentos y corrigiendo las costumbres de los cristianos, paganas en muchos sentidos: como hacer sacrificios a los difuntos, adorar las tablillas, etc., obedeciendo aquellos fieles de buen grado, poniéndose así en el camino seguro de salvación.

Estando los dos misioneros en estas santas tareas, llegó la respuesta del P. Francisco Sambiazo negándoles el permiso que se pedía; y, ellos, sin responder palabra, se trasladaron a la provincia de Chekiang, deteniéndose en Wengchow en casa de unos buenos cristianos. Pero sabido por el Gobernador su llegada, los desterró a la provincia de Fukién.

Puestos en libertad en los límites de esta provincia, determinaron volverse a Fogán. El día de la vigilia de San Lorenzo ayunaron rigurosamente; tanto, que sólo comieron por la noche «una hogacilla de pan, que pesaría onza y media. Agua no les faltó, pues fue tanta la que llovió del cielo, que les traspasó los pobres vestidos hasta las carnes, sin tener ropa con qué mudarse ni lugar donde poderse abrigar» [21].

Caminaron toda aquella noche, pero no pudieron llegar a la villa de Fogán al tiempo de abrirse las puertas de la muralla, y tuvieron que ocultarse entre unos ataúdes. Pero no sintiéndose allí seguros, se fueron a esconder entre unos matorrales. Y fue tan intenso el calor que allí padecieron, que al P. Díez se le hinchó terriblemente el rostro; llegando a tener tan insufrible sed, que creyeron habían de morir. Tan grande era su tormento.

A las tres de la tarde, el P. Díez, no pudiendo sufrir más, dijo al P. Morales: «Padre, no nos obliga Dios a más. Abrasándome estoy, bien quisiera yo sacrificar esta extrema necesidad al Señor, pero ya me siento desfallecer. Salgamos de este carrizal, que allá en el camino hay una viva fuente de agua, y demos refrigerio a estos adustos y cansados huesos» [22]. Hiciéronlo así, y apagaron la rabiosa sed que les devoraba. Esto les sirvió de sustento aquel día.

Para colmo de sufrimientos, aquella tarde se desencadenó una tormenta de truenos, agua y fuertes vientos capaces de intimidar al corazón más esforzado. Los dos religiosos se cobijaron en el hueco de un árbol para librarse de algún

---

[21] Ricci, *Hechos*, I. I, cap. XXII, n. 1.
[22] Ricci, *Hechos*, cap. XXIII, n. 1.

modo del furor de la tormenta. Al anochecer, con mucha cautela, salieron para la villa de Fogán a favor de la oscuridad.

Presintiendo un negro suceso, se acordaron de aquellas palabras de San Francisco a sus hijos: «Si supiéreis —decía el gran santo de Asís— lenguas de ángeles, si tuviéreis espíritu de profecía, si hiciéreis milagros, si tuviéreis don de predicar, y aún todas las gracias naturales: *scribe quia haec non est vera letitia.* Pero si un religioso viniera de un camino muy largo, despeado, cansado, hambriento, mojado y lleno de lodo y, llamando a la portería, saliese el portero y con mala gracia le respondiese, y llamándole de ribaldo, cogiese un palo ñudoso y le sacudiese y pisase en aquel lodo, arrastrase por aquel suelo, le cerrase la puerta, dejándole allí fuera; y el tal religioso lo llevase todo con paciencia, sin quejarse ni ofenderse, entonces *scribe quia haec est vera letitia:* esta sí que es verdadera alegría.»

«Si ahora, pues, decían los dos religiosos, después de un camino tan largo, después de no haber comido en dos días, después de mojados, enlodados, sedientos, afligidos, acongojados, nos saliesen a las puertas de la villa nuestros enemigos y nos apaleasen, prendiesen, maltratasen, y nosotros lo lleváramos con paciencia por amor del Señor que predicamos, claro está que en nuestras almas infundiera Dios muy verdadera alegría y gusto singular y grande» [23].

Llegaban los dos venerables apóstoles, muy abstraídos con estas consideraciones piadosas, ya cerca de las murallas de la villa, cuando de repente se vieron asaltados de trece esbirros provistos de bastones y linternas, quienes con salvaje algazara se echaron sobre ellos, dando voces de energúmenos: «Ya los hemos cogido.» Pero los dos santos misioneros, lejos de amedrentarse, entonando el *Te Deum,* le continuaron cantando hasta terminarle.

Con este extraño concierto: por una parte, los esbirros dando salvajes gritos de feroz alegría; y, por otra, los venerables misioneros cantando alabanzas al Señor, entró tan expectacular cortejo por la puerta oriental de las murallas, en donde se unió una grande y envilecida turba con gritos de selva, insultando de mil maneras a los venerables presos, quienes fueron presentados al mandarín, enemigo acérrimo del nombre cristiano. Esta autoridad vomitó por su boca maldiciones, blasfemias y palabras las más afrentosas contra los dos confesores. Al día siguiente los remitió al mandarín superior de Funingfu.

En día tan señalado, pues era la Asunción de la Virgen, en que debían presentarse ante el tribunal, ofrecieron todos los sufrimientos que iban a padecer a la bendita Madre de Dios. Y puestos en oración oraron de la siguiente manera: «Soberana y poderosa Virgen Madre de Dios, bien sabéis que venimos aquí presos y afrentados por la causa del Señor; cuya doctrina, como nos mandó, predicamos y enseñamos. Si es para honra y gloria de vuestro Hijo, piísimo y Redentor nuestro, padezcamos por su nombre por vuestro dichosísimo día, en que se celebra vuestra gloriosa Asunción a los cielos; y alcanzadnos fortaleza en los tormentos, alegría en los trabajos, y palabras convenientes para persuadir la fe y responder a los tiranos.»

---

[23] RICCI, *Hechos,* l. I, cap. XXIII, n. 2.

Llevados ante la presencia del juez, éste les preguntó: «¿Qué era lo que predicaban?— Respondió el P. Morales exponiéndoles los principios de la religión cristiana, terminando con aquellas palabras de Jesucristo: «*Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit. Qui vero non crediderit, condemnabitur.*» Enfurecióse grandemente el juez al oir estas palabras, y con ira de basilisco, mandó azotar cruelmente a los dos venerables misioneros.

«Sobre la mesa del mandarín había un cañuto, y en él unas cañuelas partidas, de largor de un palmo; y según han de ser los azotes en número, arroja las dos cañuelas, que cada una de ellas significa cinco azotes; y cada verdugo recoge una, porque no da más de cinco uno de ellos para que sean con más rigor y crueldad.

«Arrojó, pues, el mandarín seis cañuelas, y al instante echaron mano de ellas los sayones. Y, en medio del patio, algo desviado del juez, los tendieron en el suelo boca abajo, arrollándoles los calzones a los pies y los vestidos a las espaldas; y, descubiertas las carnes, descargaron los verdugos sobre ellos a dos manos y con toda la fuerza, los treinta cruelísimos azotes de la sentencia; contándolos en alta voz y despacio, uno de los que asistían al lado del mandarín, al mismo compás dándoles los sayones con una media caña gruesa, como las hay acá, ancha más que la palma de la mano, y más de vara y media de larga. Con lo cual quedaron abiertos los muslos, manando muchísima sangre. De suerte que, en muchos días después, habiéndoseles podrido la carne, no pudieron sanar» [24].

A pesar de tan terrible carnicería, ni un suspiro de dolor dieron los confesores de Cristo, dejando admirados a todos los presentes. Pero no por eso se ablandaron aquellos corazones de tigre. Tan maltrechos como habían quedado, lejos de compadecerse de ellos, los arrojaron los impíos jueces a un inmundo calabozo, en donde «tenían el húmedo suelo por cama; por consuelo, los dolores de las llagas; y por comida, un poco de arroz cocido con agua. Pero como todo iba saboreado con el amor de Dios, servíales aquella cárcel de paraíso; y los trabajos, de increíble consuelo y alegría» [25].

Después fueron remitidos al mandarín superior, trajeados de vestidos cortos y viles; y, cargados de gruesas cadenas, les hicieron recorrer las calles para que fueran objeto de la irrisión y escarnio del público .

Apenas el mandarín les tuvo en su presencia, les mandó arrodillar, y les preguntó cuál de los dos se apellidaba Ly (el apellido del P. Morales), y cuál Su (el del P. Díez). Entonces se encara con éste y le pregunta: «¿Pues no eres tú el mismo que desterramos del reino a la ciudad de Macao? ¿Cómo no has cumplido el destierro?» A lo que respondió el interpelado: «Por dos razones. La una, porque Macao está muy lejos y no tenía yo para el gasto de tan largo camino. La otra, porque Dios me manda que predique en China; y así he de obedecer a Dios antes que a los hombres.» «Y tú, preguntó al P. Mo-

---

[24] *Ibid.*, cap. XXIII, n. 7.
[25] *Ibid.*, n. 8.

rales, ¿qué haces en este reino?» «Estoy predicando, contestó, la Ley de Dios.» Acto seguido, mandó el mandarín los azotasen, y fue con mayor crueldad todavía que la vez anterior en el otro tribunal. Porque al paso que es mayor, son más gruesas y pesadas las cañas con que azotan, y son más en número regularmente los golpes. 20 crueles azotes recibieron cada uno de los venerables confesores. Con que se renovaron las llagas anteriores, derramando mucha sangre y padeciendo terrible martirio. Tan grande, que los dos confesores creyeron terminar allí sus vidas.

Pero ni aun con tal terrible carnicería se contentó el cruel juez, sino que mandó les pusieran la canga al cuello, que es uno de los suplicios más atroces de entre los muchos que se usaban en China. Tan pesada era la canga, que necesitaba el reo ser ayudado de dos personas para que pudiera andar. En la canga iba escrita esta sentencia: «Por predicadores de la falsa secta de Dios, están condenados a esta pena por un mes.»

Con su canga al cuello y medio desfallecidos, salieron los dos martirizados confesores del tribunal; y, como fueran a bajar por unas escaleras de piedra, el P. Díez, muy falto de fuerzas, y con el gran peso de la canga, cayó rodando por las escaleras abajo; y con tanto ímpetu,que creyeron los circunstantes que se había matado. Y así, tan maltrechos, entraron en la hedionda cárcel.

«Lo que en este martirio padecieron los valerosos soldados de Cristo, no es fácil explicarlo. Descansar o dormir, no era posible; porque dejarse algo rendir del sueño, quedaban como colgados de los tablones que les ahogaban. Los mosquitos, por ser verano, hacían en sus venerables rostros las suertes que querían, porque no podían las manos aventarlos. Los soldados, conforme en aquel puesto mudaban cuartos, mudaban las pláticas con los santos varones. Y todas ellas eran o penosas, o onerosas como las del santo Job. Comer no era posible si la piedad de mano ajena no suplía esta falta; pues las de los siervos de Dios no podían llegar a la boca. Y así, algunos infieles compadecidos de ellos, les daban con las suyas algunas cosas con que viviesen. Los muchachos, para hacer burla de ellos, solían llevarles a la boca pan o fruta; y, mordiéndolas, retiraban las manos con gran risa y baldón. Pero el mayor tormento de todos era el haberse de desnudar en público todos los días para curarse las podridas llagas de los azotes; que, como era en parte púdica, les causaba doble vergüenza y confusión» [26].

Aunque el cruel juez odiaba de corazón a los santos misioneros, pero temiendo murieran en la cárcel —¡y qué tal estarían cuando llegó hasta este extremo el cruel juez!— los llamó a la Audiendia y les dispensó de la canga después de haberla llevado cinco días; si bien no les dispensó de la cárcel, en donde estuvieron otros 15 días más; al fin de los cuales, y cargados de pesadas cadenas, fueron devueltos a Fogán, para pasar allí otros cuatro días de calabozo; de donde fueron remitidos al Virrey de Foochow custodiados por cuatro satélites. Era el 12 de septiembre de 1638 cuando salieron de la villa de Fogán. Ya en Foochow, el Virrey los desterró a Macao.

---

[26] Ricci, *Hechos*, l. I, cap. XXIII, n. 11.

Partieron, pues, los dos confesores de Cristo para el destierro, pero aún les quedaba otro doloroso calvario que padecer hasta su llegada a Macao. Tuvieron que ir pasando hasta por 20 tribunales. En algunos de ellos fueron bien tratados. Oíanlos con agrado cuando les hablaban de religión, se compadecían de sus trabajos y hasta les daban dinero para gastos de viaje. Por el contrario, en otros les oían con indiferencia; o, lo que es peor, les azotaron, como les sucedió en Hoey-yang (¿la actual Hweian?); en donde preguntándoles los mandarines ¿qué era lo que hacían en aquel reino?, y respondiéndoles el P. Morales que predicar la Ley de Dios, explicando las doctrinas del Evangelio, como le había pedido el mandarín; se enfureció éste y mandó callar al misionero; porque, decía, hablaba disparates. Y en seguida dio orden a los verdugos que azotasen a los dos confesores; y así lo hicieron por largo tiempo, hasta correr profusa la sangre por los ya tan martirizados cuerpos de los misioneros.

Así, tan maltrechos, los esforzados apóstoles fueron arrojados fuera de la Audiencia. Después se llegaron a ellos los desvergonzados verdugos pidiéndoles la paga por el trabajo de haberles dado los crueles azotes.

Y no paran aquí todavía los martirios de los dos dignos hijos de Santo Domingo. Al pasar por la ciudad de Changchow, un vil soldado, sin que se supiera por qué, como si estuviera poseído por las furias infernales, siguió a los Padres hasta el mesón; les quitó bruscamente los bonetes; y, cogiendo por las barbas al P. Morales se las fue arrancando a tirones. Después les dio a los dos de coces y bofetadas tan terribles, que hizo echar al P. Díez abundante sangre por narices y boca. Duró este martirio desde las 10 de la mañana hasta las cinco de la tarde. Y todavía hubiera seguido aquel aborto del infierno martirizando a los dos siervos de Dios, si la presencia de un mandarín no le hubiera intimidado. Y aún al marcharse dijo a los martirizados Padres: «Habéis tenido gran dicha y ventura en llegar este mandarin, y no haberos muerto hoy» [27].

Llegados los dos confesores de Cristo a Hiang-xan, les detuvo allí el mandarín por bastante tiempo, esperando sacarles dinero antes de darles licencia para pasar a Macao. Cansados los dos de tanto esperar, convinieron con un alguacil en escaparse; y, preparándoles éste ligeros caballos, huyeron a Macao, en donde fueron tratados con la mayor caridad por sus hermanos portugueses del Convento de Nuestra Señora del Rosario; quienes pagaron, además, al alguacil todos los gastos, más el premio que le habían prometido los dos venerables desterrados. En total: 10 pesos [28].

---

[27] GARCÍA, *Relación* citada. El P. García atribuye los martirios en el texto descritos al P. Díez solamente, y no dice nada de los sufridos por el P. Morales, porque éste, por humildad, se lo prohibió. En cambio, el P. Ricci, en la obra citada, describe los padecidos por el P. Morales, que fueron tan crueles como los padecidos por el P. Díez.

[28] El P. Morales describe brevemente y añade algunos datos más a los ya descritos en el texto.

«... y después —escribe— de haber pasado muy grandes trabajos, llegamos a la villa [de Fogán]. Y por más que quisimos entrar encubiertos, y de noche, fuimos presos y

Desde que fueron presos los dos grandes misioneros hasta llegar a Macao, como acaba de ver el lector, fue una cadena de continuados martirios los que sufrieron nuestros dos héroes sin síntoma alguno de abatimiento moral. Esta sin igual gesta apostólica nos muestra con claro relieve el temple de alma y alto grado de caridad de los dos grandes apóstoles dominicos. Bien puede afirmarse que durante este duro lapso de tiempo fue un continuo milagro obrado por Dios con sus dos hijos dilectos. Pues que, humanamente hablando, no pueden explicarse algunos hechos: como el que el espíritu y cuerpo de los dos misioneros no se hubieran rendido ante los sufrimientos tan grandes, tan continuos y tan extremados.

No es extraño que después de tan crueles martirios llegaran los dos venerables religiosos gravemente enfermos a Macao. Milagro fue que hubieran llegado con vida a esa colonia portuguesa.

Uno de los testigos de los Autos hechos sobre cuestiones doctrinales chinas, en Manila [29], nos describe el miserable estado físico en que llegaron a Macao,

---

presentados al mandarín; el cual nos remitió al Corrigidor de la ciudad, a quien aquella villa está sujeta. Vísperas de la Asunción de Ntra. Señora cuando nos presentaron en la Audiencia del Corrigidor. Y Ella, como Madre tan amorosa y que tanto nos quiere, nos hizo una gran merced, habiéndosela pedido no muchas horas antes. Y fue que el Corrigidor nos mandó azotar cruelmente con azotes de cañas. Metiónos en la cárcel. Estuvimos tres días. Al cabo de ellos nos remitió al Capitán General; el cual nos volvió mandar azotar más cruelmente. De modo que los muslos, a do nos azotaron, se nos pudrieron. Y nos echó a cada uno un tablón al cuello de peso de más de cien quilates, o libras. Con el cual ni dormir, ni comer, ni hacer las demás necesidades corporales podíamos, sino con gran trabajo. Y como estaban podridos los muslos, para haberlos de curar y lavar, era fuerza que en medio de la calle y audiencia a do estábamos, de día o de noche, nos echasen las carnes de afuera. Pasamos de este modo con estos tablones cinco días y cuatro noches; que, si se cumpliera la sentencia, que era de un mes, primero cumpliéramos, a mi ver, con los días de la vida. Estuvimos a la vergüenza, y, en particular, por un rótulo que en el mismo tablón nos pusieron, que decía: «Porque estos extranjeros predican la falsa secta de Dios».

»Predicamos estos días defendiendo ser verdadera la Ley del Señor. Hasta que un capitán de soldados, movido a compasión de ver como estábamos, de su motivo fue a pedirle al tirano nos soltase de aquel martirio, mandándonos llevar una mañana ante sí a pública audiencia.

»Y mandó nos llevasen a la cárcel, a do estuvimos doce o catorce días con los condenados a muerte, hasta que nos remitió al Virrey. Y de allí vinimos de tribunal en tribunal, veinte y más tribunales, presentándonos de rodillas ante los jueces, y trayéndonos presos por los caminos con alguaciles, hasta llegar a la ciudad de Macao, a do llegamos destrozados y molidos. Y dentro de poco, adolecimos».

(MORALES, *Motivos justos que tuvo el P. Fr. Juan Bautista de Morales para pedir la certificación citada...* «fecha en este convento de Ntra. Señora del Rosario de la ciudad [de Macao, sin duda], a 15 de febrero de 1639». Ms. que se guarda en el Archivo Provincial Dominicano de Manila, t. 75, ff. 65-77). Otro ejemplar en el t. 70, ff. 490v-506. El P. Benno Biermann, O. P., en su *Historia de la cristiandad de Fukien*, habla de un Memorial a la Sagrada Congregación escrito por el P. Morales que lleva la misma fecha del que aquí hablamos. Habla también de este documento del P. Morales el Sr. D. Fray Domingo F. Navarrete, en *Tratados históricos, políticos, éthicos y religiosos de la Monarchia china*, 310-313.

[29] *Autos hechos en razón de los artículos y declaraciones de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide...* año de 1646, Manila. Un ejemplar en el Archivo Dominicano de Manila, t. 74, ff. 325-374.

y su cura, con los siguientes términos: «Dice más este declarante. Cómo vio otros dos religiosos dominicos, el uno llamado Fr. Juan Bautista de Morales, Vicario Provincial de sus religiosos en China, y al P. Fr. Francisco Díez, su compañero, difunto que es ya, venir así mesmo desterrados y con buena guardia, *cum armis et fustibus;* a los cuales ministros y satélites el P. Fr. P. o de S. Ju., Vicario que era del Convento de Santo Domingo de Macao y Gobernador del Obispado de China, dio diez taes de plata que pidieron por la entrega que hicieron de dichos religiosos en él.

»Dice más este declarante. Cómo dichos religiosos llegaron muy enfermos de una lepra que les cubría todo el cuerpo, *a planta pedis usque ad verticem capitis*. La cual lepra le dijeron dichos Padres a este declarante había procedido de los muchos trabajos y persecuciones; en particular, lo que habían padecido en muchas cárceles, así por el mal tratamiento de sus ministros, como por la falta de sustento. Y aún de que, el poco que tenían, era tal, que bastaba para corromperles los humores. Allegándose a lo dicho el haber sido azotados en diversos tribunales con azotes tan crueles que, lo ordinario, la sentencia de catorce o quince azotes, es sentencia de muerte; porque de ordinario mueren de ellos. Siendo así que dichos religiosos dijeron a este declarante el haber llevado, el uno, cuarenta y cinco azotes, y el otro, cincuenta y cinco en varios tribunales. Lo cual fue necesario que dichos religiosos dijesen a este declarante, por ser médico, para que supiera la causa de esta enfermedad, y así los curar mejor, como de hecho los curó mucho tiempo.

»Y dice y declara que siempre que curaba a estos religiosos y veía las llagas tan grandes, ocasionadas de sólo predicar la Ley santa de nuestro Señor, pura y limpia de toda mala doctrina, se le representaban los mártires de la primitiva Iglesia y sus persecuciones y trabajos; y por tales les respetaba y veneraba.»

Restablecida ya la salud, por su carácter activo y celo de la salvación de las almas, se les hacía insoportable aquella inactividad a que se veían obligados en Macao. Como no podían por entonces volver a China, pidieron licencia para ir a misionar a la isla de Hainan, mas, habiéndoseles denegado, se dedicaron a la dirección de las almas de aquella ciudad portuguesa, sobre todo, de las de las franciscanas de un Convento que allí había. Estas religiosas se ofrecieron a pagarles los gastos que hicieran si iban a evangelizar al reino de Chiampa. Pero, por tenerlos Dios destinados para realizar cosas mayores, no pasaron a ese reino. Pudiendo, en cambio, pasar a Manila, en donde fueron recibidos como gloriosos confesores de Cristo, con gran honra para el hábito dominicano.

El P. Díez se retiró a la provincia de Batáan, cerca de Manila; y allí, con ayuda de un literato chino, escribió una Gramática hispano-china y un Diccionario chino-español, «la obra más grandiosa que hasta la fecha se había escrito sobre esta materia», como más adelante veremos [30].

---

[30] GARCÍA, *Relación* citada.

Vuelve el P. Díez al campo de su apostolado

Cualquiera diría que, después de tantos tormentos como torturaron su cuerpo y alma, se arredraría su ánimo para volver a China, lugar de sus prolongados martirios. Lejos de esto, fue precisamente ahora cuando más se destacó su figura de gigante misionero. Siga el lector leyendo y verá el celo y trabajos de un San Pablo redivivo.

Habiendo quedado solo el P. García en la Misión, ordenó el P. Provincial al P. Díez fuera a hacerle compañía y compartir con él la pesada carga de su ministerio. Nada podía mandársele de más gusto al heroico misionero que volver al campo de sus triunfos y de sus padecimientos a propagar el santo Evangelio. Y más, yendo con el compañero que le señalaron, el angelical P. Francisco F. de Capillas, el futuro protomártir de China e íntimo amigo suyo desde la juventud.

Partieron los dos religiosos para Formosa muy gozosos, llegando a aquella isla el día 22 de julio de 1641. Por falta de barco no pudieron llegar a China hasta marzo de 1642.

Sigamos los pasos del apostolado del P. Díez, que unas veces sorprenden y encantan por su profunda fe y amor abrasado de Dios y de la salvación de las almas; y por un celo tan ardiente, que le movía a hacer intrépidas y peligrosas correrías en busca de almas que convertir; y otras veces dejan el ánimo dolorido, pero lleno de admiración, al contemplar sus terribles martirios, sufridos con un valor imperturbable, que le daban nuevos bríos y sobrenaturales alientos para continuar la obra de salvar almas para Jesucristo.

He aquí el modo que usaba en su predicación. Si estaba en la iglesia y predicaba a los infieles, corría la cortina que guardaba el santo Cristo y comenzaba a decir: «Este Señor es el que creó el cielo y la tierra, premiador de buenos, con la gloria, y castigador de malos, con el infierno. Se hizo hombre y puso en este palo por nuestro amor.»

Si en donde predicaba era en la calle, tomaba el Crucifijo en las manos y comenzaba su sermón por el misterio de la Cruz, y seguía recorriendo la doctrina del Evangelio. No acertaba a predicar, como él mismo afirmó, si no era por Cristo crucificado; porque en este misterio está condensada, decía, toda la doctrina del Señor; porque debíamos conocer a Dios por Cristo: *in quo sunt omnes tesauri et sapientiae et scientiae Dei.*

Antes de salir por los pueblos a sus predicaciones, iba a la iglesia y pedía al Señor luces para proponer a los infieles del más fructífero modo las verdades del Evangelio. Y poniéndose al cuello un Crucifijo, le decía con mucha devoción: «*Domine, in nomine tuo laxabo retem.*»

Poco más tarde de haber vuelto a la Misión, se personó en la villa de Fogán, en donde había sido varias veces preso, azotado y vilipendiado. Y predicó públicamente en las calles, tanto dentro como fuera de la población murada. Lo hacía, sobre todo, por la noche —por tener a esta hora más oyentes— a la luz de la luna y ante grandes muchedumbres. Le gustaba anunciar el Evan-

gelio delante de la Audiencia, y aprovechándose de la paz que reinaba, decía al numeroso público: «Yo fui el que rompí el papel infame, lleno de blasfemias y mentiras contra la Ley de Cristo; y fui preso y azotado y desterrado por defender la fe que predico. Vuelvo a predicaros ahora la única fe verdadera, fuera de la cual no hay salvación. Y, aunque me mataran, no dejaría de hacerlo. Lo cual es argumento de que es verdadera.»

De la villa de Fogán pasó a Moyang acompañado del P. Capillas. Este pueblo, que había recibido las primicias de su predicación fervorosa, duro e inconstante, volvió una y otra vez al paganismo. En esta ocasión sólo permanecían fieles dos hombres y dos mujeres. Pero sus fervorosas exhortaciones trajeron no pocos de nuevo al buen camino durante algunos meses que allí permaneció.

Por este tiempo sólo había tres misioneros en toda la Misión de Fukién: los PP. Juan García, Francisco F. de Capillas y el P. Díez. La labor evangélica de estos tres misioneros y la paz —aunque siempre relativa— que reinó por estos años en esta Misión, que permitió la libertad de acción de estos tres apóstoles, constituye una de las más brillantes páginas de la historia misional china. Los cristianos habían conseguido un edicto a favor de la Ley de Dios, pudiendo así ésta ser predicada y seguida libremente por cualquier chino, después de cuatro años de persecución.

Cuatro iglesias levantaron estos misioneros en corto espacio de tiempo; y tan grandes y fructíferos fueron su celo y trabajos, que lograron restaurar la Misión, medio deshecha por la prolongada persecución. «Con lo cual fue tal la reforma de aquella cristiandad, que era el dechado único y ejemplar total para todas las demás cristiandades de este imperio. De este ejemplo se siguió la conversión de un número grandísimo de infieles, que, atraídos de tanto bueno como veían en los cristianos, se redujeron a nuestra santa fe» [31].

En 1644 reuniéronse los tres grandes misioneros en junta para tratar del mejor modo de propagar el Evangelio. Y decidieron, de común acuerdo, predicar públicamente, ya que la paz —aunque siempre relativa— se lo permitía. Echaron suertes por medio de cedulillas la porción de la Misión que a cada uno le podía tocar. Al P. Díez le tocó la región de Funing; al P. García, la de Ningteh, y al P. Capillas, la de Xeuning. Los tres grandes apóstoles obraron maravillas; protegiéndoles el Señor de manera especial, y librándoles muchas veces de prisiones, y aun de la muerte.

Sus heroicas acciones constituyen una verdadera epopeya. En medio de mil peligros y sufrimientos; corriendo de acá para allá por montes, veredas y llanos; ya huyendo de perseguidores, ya corriendo deshalados para salvar un alma; hambrientos, sedientos, cercados de enfermedades; no pocas veces apaleados, escarnecidos y vilipendiados, iban animosos difundiendo la luz del Evangelio por toda la región montañosa de la extensa Misión. Y con todo esto, aún decían los esforzados misioneros que existía relativa paz, comparándolo con las fieras persecuciones anteriores.

---

[31] RICCI, *Hechos*, l. I, cap. XXVIII, n. 3.

El P. Díez se dirigió a la región que por suerte le había tocado. Era por junio de 1644. Al pasar por el pueblo de Hiapoey (Apuy) se encontró con una familia cristiana compuesta de seis miembros, de los cuales cinco estaban enfermos de peste. Administróles los Sacramentos y dióles medicinas, hacíales la comida y se la daba por sí mismo; iba por agua a medio del pueblo, barría la casa y hacía los oficios más humildes como el más humilde de los criados; ya levantándoles para satisfacer sus necesidades naturales, ya cambiándoles de posición, ya mudándoles la ropa, etc., pasando así las noches al cuidado solítito de los enfermos. Así pasaron 15 días hasta la desaparición de la peste. Estos actos de caridad, desconocidos en tierra del paganismo, fueron de gran ejemplo y edificación para todos; sobre todo, para los gentiles, que huyen de los apestados, aunque sean sus parientes.

Prosiguiendo después su viaje, llegó a Funingfu, en donde le fue denegado hospedaje en todos los mesones por temer sus dueños a las autoridades. Mojado como estaba y cansado por haber hecho el viaje a pie, tuvo que ir a cobijarse a unas letrinas. En aquel hediondo lugar, se sentó extenuado de cansancio. Pero, en cambio, recibió del cielo consuelos tan extraordinarios que, no pudiendo sufrir su intensidad, prorrumpió en altas voces pidiendo al Señor disminuyese la intensidad de aquellos extraordinarios favores. Y tales fueron las ternezas que dirigió al Señor, que quedó como desmayado de amor.

Alojóse al día siguiente en casa de un cristiano; pero éste le dijo que no saliera a predicar en público, porque estaban todavía muy recientes los recuerdos en aquella población de sus prisiones y destierro. En vista de lo cual se volvió a Fogán por una carta de recomendación de un gran mandarín, natural de Moyang, llamado Chung-zao, de gran autoridad, quien después fue Virrey. Pero al pasar por Tingtoo al día siguiente, víspera de San Pedro y San Pablo, cayó enfermo de gravedad, atacado por la peste que había contraído de los enfermos de Hiapoey. Administróle los Sacramentos el P. García, mas el Señor se dignó devolverle la salud por el bien de las almas.

Ya restablecido, volvió a Funingfu para administrar a los cristianos. Y allí permaneció ocho días administrando a los de los alrededores de la ciudad, y predicando con el mayor celo. Volviendo un día de sus excursiones, vio a un hombre que subía por una cuesta; dióle grandes voces para que le esperara, y comenzó a catequizarle con tanto celo, que le dejó convertido. Y llegando el nuevo adepto a su casa, hizo pedazos los ídolos que tenía, aprendió el Catecismo y se bautizó más tarde con otros tres miembros de su familia. También bautizó el apóstol a otras 12 personas.

No se daba un momento de descanso. Acompañado de su catequista, salía a predicar por los pueblos. Solía celebrar la santa misa en la casa de un cristiano, saliendo después por las aldeas vecinas a propagar el Evangelio, y no volvía hasta bien entrada la tarde. Ese mismo método seguía por algún tiempo, hasta que se trasladaba a otra parte con el mismo fin.

Otras veces se iba a la orilla de los ríos; y entrando en los barcos destinados a trasladar de una a otra parte a los pasajeros, se pasaba así todo el día yendo y viniendo de una orilla para otra propagando la religión cristiana.

Según testimonio del P. García, su biógrafo, apenas había día que no saliese por las calles a su predicación. Gustábale, sobre todo, predicar a los pobres, a quienes llamaba sus hermanos. Le eran más simpáticos por ser más humildes que los ricos. En la villa de Fogán visitaba con frecuencia los hospitales; sobre todo, uno de leprosos, en donde había algunos cristianos que él había bautizado. Y era en estas ocasiones cuando más contento volvía a casa.

En sus excursiones a los pueblos comía de lo que le daban, que era poco y malo; pues solía ser un poco de morisqueta y hierbas amargas, y dormía en donde le sorprendía la noche. En una de estas excursiones, pasada Navidad, fue a una casa de labranza de un literato cristiano en compañía de éste. Habiendo predicado por aquellos parajes por algún tiempo, se alejó por unas abruptas serranías, en donde pasó 15 días haciendo obras de verdadero apóstol. El letrado cristiano, no teniendo nuevas del paradero del Padre, avisó a los demás cristianos de su desaparición, comenzando todos por todas partes su búsqueda. La víspera de la Purificación, volviendo ya a Fogán, se juntó con un hombre que llevaba el mismo camino que él y que iba cargado con un cesto lleno de trozos de carne, más con un cerdillo vivo. Comenzó el Padre a catequizar a aquel hombre, y viendo que no podía éste atenderle por llevar sobre sí tanto peso, le cogió el cesto de trozos de carne y le puso sobre sus hombros; pudiendo así aquel hombre, tan aligerado de la carga, atender a la doctrina que el santo misionero le predicaba. Al llegar a la villa de Fogán, corrió la voz entre los cristianos, con grande regocijo de todos, que el Padre había aparecido. Y yendo los letrados y otros muchos cristianos a visitarle, le preguntaron que cómo llevaba las espaldas ensangrentadas, cosa en que él no había reparado, y les respondió que por haber llevado sobre los hombros un cesto con trozos de carne, con el fin de aligerar la carga y poder así catequizar a un hombre; con lo cual quedaron todos muy edificados.

En otra ocasión salió de Tingtao por las provisiones para los misioneros que habían llegado de Manila. El lugar en donde había parado el barco que las traía estaba a un día de camino. El salvó esta distancia a pie con un sol abrasador. Al llegar allí, lejos de entregarse al descanso, que bien lo necesitaba, comenzó a predicar a aquellos barqueros con tanto fervor y esfuerzo que, acabado el sermón, comenzó a arrojar abundante sangre por la boca, y con esta hemorragia pasó toda la noche. Al día siguiente volvió a Tingtao, y continuó perdiendo más sangre. Creyéndose cercano a la muerte, pidió al Señor le prolongara por dos días la vida para poder avisar a otro misionero y recibir los santos Sacramentos; y el Señor se la prolongó por dos años; y quedando a los dos días casi sano por completo.

A dos leguas de Tingtao hay un pueblo llamado Su-yang, cuyos vecinos, que pasaban de 400, habían hecho juramento de no admitir la ley de Jesucristo; señalando como pena al que la abrazase, cierto número de crueles azotes, que habían de ser dados en el templo de los antepasados, en pena de ser transgresores de la ley china de ofrecrles sacrificios y honras.

Compadecido el P. Díez de tanta ceguera y viendo la perdición de tantas almas, fue allá y predicó ante un gran público. Le hicieron muchas preguntas;

y, entre otras, el porqué la Ley que predicaba prohibía hacer sacrificios a los antepasados difuntos. Satisfizo el santo misionero a sus preguntas. Y, sin más, irritado un literato, por nombre Gay-lo, le dio al siervo de Dios un tan fuerte puñetazo en el pecho, que le dejó sin sentidos tendido en tierra y vomitando abundante sangre por la boca. Marchóse asustada la gente creyéndole muerto; pero volviendo en sí el venerable misionero, fue a casa de un cristiano, en donde después fue atacado de una disentería que le puso a las puertas de la muerte. A partir de esta fecha ya no gozó más de buena salud hasta su muerte. No tardó mucho tiempo en caer el castigo de Dios sobre el malvado literato, pues se le quedó baldado el brazo con que había dado tan cruel golpe al siervo de Dios, y murió de allí a poco tiempo.

Como el celo de la salvación de las almas no daba punto de reposo a nuestro apóstol, ya algo mejorado, fue a predicar al pueblo de Sink-ki, a un cuarto de legua de los muros de la villa de Fogán. También los habitantes de este pueblo habían hecho público y común juramento de no admitir la Ley de Cristo. Por eso alborotóse el pueblo al oir hablar al misionero; y un literato, cogiendo una gran piedra, iba ya a tirársela sobre la cabeza del santo predicador; y, arrodillándose éste, esperaba recibir el golpe con grande alegría porque moría por predicar el santo Evangelio. Pero otros gentiles impidieron al irritado literato consumar el homicidio.

Cuando iba a predicar por los pueblos, siempre a pie, cantaba por el camino himnos y alabanzas al Señor; y con frecuencia quedaba arrebatado considerando las grandes mercedes que Dios le concedía y por el singular privilegio que le había dado de ser su apóstol, teniéndose así mismo como la más vil creatura, indigna de tantas gracias. Durante estas consideraciones sentía en su alma tan grandes afectos de amor de Dios y de abatimiento propio, a la vez que ternura de espíritu, que, sin poderse contener, prorrumpía en gritos y voces; y, apartándose del camino para no ser visto, tendido de bruces en tierra, se humillaba considerándose el más vil insecto. Y en estas ocasiones, que era cuando recibía del cielo más abundantes gracias, exclamaba con arrebatado afecto: «Detened, Padre y Señor mío, el raudal de vuestras divinas consolaciones y favores. Mirad a quien se las hacéis, que soy el mayor de los pecadores.»

Atropellos contra misioneros y cristianos

Dos años antes de la muerte del P. Díez, o sea en 1644, los gentiles, en sus intentos diabólicos de deshonrar la religión cristiana y a sus ministros y seguidores, introdujeron una infame acusación contra ellos al mandarín de Fogán, y éste la remitió al mandarín superior de Funingfu. En ella decían que la religión cristiana era de gran estrago para la nación por las malas costumbres que introducía en el pueblo; entre otras, la de inducir a las doncellas cristianas a que no se casasen para así vivir con ellas deshonestamente los misioneros.

Pareciéndole al P. Díez que debía salir públicamente por la honra de los

ministros de Dios, pasó de Fogán a Tingtao, en donde celebró una junta compuesta de los tres misioneros y 12 literatos de los mejores de la Misión, para tratar de lo que se debía hacer. Y se decidió que los literatos fueran a la villa de Fogán y defendieran ante el juez la bondad de la Ley de Dios y la santidad de los misioneros. Pero como el pleito fue remitido a Funingfu, allí iba a ir también el P. Díez, a lo que se opusieron los literatos; partiendo ellos solos muy contentos y dispuestos a sufrir por Dios, si así lo disponía su divina voluntad. Ya ante el juez, les fue muy fácil deshacer la calumnia, falsedades y mentiras de la acusación. Convencidos y satisfechos los jueces, les dieron la razón, volviendo los literatos muy contentos y dando gracias a Dios.

Ciegos los gentiles de odio contra los cristianos por tal humillación, introdujeron otra acusación ante el juez de Fogán, que en el fondo era la misma que la anterior. Viendo el P. Díez que la cuestión pedía definitivo y pronto remedio ante el tribunal supremo, partió para Foochow con objeto de entrevistarse con el privado del rey de China. Este señor, que era cristiano y segundo en dignidad después del rey, llamábase Nereo. Enterado por el P. Díez de las injusticias que los gentiles de Fogán cometían contra los cristianos, escribió en un cartel muchas alabanzas de la religión cristiana, prohibiendo fuera calumniada y perseguida, mandando se publicara este decreto por todas partes para que nadie alegara ignorancia. Con este decreto volvió el P. Díaz a Fogán y se lo entregó al mandarín, quien, muy a pesar suyo, ordenó se fijase en las puertas de la Audiencia. Los misioneros les imprimieron y repartieron copias de él por todos los pueblos de Fogán.

Más furiosos, si aún cabe, los gentiles por sus consecutivas derrotas, pusieron otro pleito más a los cristianos ante un Visitador del rey Lung-un que había llegado a Fogán. Pero previendo esto los cristianos, salieron al encuentro del Visitador tres leguas antes de su llegada a la villa, previniéndole contra la mala voluntad de los gentiles hacia la religión cristiana. Efectivamente, los gentiles introdujeron una acusación contra los cristianos, y el Visitador ordenó que de ambas partes vinieran a su tribunal, y ante su presencia ventilaron la cuestión; que él daría la razón al que la tuviera.

Acudieron los literatos más destacados de ambas partes. El jefe de los cristianos era el literato Pedro Ching. Disputóse la cuestión ante aquella autoridad hasta llegada la noche, con la asistencia de una gran muchedumbre. El cristiano supo defender tan brillantemente la verdadera religión, su doctrina santa y la buena conducta de misioneros y cristianos, que dejó en claro las calumnias de sus acusadores, quedando éstos más que corridos. Como final de la victoria ganada por los cristianos, el Visitador sentenció: «La Ley de Dios es muy buena, y todo lo malo que se dice contra ella es falso e inventado. Porque ha muchos años que he visto los libros de esta Ley, y sé el modo que tienen de proceder los ministros de ella, que es inculpable. Así no tienen razón los que la persiguen. Yo impongo silencio a los infieles contrarios.»

La rabia y odio de los gentiles contra los cristianos llegó al paroxismo. La soberbia los ahogaba. Llevaban varios pleitos perdidos, y éste había sido sobremanera humillante. Espoleados por el odio y soberbia satánicos, esperaron en

la calle a Pedro Ching, que se había detenido en el tribunal para dar gracias al Visitador por el fallo favorable que había dado; y apenas salió fuera, le acometió una chusma de energúmenos, y tan brutalmente le apaleó, que quedó tendido en tierra como muerto. Vuelto en sí, pudo llegar a su casa con grande trabajo.

No satisfechos aún los gentiles con esta salvaje fechoría, recorrieron la población dando desaforados gritos, llamando a otros para que se les unieran, como así lo hicieron unos 2.000, con objeto de ir a vengarse de los cristianos de su humillación en el tribunal. Fueron en tropel a la iglesia dando gritos de selva; y de paso, robaron y quemaron las del cristiano Juan Kiay-ching, que eran las mejores de la villa, y él era el más rico de ella. Pasaron después a la iglesia, y robaron todo lo que en ella había, y derribaron las paredes. Sólo dejaron las columnas y el tejado.

Durante estos desmanes de la turba, estuvo el P. Díez a punto de caer en sus manos; pudo huir a la casa de Kiay-ching, que se salvó de la quema de las otras, y saltando la pared de la iglesia, se fue a refugiar a la casa del maltratado Pedro Ching, en donde estaban 20 cristianos, tres de ellos literatos [32].

Para disolver el tumulto, envió el Visitador al mismo mandarín; pero éste se vio obligado a retirarse por haberle sido imposible cumplir con su cometido. Así que aquella turba robó, destrozó y quemó todo lo que le vino en gana antes de dispersarse.

Los cristianos juzgaron no debían dejar sin ejemplar castigo aquellos desmanes, si bien el P. Díez les aconsejó dejar en paz la cuestión; pero ellos introdujeron una acusación ante el Visitador, quien, temesoro de la turba, la remitió a Foochow. Allá fueron los cristianos a informar, consiguiendo se diera sentencia a su favor. De Foochow enviaron a un capitán con 30 soldados con orden de llevar presos a la capital de la provincia a los cabecillas de la revuelta. Mas al llegar a Fogán los gentiles sobornaron al capitán, volviéndose a Foochow sin los revoltosos, siendo por ello bien apaleado. Enviaron desde Foochow en diferentes ocasiones a otros capitanes con soldados, y todos igualmente fueron sobornados con dinero, quedando impunes los revoltosos. Como, por otra parte, existía gran desorden en la región por llegar ya los tártaros a las puertas de la provincia de Fukién, nunca se pudo administrar justicia. Y más tarde, a causa de la guerra con los invasores extranjeros, quedó todo olvidado. Pero Dios hizo caer sobre aquellos soberbios literatos el justo castigo; pues cuando entró el tártaro en Fogán fueron degollados casi todos; y el principal enemigo de los cristianos lo fue más tarde con toda su familia.

---

[32] El suegro, gentil, de Pedro Ching, que residía en Moyang, habiéndosele quemado en las casas de Juan Kiay-ching varias cajas con prendas de mucho valor, se encolerizó, y saliendo de su casa con un gran cuchillo en la mano, acompañado de otros gentiles, fue a la casa en donde estaban los PP. García y Capillas para matarles. Los cristianos cerraron las puertas, y el enfurecido gentil las golpeó furioso. Los Padres se ocultaron en un desván. Providencialmente llegó a ese pueblo el cristiano y gran literato Juan Mieu, la persona más califiacada de aquella tierra; y, por respeto suyo, dejaron a los Padres libres.

Volvamos ahora a nuestro mártir Pedro Ching. Era natural de la villa de Fogán, nacido de padres infieles, pero se bautizaron después, llamándose respectivamente Pedro y Anastasia. Nuestro mártir —que bien se puede llamar así— recibió el bautismo de manos del P. Díez a los 50 años de edad, teniendo 54 cuando perdió la vida defendiendo tan santa causa. Era licenciado y muy docto. Tenía un hermano cristiano, también licenciado. Después del bautismo, fue el más fervoroso de los cristianos de Fogán. Pertenecía a la Orden Tercera de Penitencia de Santo Domingo. Oía misa todos los días y confesaba y comulgaba con frecuencia. Su mayor gozo era hablar sobre religión, a la que defendía en privado y en público en cualquiera parte que fuese atacada; por eso le odiaban los gentiles. Siempre a las órdenes de los misioneros, les servía y ayudaba con su dinero y persona. Cuando aquéllos no tenían qué comer, él mismo iba al mercado y les compraba la comida y se la entregaba a otros cristianos para que se la diesen. Tenía en gran estima a las doncellas que guardaban virginidad, sustentando con su dinero a las que eran pobres. Daba abundantes limosnas a los menesterosos y gustaba de visitar y consolar a los presos. Siendo aún gentil, era muy colérico y maltrataba con frecuencia a su esposa. Además, era gran bebedor de vino. Pero ya cristiano, apenas le gustaba, y jamás lo tomaba en día de viernes. Su carácter se dulcificó de tal manera, que se volvió manso como un cordero.

El día que le maltrataron los infieles, como su mujer maldijese a sus agresores, la dijo: «¿Qué hacéis ignorante mujer? Gracias debéis dar a Dios, pues es por su causa. Y tú ¿de ello te irritas? Si el Señor te manda amar a los enemigos, ¿cómo es posible que te quieras vengar?» Poco más tarde llegó un cristiano a quien los infieles le acababan de quemar la casa, y comenzó a maldecirles. Pedro le consoló cuanto pudo, sin decirle nada de lo que habían hecho con él.

En completa conformidad con la voluntad de Dios, y muy alegre por perder su vida en defensa de la fe, sintiéndose muy grave, se confesó con el P. Díez al tercer día del aciago suceso, perdió luego los sentidos, y habiéndosele administrado la Extremaunción, al quinto día voló su alma al cielo.

El P. Díez continuó escondido en la casa del venerable mártir; pero seguía administrando los Sacramentos a los cristianos, valiéndose de las tinieblas de la noche, en la iglesia de las mujeres, que no habían quemado los gentiles [33].

---

[33] «No duró mucho el andar el P. Francisco escondido; que el Señor, que cuida de esta iglesia, abrió camino para que sus ministros anduviesen en público, como antes. Y fue valiéndose de un Padre de la Compañía que, por ser entendido en cosas de astrología y arte militar, el rey le hizo mandarín de la casa militar, que es como caballero del Tusón en España; y le mandó que fuese con un Virrey a la provincia de donde lo era, para que allí enseñase a la gente de guerra el arte militar. El Padre lo aceptó por prometerle el Virrey que en su provincia le levantaría iglesia y le ayudaría a la conversión. Y por ser el Virrey natural de Moyang, dos leguas de la villa de Fungán [Fogán], quiso pasar por su tierra antes de ir a su partido, y trájose consigo al Padre. Y como el Padre era caballero del Tusón, que es en este reino más que Virrey, todos le respetaban como a persona real. Y fue con el Virrey a la villa [de Fogán] y allí visitó al mandarín y reyezuelo, y les dijo que sin razón perseguían a los ministros de la Ley de Dios, que

Desde su escondite pedía el celoso apóstol a Dios suspendiese su justo castigo sobre aquellos homicidas literatos gentiles; catigo que presentía había de exterminarlos, como así sucedió poco después. Y en una carta decía a sus compañeros de apostolado: «Aquí estoy escondido, hecho un Jeremías, llorando los pecados de esta villa. Pero consuélome en ver el fervor y devoción con que vienen las mujeres de noche a recibir los santos Sacramenots a la iglesia. Y doy gracias al Señor que, por medio de este vil gusanillo hediondo, les hace muchas mercedes y favores a sus almas. Aunque yo tengo por cierto que tengo de durar muy poco en esta vida» [34].

Semblanza moral y santa muerte

Los dos últimos años de su vida los dedicó principalmente en la preparación para la muerte. Su meditación predilecta era sobre el misterio de la Pasión de Jesucristo. «Mucho tiempo ha —dijo en una ocasión al P. García— que no le pido al Señor otra cosa en la oración sino que me dé su luz para conocerle puesto en cruz.»

«Y no frustró el Señor sus deseos tan devotos —comenta el P. García—, pues le comunicó tanta luz de este misterio y tantos sentimientos y afectos de devoción y amor al Señor crucificado, en particular, en los dos últimos años de su vida, que, así como no se puede explicar cómo es aquella luz que el Señor da a quien quiere, que siendo una centillita, hace tantas operaciones en el alma, como hacía en la del P. Francisco. Así yo no me atreveré a escribir aquí, ni es posible decir los favores que el Señor hizo a este siervo suyo en estos dos años, en que recibía muy a menudo esta luz y suavidad del Señor, con que se derretía en amor suyo; y prorrumpiendo en muchas lágrimas, en particular, cuando celebraba. Y más cuando, después de haber celebrado, los cristianos rezaban las Letanías de la Pasión del Señor, como lo tenemos establecido aquí en todos nuestros ministerios: que se rezan todos los días una vez, después de haber alzado, y dura hasta consumir» [35].

A partir de su última enfermedad dedicóse con mucho más ahínco a la oración. «Y así, en adelante —continúa el P. García—, no sabía estar un rato sin hacer algo del servicio suyo [del de Dios]. Yo fui una vez a donde él estaba, y me dijo: "Estoy estos días que no me harto de considerar la alteza y profundidad del Consejo divino en el misterio de nuestra redención. Y, aunque más leo y considero, siempre quedo con más hambre". Y así, todo era

---

eran como él, ministros, y que no lo hiciesen en adelante. Con lo cual cesaron de perseguirnos y pudimos salir en público» (Bto. Capillas, *Relación de la Misión de China*, Fogán 1647. Un ejemplar de esta Relación se halla en el Archivo Provincial Dominicano de Manila, t. 21, ff. 347-352; y otro más en el Archivo Casanatense de Roma, t. 1074, ff. 6-13).

[34] García, *Relación* citada: Ricci, *Hechos*, l. II, capítulos VII y VIII.

[35] García, *Relación* citada.

admirarse y decir: "¡Oh Consejo divino, Consejo divino!" [36]. Durante la misa deshacíase en tiernas lágrimas con la consideración de este augusto sacrificio. Y una vez terminada, se estaba por largo tiempo dando gracias.

El devoto catequista Andrés Hoeng testificó que, cuando estaba solo, sin compañía de otro Padre, se estaba en el oratorio todo el día. En una ocasión le convidó este cristiano a comer en su casa, y le estuvo esperando después de terminada la misa, mas no llegó hasta la hora de cenar, porque por estar tan embebido en las cosas de Dios, no sentía pasar el tiempo.

Cuando los deberes del ministerio se lo permitían, iba a la iglesia, y, sentado en el suelo, leía un libro; de ordinario, los Comentarios de Santo Tomás sobre las Epístolas de San Pablo, o el Símbolo de la Fe, del V. P. Granada. Y en el progreso de la lectura —escribe el P. García—, «solía sentir en su alma una nueva luz del Señor, con grandes ímpetus de espíritu, con unos afectos de devoción y ternura interior, y a veces, tan grandes, que no sabía qué hacerse. Arrimaba el libro a una parte, y postrábase en aquel suelo delante del Señor, y regalábase con El, diciendo muchas palabras tiernas. Y considerando su bajeza, y con la luz que le daba el Señor, veía aquella inmensa grandeza comunicándose a un gusanillo con tanta libertad, lloraba mucho y pedía muchas veces detuviera el ímpetu de sus consolaciones y fervores con una creatura tan vil.

»Tenía gran devoción a la Virgen. No comenzaba ni acababa nunca una obra sin que rezase el Avemaría. Cruzadas las manos, bajaba la cabeza hasta el suelo dos veces. Una, en reverencia de Jesús y la otra, de María. De modo que, durante todo el Rosario estaba abajando y levantando la cabeza. Y diciéndole una vez [el P. García] cómo no se cansaba, respondió que "así le daba mucho el Señor de arriba"» [37].

Cuando llegaba algún cristiano a la iglesia, dejaba los libros en que leía y se ponía a rezar el rosario con él. Si venía a confesarse, le decía que rezase antes un rosario como preparación para la confesión, y le acompañaba en el rezo. Después de la confesión le mandaba rezar otro rosario, acompañándole él también. Y así, se pasaba todo el día rezando rosarios. Y así se iba preparando para la muerte, que ya sentía cercana.

Efectivamente, la muerte del gran apóstol no se hizo esperar. Estando en la villa de Fogán, a últimos de septiembre recibió orden del Superior para que fuera a Songyang para administrar a los cristianos de aquel pueblo. De allí siguió a Moyang, desde donde escribía al P. Capillas el 4 de octubre: «Hoy, día de San Francisco, nací en este mundo para vivir eternamente con Cristo. Por lo cual pido a V. R. me ayude a dar gracias al Señor.» Fue esta carta la última que escribió el siervo de Dios.

Pocos días más tarde cayó enfermo de gravedad. Unas violentas cámaras de sangre, acompañadas de agudos dolores intestinales, le hicieron ver la muerte

---

[36] GARCÍA, *Relación* citada.
[37] *Ibid.*

muy cercana. Llamó al P. Capillas, y éste le administró los últimos Sacramentos. Como el pueblo estaba amenazado de una cuadrilla de 600 bandidos, y era de temer lo asaltase, el P. Capillas preparó un pequeño barco para que se trasladase a Tingtao. «Luego que llegó [el P. Díez] —escribe el P. García—, le pregunté cómo se sentía. Díjome que tenía por cierto que moriría muy pronto, que tenía de ello ya dos días de premisas. Y así estaba muy conforme con la voluntad del Señor.

«En esta última enfermedad fueron grandes los trabajos que padeció el siervo de Dios, y los dolores; y grande la paciencia y conformidad con que lo padeció todo hasta la muerte. Díjome en llegando que, desde que cayó enfermo, que habían quince días, le había quitado el Señor los consuelos y regalos interiores, y le había dejado seco como un palo; sólo había quedado la conformidad con el Señor en todo. Y le parecía que quería el Señor imitase en aquello a nuestro Señor Jesucristo, que a la hora de la muerte fue desamparado del Padre, y en toda su Pasión. Y así, estaba conforme con el Señor que le desamparaba en aquella última enfermedad, y le dejaba padecer tan a secas, y quería que muriese como Cristo en la cruz. Y así tenía aquel desamparo del Señor por una merced muy grande. Y agora hablaba como un hombre muy triste y melancólico que apenas puede echar el habla, forzándose a hablar, y en pocas palabras» [38].

Pidió al P. García le administrase el Viático; y, antes de recibirlo, exhortó a los cristianos con tiernas palabras a que fueran fieles a la fe. Y después les pidió perdón de todo cuanto les hubiera ofendido y escandalizado. «Enterneciéronse mucho los cristianos de esta plática. Y más se edificaron viendo a aquel que había vivido entre ellos vida tan inculpable y con tanta caridad y amor les amaba, verle que les pedía perdón. Y, volviéndose al Señor, comenzóle a alabar en lengua china, y decirle: "bendito seáis, mi Dios, que siendo Señor de todo el mundo venís hoy a estar con este pecador». Y tomando yo al Señor en las manos, le pregunté, como se acostumbra, si el Señor estaba allí, y dijo: "*Credo quod Tu es Filius Dei vivi qui in hunc mundum venisti ut peccatores salvos faceres;* y, entre ellos, a mí el mayor pecador de todos".

»Acabadas estas palabras, echó los brazos fuera de la cama y hizo fuerza para echarse de ella en el suelo, para adorar al Señor postrado en tierra; y no pudo echarse de la cama por estar ya sin fuerzas. Y así, comenzó a llorar, diciendo a voces al Señor: "Perdonadme, Señor mío, que no os puedo adorar como quisiera". Y recibióle y dióle muchas gracias, y pidió el santo Sacramento de la Extremaunción, y se lo di al día siguiente» [39].

Pero más que los dolores físicos, le afligía la sequedad de espíritu en que se hallaba. Y clamando a la Virgen, la decía: «Madre y Señora mía, Virgen santísima, para ahora os he menester. Ayudadme a llevar esta cruz de desconsuelo.»

---

[38] *Ibid.*
[39] *Ibid.*

Y a tan alto grado llegaron sus dolores físicos y morales, que no pudiéndoles ya sufrir, rogó al P. García que pidiese a Dios en la misa le llevase ya, si así era servido, porque ya no podía sufrir más. Díjole entonces el P. García: «Estése firme en la fe.» Y el enfermo respondió: «Estoy tan cierto y firme en las cosas que nos enseña la santa Madre Iglesia, como si hubiera visto todo cuanto nos manda. Y tan firme mi esperanza en salvarme, que antes parece que tengo demasiada.»

El 3 de noviembre reconcilióse tres o cuatro veces; y los Padres García y Capillas, a petición del moribundo, comenzaron a leerle las Letanías. A las últimas oraciones perdió el habla, pero siguió con todos los sentidos hasta terminar, y plácidamente entregó su bendita alma al Señor el 4 de noviembre de 1646. El P. Capillas dijo que el alma del P. Díez había subido al cielo sin pasar por el purgatorio.

Por su parte, el P. García escribió el siguiente hermoso y merecido elogio de nuestro venerable apóstol: «El P. Fr. Francisco Díez fue verdadero varón apostólico; y me atrevo a decir de él que, en los ocho años que ejerció en este reino el oficio de misionero [fueron cerca de nueve años], ninguno dilató tanto el santo Evangelio, ni ha predicado tanto la Ley de Dios, ni ha propuesto tantas veces en público y en secreto, ni ha venido ministro otro a este reino que tanto haya trabajado y padecido en él por la predicación del santo Evangelio» [40].

Los cristianos le hicieron un gran mausoleo en Tingtao, lugar de su muerte, que aún existe al presente.

ESCRITOS DEL VENERABLE APOSTOL

De quatuor virtutibus cardinalibus.—En folio. Ms. en caracteres chinos.
Cabecillas, o simpliciter necesario para todos.—En caracteres chinos, en colaboración con el P. Juan Bautista de Morales.
Tratado de la Pasión del Señor.—Ms. en caracteres chinos.
De la Esperanza cristiana.—Ms. en caracteres chinos.
De la oración mental.—Ms. en caracteres chinos.
Gramática española-china.—Ms.
Vocabulario de la letra china con la explicación española.—Ms.

Contiene 7.169 caracteres chinos. Se creía perdido este gran Vocabulario. Pero un ejemplar le he encontrado en la Biblioteca Vaticana, sección de manuscritos, en Fondo Borgia-cinese, n. 412. Es copia de otro que existía en la Biblioteca Staatsbibliotek, de Berlín. Está en perfecto estado de conservación. Tanto la Gramática como el Vocabulario, lo escribió en la provincia de Batáan, Filipinas, entre los años de 1640-1642. «Y allí (en Batáan) con un maestro chino, letrado, trabajó mucho en la lengua china. Y, en particular, hizo un Vocabulario muy copioso de las principales letras de China, que es para los ministros que pasen [a China], una obra grandiosa y la mejor que se ha hecho en la materia después que se entró en China.» (GARCÍA, *Relación* citada.)

En una obra que estoy preparando sobre los escritos de los misioneros dominicos de China, se hablará con la debida extensión de los anteriores escritos de nuestro biografiado.

FR. JOSÉ M.ª GONZÁLEZ, O. P.

---

[40] *Ibid.*

Notas y textos

NOTAS SOBRE LA RUTA DE LOS 26 SANTOS MARTIRES DE NAGASAKI

Mucho se ha escrito sobre los 26 Santos Mártires de Nagasaki. A raíz del martirio se redactaron relaciones e informes, se escribieron cartas, se recogieron declaraciones juradas, etc. Son documentos con la vida que ponen los protagonistas de los hechos, con la urgencia y pasión de acontecimientos aún en desarrollo.

La Beatificación y luego la Canonización de los Mártires, trajeron consigo una nueva serie de escritos, que en muchos casos no eran sino revisión de hechos pasados, difuminando detalles y confundiendo nombres.

Después, esporádicamente, en artículos de polémica o en capítulos de historias generales se vuelve a tocar el tema, que hoy día cobra nueva actualidad con la publicación de documentos inéditos y su uso por los historiadores japoneses.

Por lo general la parte más estudiada y que apasiona a los historiadores es la de las causas de la persecución. El hecho mismo del martirio fue minuciosamente detallado por los primeros cronistas. Los hagiógrafos posteriores apenas si han hecho otra cosa que transmitirnos versiones más o menos modificadas de Frois y Ribadeneira. Y es natural, pues estos autores nos transmitieron casi todo lo que se conoce sobre la escena de la crucifixión.

Queda sin embargo en esa historia una página poco conocida: el camino de los Mártires desde la cárcel de Osaka hasta la colina Nishizaka en Nagasaki.

Es natural que ante el hecho de la crucifixión todo lo demás quede en sombras y que los escritores se fijen, más que en el lento caminar de 26 prisioneros, en las discusiones sobre el galeón San Felipe, donde tan magistralmente se enredan los intereses políticos, comerciales y religiosos.

Además ningún cronista acompañó a los Mártires durante su peregrinación: Frois y Ribadeneira los esperaban en Nagasaki, Fr. Jerónimo de Jesús quedó en Osaka y Fr. Juan Pobre, que hizo días después el mismo viaje, lo hizo en buena parte por ruta distinta y con la dificultad inherente a su desconocimiento de la lengua japonesa.

El P. Luis Frois sigue siendo indudablemente la principal fuente de información. Su Relación, escrita en Nagasaki muy poco después de los acontecimientos, muestra al historiador fiel, amante del detalle exacto; pero el mismo Frois reconoce que la parte de su narración que corresponde al itinerario es deficiente:

«Muchas cosas de edificación habrán pasado en este camino estos siervos de Dios, así entre ellos como para con los gentiles; cuales cómo prendieron a los dos que con ellos venían y luego los crucificaron, y no hubo persona que las pudiese contar» [1].

Quiso completar su narración; prometió hacerlo [2], pero no pudo: unos meses más tarde, el 8 de julio, en la misma ciudad de Nagasaki, murió el historiador de la misión japonesa.

Fray Marcelo de Ribadeneira estaba también en Nagasaki, pero recluido en un barco portugués, desde el que contempló el martirio. Su historia [3], compuesta unos años después, aunque escrita con profundo sentimiento y agradable estilo, no siempre se distingue por la exactitud de los detalles.

En el caso de los Mártires de Nagasaki esto se explica porque el hecho de estar recluido en la nave le tuvo que dificultar recoger las noticias; además no tenía ni el conocimiento de la lengua ni la experiencia del Japón que poseía Frois.

Fray Jerónimo de Jesús estuvo en Osaka y luego bajó a Nagasaki; pero en ambos sitios vivió oculto, perseguido. A veces recoge las noticias de rumores que corren y él, en su ardor polémico, aumenta con frecuencia la confusión. No siempre es fácil distinguir en sus cartas el dato histórico y el comentario personal.

Las relaciones de Fr. Juan Pobre y de sus compañeros de navegación nos suministran una serie de datos interesantes sobre la última parte del recorrido, pero distan de ser una narración completa.

Podemos sumar a estas relaciones las declaraciones juradas de los diversos procesos entablados con motivo del martirio, las cartas de los Mártires, las del obispo del Japón, D. Pedro Martínez, y de otros personajes contemporáneos, y nos encontraremos ante un cúmulo de datos que a veces se complementan y a veces se contradicen. Es fácil perderse entre ellos, sobre todo si se quiere resolver los problemas prescindiendo de la geografía japonesa.

Las soluciones de muchos de estos problemas saltan, por el contrario, a la vista con solo colocar los datos sobre el escenario donde se desarrollaron los hechos: El camino real entre Osaka y Nagasaki a comienzos de 1597 o, según el calendario japonés, en los últimos meses del año primero de la Era Keichoo.

Y esto es lo que intento hacer en estas páginas. Las citas serán frecuentes, pero no con intento de agotar la materia, sino de presentar los hechos de forma que sea fácil corregir y completar. Así iremos llegando a un conocimiento más exacto de lo que fue el largo «Vía Crucis» de los Protomártires del Japón.

I.—Peregrinos de Cristo

Sakai, 9 de enero: tomemos esta fecha como comienzo de la ruta de los Mártires. Es cierto que la prisión había comenzado un mes antes y que los sucesos de los primeros días de enero forman ya parte del martirio: el día 2 los trasladaron del convento a la cárcel de Kyoto; el 3 les cortaron la oreja izquierda y los exhibieron en carretas por las calles de la capital. El 4 los llevan a Osaka, pasando por Fushimi, y también aquí los pasean por las calles, esta vez a caballo. El día 5 la escena se repite en Sakai. En un templo budista de esta ciudad quedan detenidos.

---

[1] Luis Frois, S. J., *Los 26 Mártires de Nagasaki*, 15 marzo 1597. Edit. por R. Galdós, S. J., Roma 1935, 84. En adelante citamos: Frois.

[2] *Ib.*, 131.

[3] Marcelo de Ribadeneira, O. F. M., *Historia de las Islas del Archipiélago Filipino y Reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón*. Edit. por el P. Juan de Legísima, O. F. M., Madrid 1947. En adelante citamos: Ribad.

Pero el decreto condenándolos a morir en Nagasaki se publica el día 8 y, por tanto, el primer movimiento que sigue a esta sentencia, es la salida de Sakai el 9 por la mañana. Los llevan de nuevo a la cárcel de Osaka; aquí se organiza la comitiva. El día 10 por la mañana comienzan a caminar. ¿Qué ruta siguieron?

Escribe Frois: «...mandó el Rey [4] que fuesen llevados por tierra, como de consejo en consejo, con una patente suya en que mandaba que cada pueblo tomase la entrega de ellos y los entregase al siguiente pueblo; dándoles lo necesario y guarda para el camino, hasta ponerlos en Nagoya» [5].

Ribadeneira difiere aquí de Frois: «Fueron sacados los benditos Mártires de la cárcel y llevados al lugar donde habían de ser embarcados, que estaba cerca, para poder ir por mar, en pequeños barcos, al puerto de Nagasaki» [6].

En la misma página encontramos, sin embargo, una frase que parece contradecir a la anterior: «En este largo camino, como iban por muchas tierras de diversos señores...»

Y un poco más adelante hay un intento de armonización: «Desde la mitad del camino, aunque pudieran bien ir por mar, fueron llevados por tierra».

Una carta de San Pedro Bautista escrita el 14 de enero, es decir, cuatro días después de la salida de Osaka, nos dice claramente: «...y después desto se dió sentencia que nos crucificasen en Nagasaki, donde ahora vamos de camino por tierra, que son más de cien leguas de Castilla, con hartos fríos por ser este mes y llevarnos a caballo...» [7].

Los textos de Frois y San Pedro Bautista, junto con la relación de los sitios por donde pasaron, muestran que el camino fue, al menos en su mayor parte por tierra. Esto no excluye totalmente la posibilidad de una primera etapa o parte de ella en barco.

Fray Juan Pobre, que salió de Osaka una semana después de la partida de los Mártires, escribía años más tarde equivocando fechas y, tal vez, nombres: «Viernes era por la mañana, 9 de enero [8], cuando los sacaron de la cárcel de Fiongo (Hyogo) y los embarcaron y fueron a una villa que llaman Suma y de allí los llevaron a Acaxi (Akashi) y a Gochacu y a Fimenxi (Himeji)» [9].

¿Hicieron tal vez en barco la etapa Hyogo-Akashi? Si fue así se explica bien la parada en Suma, donde había una de las llamadas 'seki' o barreras, que servían para controlar a los viajeros, aunque desde Hyogo a Suma el camino es más fácil y breve por tierra.

O tal vez quiere indicar que los llevaron en barco de Osaka a Hyogo, la etapa del primer día, evitando así un largo rodeo. Esta última explicación está más de acuerdo con lo que dice Ribadeneira.

Es cierto que Villión describe con todo detalle el paso por Amagasaki y Nishinomiya [10], ciudades situadas entre Osaka y Hyogo; mas estos nombres no aparecen en las relaciones primeras y los hechos que allí sitúa Villión, ocurrieron más tarde.

Sea lo que fuere de esta pequeña travesía inicial, y teniendo en cuenta otros dos o tres trayectos en barco, que veremos más adelante, podemos decir que los Mártires

---

[4] Frois en esta Relación usa impropiamente el nombre de Rey para designar a Hideyoshi.

[5] FROIS, 75.

[6] RIBAD, 465.

[7] LORENZO PÉREZ, O. F. M., *Cartas y Relaciones del Japón*, I, Madrid 1916-1923, 146.

[8] El viernes fue el día 10; tal vez aquí Fr. Juan Pobre seguía el calendario de Manila retrasado un día con relación al Japón. El día 9 los Mártires salieron de Sakai.

[9] JUAN POBRE DE ZAMORA, O. F. M., *Istoria de la pérdida y descubrimiento del galeón San Felipe con el glorioso martirio y gloriosos Mártires del Japón*, Juan Pobre de Zamora. Capítulo 52, f. 205. Esta cita de la *Istoria* y otras que aparecen en las páginas siguientes, me han sido amablemente facilitadas por el Profesor José L. Alvarez-Taladriz.

[10] A. VILLIÓN, M. E. P., *Nippon Seijin Senketsu Isho* (Testamento de los Santos Japoneses escrito con sangre), Nishinomiya 1930, 55.

hicieron su recorrido casi todo el tiempo por tierra. Antes de acompañarlos en ese camino, procuremos hacernos una idea de cómo viajaban.

Casi un siglo después de la peregrinación de nuestros Mártires, Kaempfer, el médico de la Compañía Holandesa, recorrió en diversas ocasiones los caminos japoneses y dejó una detallada descripción de las costumbres de la época, no muy diferentes de las que vivieron los Mártires.

Refiriéndose a los viajes dice: Van cabalgando en fila de a uno [11]. El caballo es llevado de la rienda por uno de los servidores, que camina al lado derecho del caballo, junto a la cabeza, y a una con sus compañeros entona un canto alegre para distraer y animar a los caballos [12].

Montar a horcajadas, llevando la riendas en la propia mano, lo consideraban como cosa propia de soldados en tiempo de guerra. Por lo general los japoneses viajaban cabalgando a la jineta o sentados con las piernas cruzadas sobre la silla.

Las sillas de mano o «norimono», eran de diversas clases. Para los viajes largos y en especial para pasar los montes usaban unas pequeñas, hechas de bambú entretejido, con el fondo redondo y el techo casi rozando la cabeza del viajero sentado en el interior. Estas especies de cestas iban suspendidas de una larga pértiga. Dos o tres hombres bastaban para llevar estas sillas de mano.

¿Cómo hicieron su camino los Mártires?

Ribadeneira dice que los religiosos hicieron la mayor parte del camino a pie sufriendo malos tratos: «Como trajesen caballos en que pudiesen ir los santos frailes, y como observantes del precepto de su regla pretendiesen ir a pie las jornadas que hacían por tierra, cuando se cansaban hallaban por refrigerio muchos palos» [13].

El mismo Ribadeneira nos dice en diversas ocasiones que usaron cabalgaduras: «Desde Nagoya fueron sacados los santos Mártires para Nagasaki; unos a caballo, otro que tenían más fuerzas a pie, y otros en cestones que llevaban dos hombres» [14].

«Y llegando a media legua de a donde las cruces les estaban esperando, los santos que iban a caballo se apearon... iban caminando poco a poco porque los pies hinchados y llagados no les daban lugar a más» [15].

No sólo al fin del camino sino también a los comienzos usaron cabalgaduras. En la carta antes citada nos lo indicaba San Pedro Bautista: «Por ser este mes y llevarnos a caballo...»

La descripción de Frois reúne todos los datos anteriores: «Les daban cabalgaduras en que venían, y a algunos de los religiosos unas como andas (que acá se usan), que llevan dos hombres a cuestas, cuando tenían necesidad; y muchas veces andaban a pie por su devoción, como se parecía ver en los pies, que traian hinchados» [16].

Ese ir a pie no parece fuese lo ordinario, pues como un caso particular dice Frois refiriéndose a la jornada de la víspera del martirio: «Y como veían que cada vez se les iba acercando la hora de la muerte, quisieron venir a pie por su devoción hasta Sononqui, tierra de Omuradono, con harto frío y los pies hinchados» [17].

---

[11] Sobre el ir en fila dice Frois, en el capítulo dedicado a los caballos, en su tratado sobre las costumbres del Japón. «(Dos)nossos vai hum apar doutro paseando; os de Japan semper hum detraz doutro». (JOSEF FRANZ SCHÜTTE, S. J., *Kulturgegensätze Europa-Japan (1585)*, Tokyo 1955, 196.

[12] ENGELBERT KAEMPFER, *The History of Japan*, London 1727, 401-2.

[13] RIBAD, 466.

[14] *Ib.*, 469.

[15] *Ib.*, 473.

[16] FROIS, 78.

[17] *Ib.*, 87.

Este último esfuerzo debió costarles mucho, pues ya el recorrido del día 5 fue a caballo, como consta por la frase anteriormente citada de Ribadeneira y la siguiente de Frois: «El P. Comisario venía en un caballo de albarda, rezando las horas...» [18].

Este último detalle nos permite suponer que, como indicaba la descripción de Kaempfer, la marcha no era rápida y tal vez otro distinto del jinete llevaba la rienda del caballo.

Un estudio del camino nos indica que la media diaria fue de treinta a cuarenta kilómetros. No mucho si los caballos hubiesen caminado rápidamente; pero casi imposible de realizar sin caballos por unos hombres agotados y con los pies llagados. El lento avanzar de la fila de prisioneros nos explica también que unos pudiesen ir a pie mientras otros iban a caballo.

Los malos tratos por parte de los guardianes o de los habitantes de las poblaciones por donde pasaban, no fue lo ordinario en este camino. Casi todos los testimonios están de acuerdo en esto. Al comienzo durante varios días fueron al cuidado de Juan Akashi Kamon, y S. Pablo Miki, ponderando sus atenciones dice que teme perder los merecimientos del camino. Y continúa:

«el cual (Akashi), luego que me vió la primera vez, asiéndome de la mano, lloró tantas lágrimas que no lo sé decir a Vuestras Reverencias». «Y los que nos llevan a su cargo, cuando nos entregan a los siguientes, les piden que se hayan benignamente con nosotros, todos se compadecen de nosotros; con que tenemos poco que merecer» [19].

Esta carta está escrita cuatro días después de la salida de Osaka. Desde Hakata, donde otro amigo de S. Pablo Miki se hizo cargo de los Mártires, el trato fue más o menos lo mismo. Durante la semana en que recorrieron los dominios de Mori, enemigo del cristianismo, hubo ciertamente manifestaciones de crueldad [20].

Naturalmente, una cosa es que no los golpeasen de ordinario, y otra que no tuviesen que sufrir y que sus sufrimientos no fuesen grandes. El frío y el cansancio fueron de un modo particular sus inseparables compañeros.

Frois señala dos razones que motivaron no los maltratasen durante el camino: la compasión al ver sufrir a personas inocentes y el temor de tener que responder por sus vidas si algo sucedía [21].

Lo que Ribadeneira dice de los golpes, recuerda lo acontecido cuando llevaron a los Mártires por las calles de Kyoto. Uno de los testigos en el proceso de México dice así: «...y en no pudiendo andar tan deprisa como quería el japón que los llevaba, les daba rempujones, que algunas veces les hacía caer de ojos, y este testigo ayudó a levantar algunas veces al P. Fr. Pedro Baptista, y a la sazón que esto pasaba hacía mucho frío y nevaba y llovía» [22].

Viajaban sólo de día, según la costumbre de la época, aunque alguna jornada se prolongó hasta bien entrada la noche.

---

[18] *Ib.*, 92.

[19] *Ib.*, 128.

[20] ABBE CHAPPIA, *Les Saints Martyrs du Japon*, Toulouse 1862, 42.

[21] FROIS, 78. En sus notas marginales a la relación de Avila Girón, el P. Morejón sostiene que, según las cartas de los Mártires, éstos fueron bien tratados durante el recorrido del Chuugoku. Las cartas son todas anteriores al paso por los territorios de Mori (ARSI, 58, f. 171).

[22] *El Nippon y Filipinas, sus relaciones históricas*. en: *Nippon Times*, Tokyo 20 febrero 1945. Reproducción de *San Felipe de Jesús, Protomartir mexicano, extracto de las Informaciones auténticas para la beatificación de los 26 Mártires del Japón* en: *La Semana Católica*, México 1898, 22.

Iban bien escoltados: San Pedro Bautista indica el número de doscientos soldados. Frois, sin especificar número, dice: «Venía mucha gente de guarda con ellos de cada lugar» [23].

Generalmente pasaban la noche en las 'jooka-machi' o ciudades formadas alrededor de un castillo. El sitio donde los recogían no era necesariamente una cárcel, pues en muchas de las poblaciones no la había. Por eso indica Frois que «antes de llegar ellos, cercaban el lugar donde los habían de poner con estacas para su guarda»[24].

Se refiere probablemente al 'yarai' o empalizada de cañas de bambú cruzadas diagonalmente, con que solían cercar también los sitios de las ejecuciones. Estas vallas, sin impedir la vista, mantenían aislado el lugar.

Por los datos que han llegado hasta nosotros parece ser que los Mártires tenían más libertad para predicar que para escribir. Las cartas que escribieron durante el camino están casi todas fechadas en los primeros días y sobre todo cuando estuvieron bajo la vigilancia de Juan Akashi, lo que hace suponer un favor especial de éste. San Pedro Bautista, en carta del 14 de enero parece indicarlo así: «...y no tener para más del tiempo que a hurtadas me da este buen hombre que nos lleva...» [25].

Y Ribadeneira dice a propósito de las cartas de San Pedro Bautista que estaban escritas «...con harta prisa y sobresalto por estorbársele los guardas, según el papel, letra, pluma y tinta publicaban» [26].

En cambio son numerosos los testimonios de la predicación de los Mártires: No sólo se exhortaban mutuamente [27], sino que se dirigían a los que se acercaban a verlos: «Platicó el Hermano Pablo (Miki) con este cristiano, diciendo que por todo el camino había predicado muy libremente, sin respeto ninguno, de día y de noche, así a los guardas que los traían, como a toda la demás gente...»[28].

«Y como en aquel camino se toma cada noche puerto, en los lugares que hay en el viaje oían algunos gentiles la palabra de Dios que los Santos predicaban» [29].

Una cosa es predicar y otra ir bautizando, como quiere el cronista del galeón San Felipe: «Hubo vez que en el camino bautizaron doscientos y trescientos hombres de una vez, porque jamás dejaron de predicar» [30].

De hecho, aunque predicaron mucho, sólo bautizaron a seis personas instruidas por San Pablo Kiki en la cárcel de Osaka [31].

Así, en lo más duro del invierno, probremente vestidos [32], con la herida de la oreja aún sin cicatrizar [33], a caballo, aumentando con la inmovilidad el tormento del frío, o arrastrando sus pies llagados, predicando a Cristo con el ejemplo y la palabra, la fila de los Mártires con su séquito de soldados va cruzando una tras otra las provincias del Japón meridional: Setsu, Harima, Bizen, Bitchu, Bingo, Aki, Suo y Nagato en la isla de Honshu; Buzen, Chikuzen y Hizen en la de Kyushu.

Salen de Osaka el 10 de enero por la mañana y llegan a Nagasaki en la mañana del 5 de febrero. Probablemente ni un solo día sin caminar.

Vamos a tratar ahora de fijar las fechas de esa marcha gloriosa.

---

[23] FROIS, 78.
[24] *Ib.*
[25] PÉREZ, *Cartas y Relaciones*, I, 144.
[26] RIBAD, 471.
[27] FROIS, 80.
[28] *Ib.*, 85.
[29] RIBAD, 465.
[30] PÉREZ, *Cartas y Relaciones*, III, 100, nota 1.
[31] FROIS, 89.
[32] *Ib.*, 78.
[33] *Ib.*, 89.

II.—Las tres jornadas con Akashi Kamon

Al examinar los documentos de aquella época es imprescindible recordar que, mientras los Misioneros usan nuestro calendario, los japoneses dan sus fechas según su sistema de eras o reinados y siguiendo el calendario lunar.

Frois muestra una vez más su instinto de historiador al darnos la correspondencia de ambos calendarios en relación con una etapa concreta del viaje: «A los 14 de la luna y último día de enero llegaron al Facata» [34].

La marcha tiene lugar durante los meses de enero y febrero de 1597, y las lunas undécima y duodécima del primer año de Keichoo.

Ese año la luna undécima comenzó el 20 de diciembre (1596) y, siendo mes lunar de 29 días, terminó el 17 de enero (1597). El 18 de enero es por tanto el primero de la luna duodécima [35].

Es, pues, exacta la correspondencia que da Frois, lo mismo que la que se da habitualmente para el día del martirio: 5 de febrero = 19 de la luna duodécima [36].

Pronto tendremos que recurrir a estas correspondencias de fechas. Ahora pasemos al itinerario.

Después de Osaka, la primera noche del viaje la pasan en Hyogo (hoy un barrio de Kobe); desde aquí escribe San Pedro Bautista a los religiosos y españoles que quedaban en Osaka [37].

Al día siguiente pasan la 'barrera' de Suma y llegan hasta Akashi, el antiguo dominio de Takayama Ukon. Luego el camino se aleja poco a poco del mar, cruza una fértil llanura y por Gochaku entra en Himeji. Todavía no estaba terminado el famoso 'Castillo de la Garza Blanca', pero Himeji era la residencia del daimyo y capital de la provincia de Harima.

Desde aquí hasta la próxima gran ciudad, Okayama, donde el daimyo Ukita estaba terminando su 'Castillo del Cuervo de Oro', había tres jornadas de camino. Los Mártires hicieron escala en la región de Akoo y en Katakami. Desde esta última ciudad San Pablo Miki escribió dos cartas. En la primera dice:

«Mañana muy temprano partiremos para Okayama» [38]. Y en la segunda:

«Desde el lugar llamado Acongori del Reino de Farima hasta otro llamado Cobegaba en este Reino de Bijen (que son tres jornadas)...» [39].

Al decir Akoo-Gori (Gori o Gun señala una región) San Pablo Miki no especifica si se refiere a la ciudad o a la demarcación del mismo nombre. Aunque el camino principal no bajaba hasta el castillo de Akoo (famoso después por la historia de los 47 'ronin'), parece más probable que hicieran escala allí, pues la distancia no aumenta sensiblemente y ofrecía más facilidades para acomodar a los prisioneros y su numerosa escolta.

Desde Akoo a Katakami el camino debió ser más trabajoso, pues cruza una región de montes. En Katakami, ya en la provincia de Bizen, vuelven a entrar en una llanura, la vega de Okayama. Dos días más de viaje los llevan al borde de esta llanura, Kobegawa.

---

[34] *Ib.*, 85.
[35] Paul Yachita Tsuchihashi, S. J., *Japanese Chronological Tables from 601 to 1872 A. D.*, Tokyo, Sophia University Press, 1952, 93-94.
[36] Masaharu Anesaki, *Kirishitan dendoo no Koohai*, Tokyo 1930, 258.
[37] Pérez, *Cartas y Relaciones*, I, 143; III, 109.
[38] Frois, 79.
[39] *Ib.*, 128.

En esta parte del itinerario tenemos un interesante problema de cronología: la fecha de llegada a Katakami. Si conseguimos fijarla bien, podemos reconstruir, sin temor a errar, buena parte del itinerario de los Mártires.

Hasta ahora, aun en las más recientes publicaciones sobre los Mártires, se ha dado como correcta la fecha 19 de enero [40]. Es la que aparece en la carta que escribe San Pedro Bautista al Provincial de la Compañía de Jesús, P. Pedro Gómez:

«De Catacabe del Reino de Bigen a 19 de enero de 1597» [41].

En la misma página de Frois encontramos otra carta escrita por San Pablo Miki: «Hoy a los 26 de la undécima luna llegamos a este lugar, llamado Catacaba, del Reino de Bigen».

Muchos dan por supuesto el paralelo entre las dos fechas; alguno sin más traduce la expresión de San Pablo Miki por 19 de enero [42].

Pero el 26 de la luna undécima no corresponde aquí al 19 sino al 14 de enero. ¿Cuál de las dos cartas tiene la fecha correcta? Yo creo que todas las razones están en favor de la de San Pablo Miki. La llegada a Katakami es el 14 de enero.

Tal vez un examen del original de la carta de San Pedro Bautista escrita «con harta prisa y sobresalto, etc.», bastaría para mostrar si todo se debe a una grafía defectuosa. No conozco ese original; pero me inclino a creer que todo el error ha partido del manuscrito castellano de Frois. En él la fecha aparece corregida; lo mismo puede ser catorce que diecinueve, y comparando los números con otros del mismo manuscrito parece más probable que la fecha allí escrita es «14 de enero».

Hay además numerosas razones que apoyan esta fecha. En la misma relación de Frois hay otras cartas con fecha 26 de la luna: Una de San Pablo Miki, que comienza: «A 26 de esta luna llegamos a un lugar llamado Catacabe», y termina: «De Catacabe a 26 de la undécima luna» [43].

Otras dos cartas son de San Ventura, catequista de los Frailes, que escribiendo a su padre, dice: «Por ofrecerse esta oportunidad os escribo estos renglones... Acabo hoy a los 26 de la duodécima luna». Aquí hay un error; no se trata de la duodécima sino de la undécima luna; error que se halla en el manuscrito de Frois y que por tanto debió originarse al traducir la carta.

Escribiendo a su madrasta y otros parientes el mismo San Ventura fecha la carta «A los 26 de la undécima luna» [44]. Aunque Galdós en su libro escribe '20', la fecha 26 está clara en el manuscrito.

Existe además otra carta de San Pedro Bautista, fechada el 14 de enero. ¿Dónde la escribió?

El P. Pérez comenta: «No se puede precisar donde escribió San Pedro Bautista esta carta. El 10 de enero salieron los Santos Mártires de Osaka y los condujeron a Hyogo. En este pueblo escribió el Santo Comisario algunas cartas a los religiosos y españoles que quedaban en Osaka. Desde Hyogo los llevaron a Akashi, provincia de Harima, y el 19 del mismo mes estaban ya en Katabe, provincia de Bizen, donde escribió San Pedro Bautista al P. Viceprovincial de la Compañía la carta que dejamos señalada con la letra j). San Martín de la Ascensión escribió una carta al Provincial de Manila a la que puso la siguiente fecha: «al camino y de enero 14 de 1597 años». Mas como esta carta tiene la misma fecha que la de San Pedro Bautista que ahora publicamos, resulta

---

[40] THOMAS UYTTENBROECK, O. F. M., *Early Franciscans in Japan* en: *Missionary Bulletin*, Tokyo, Aug.-Sept., 1957, 566.

[41] FROIS, 79.

[42] AGOSTINO DE OSIMO, *Storia dei Veintitre Martiri Giapponesi*, Roma 1862, 194.

[43] FROIS, 128. En el manuscrito la fecha de la luna está con números y corrige escribiendo un 1 sobre un 2. Galdós escogió la lectura «duodécima» equivocadamente (ARSI, Jap-Sin. 53, f. 69v).

[44] FROIS, 83.

que debió ser escrita en algún sitio en el que hicieron parada para descansar cuando atravesaban la provincia de Harima» [45].

La cita, aunque larga, nos muestra cómo por basarse en la fecha 19, no puede llegar a una solución clara. Las dos cartas pudieron en efecto haber sido escritas el 14 en la región de Harima, pues ese día por la mañana estaban aun en Akoo y hasta pasado el mediodía no cruzarían la línea divisoria con Bizen; Katakami queda cerca de esa línea. Pero dada la costumbre de emprender la marcha temprano, parece más probable que esas cartas fuesen escritas al atardecer, una vez recogidos en Katakami.

La carta de San Pedro Bautista comienza así: «Por estar de camino, que nos llevan para crucificar, porque hemos enseñado y publicado la ley de Dios, y no tener tiempo para más que el tiempo que a hurtadas me da este buen hombre que nos lleva...»

El P. Pérez anota: «No hemos podido averiguar el nombre de este buen hombre que los condujo hasta Karatsu; en este pueblo se hizo cargo de ellos Hatsamburo...» [46].

Cuando el P. Pérez escribía esto aún no se había publicado el original de Frois y por tanto no disponía de la carta de San Pablo Miki que responde a sus dudas: «A los 26 de esta luna llegamos a un lugar llamado Catacabe del Reino de Bizen, y por particular providencia que el Señor usó con nosotros desde ayer, que temo perder el merecimiento de este camino, y fue que desde el lugar llamado Acongori del Reino de Farima hasta otro llamado Cobegaba en este Reino de Bijen (que son tres jornadas) vamos entregados a Acaxicamon» [47].

El «buen hombre», si es que se refiere al jefe del grupo, era pues Juan Akashi Kamon, noble samurai cristiano, casado con una hermana del daimyo de Okayama y señor de las provincias de Mimasaka, Bitchu y Bizen, Ukita Hideie. Un primo de Hideie, Tomás (Pablo, según otros) Ukita, era también cristiano y todos ellos eran amigos de Agustín Konishi. Todo esto explica que, mientras pasaron por las tierras de Ukita, los prisioneros tuviesen mayor libertad para escribir.

Akashi Kamon no condujo a los prisioneros hasta Karatsu, sino hasta Kobegawa. Allí los entregó a los oficiales de otro daimyo, probablemente Kobayakawa.

Si admitimos para Katakami la fecha 19, como se ha hecho hasta ahora, tenemos que poner ocho días entre Akashi y Okayama que sólo distan unos doscientos kilómetros, por camino generalmente llano, y nos quedan sólo seis días para más de trescientos cincuenta kilómetros hasta Shimonoseki, con peores caminos y las fuerzas más gastadas.

En cambio la fecha 14 en Katakami nos da el recorrido normal: El 10 por la mañana salen de Osaka y llegan a Hyogo, donde pasan la noche. El 11 por la tarde llegan a Akashi y el 12 siguen hasta Himeji. Hacen noche en esta ciudad y el 13 bajan a Akoo. Aquí los toma Juan Akashi Kamon. El 14 por la mañana salen de Akoo y por la tarde ya están en Katakami. El 15 por la mañana salen para Okayama; el 16 van de esta ciudad a Kobegawa. Estas etapas entre Akoo y Kobegawa son las tres jornadas con Akashi Kamon, que aparecen claramente siguiendo la ruta en un mapa [48].

III.—De Kobegawa a Shimonoseki

Entramos ahora en una parte de la peregrinación, que deja más libertad para las hipótesis, pues los datos son muy escasos: podemos decir que se reducen a tres:

---

[45] Pérez, *Cartas y Relaciones*, I, 143, nota.
[46] *Ib.*, 144.
[47] Frois, 128.
[48] Fray Juan Pobre en su relación (f. 206r) dice: «Serían a quince de enero cuando salieron de Fimenxi». Como él mismo no da la fecha como exacta, no es necesario detenerse a examinar más ese dato que difiere de todos los demás.

Primero el hecho de que los Mártires iban siguiendo el «Sanyoodoo» o «Camino de los montes con sol», es decir el camino entre Osaka y Shimonoseki, en algunos tramos algo distinto de la carretera actual.

Segundo una frase de Fr. Juan Pobre: «...dieron la vuelta por Ocaiama, y por Onomiche, por Mivara, Firoxima y Amanguchi; y serían como veinte y seis del mes cuando llegaron a Ximonoxique» [49].

Y el tercer dato una carta, la famosa carta del niño mártir Santo Tomás Kozaki [50].

El P. Villión pone esa carta como escrita en Nishinomiya la primera noche del viaje [51]. No hay ningún documento que autorice esa hipótesis. Cuando el P. Villión escribió tampoco lo había en contra, pues en las traducciones de la relación de Frois la carta aparecía sin fecha. En el manuscrito castellano la fecha está bien clara: «A los dos de la duodécima luna, de la fortaleza de Mivara, en el Reino de Aqui».

Veamos primero la fecha: «dos de la duodécima luna», es decir el 19 de enero; una razón más para no poner esa fecha en Katakami. Una diferencia de cinco fechas con la carta de San Pablo Miki desde esa ciudad.

El nombre de la población: «Fortaleza de Mivara, en el Reino de Aqui». «Aki» abarcaba la mayor parte de la actual provincia de Hiroshima. Mivara es Mihara, que no está en Aki sino en Bitchu, pero en el mismo borde de estas provincias, y justo a cinco jornadas de camino deste Katakami. Fray Juan Pobre nos decía que por esa ciudad pasaron los Mártires.

El P. Galdós en su edición de Frois escribió «fortaleza de Minora», pero esto es tan solo una equivocada interpretación del manuscrito. En éste puede leerse fácilmente la palabra Mivara.

Mihara es hoy una ciudad industrial, pero entonces era una 'fortaleza', es decir, un castillo con su 'jooka-machi'. El castillo había sido construido en 1588 por Kobayakawa Takakage, hijo de Mori Motonari. Takakage murió en 1596 y cuando llegaron los Mártires a Mihara era señor del castillo su hijo adoptivo Hideaki, un sobrino de Hideyoshi, que con su traición de Sekigahara daría tres años más tarde el poder a Tokugawa Ieiasu.

Hoy día puede verse aún el basamento del torreón principal del castillo rodeado por su foso, y la parte norte de la ciudad conserva la fisonomía de la antigua jooka-machi con sus calles estrechas y rectas.

La etapa anterior a Mihara fue tal vez Onomichi. Entre Kobegawa y Onomichi quedan dos jornadas. No sabemos dónde pasaron la noche; tal vez en Nanokaichi, a mitad de camino, o en Kannabe que era el centro de la región hasta que en 1618 se construyó el castillo de Fukuyama.

Una cosa es cierta: esa parte del camino debió ser muy dura para los Mártires. Desde Kobegawa el camino, siguiendo el curso del Otagawa, iba entre montes que en invierno están cubiertos de nieve.

Mal camino, montes nevados, soldados de un daimyo hostil al cristianismo. Qué elocuentemente hablan de la virtud del pequeño terciario franciscano las frases de su carta: «aunque los hombres os impongan cualquier cosa, procurad tener paciencia y mucha caridad con todos...»

Mihara es puerto de mar; de aquí a Hiroshima el camino, después de bordear la llanura pantanosa de la desembocadura del Numada, vuelve a cruzar una cadena montañosa. Son dos jornadas. A mitad de camino, en la parte más alta está Saijo. Aquí, o un poco antes en Tamari debieron hacer noche. Luego Hiroshima, una ciudad nueva; el nombre y el comienzo de la edificación de su bello castillo databan solo de 1589. Allí residía Mori Terumoto.

---

[49] *Istoria de la pérdida*, f. 206r.
[50] FROIS, 114.
[51] VILLIÓN, *Nippon Seijin senketsu Isho*, 55.

Salen de Hiroshima por Koi y van pasando Hatsukaichi, Iwakuni, Tokuyama. Poco después de esta ciudad el camino se divide. Parece lo más natural que siguieran la ruta más corta pasando por Ogori. Fray Juan Pobre menciona a Yamaguchi [52]. ¿Señala tan solo la región con el nombre más conocido o es que los Mártires se desviaron hasta esta ciudad?

En Yoshida ya están los caminos unidos de nuevo. Cruzando la 'jooka-machi' de Choofu, entran en Shimonoseki.

Leemos en la relación de Fr. Juan Pobre: «Llegué a 29 de enero a Shimonosequi. Allí me dijeron que hacía tres días que habían salido dél y pasado a Cocura» [53].

La relación de sus compañeros da los mismos datos [54].

De todo este camino no tenemos sino dos fechas: Mihara y Shimonoseki. Basándonos en ellas y en el estudio del camino, podríamos distribuir los días intermedios de esta forma: el 17 van de Kobegawa a Nanokaichi o Kannabe; el 18 hasta Onomichi, y el 19 llegan a Mihara. El 20 suben hasta Saijo y entran en Hiroshima el 21. Las siguientes fechas de llegada pueden ser: 22 a Iwakuni, 23 a Tokuyama, 24 a Ogori, 25 a Yoshida, 26 a Shimonoseki.

Esta última parte la había recorrido a pie, también en invierno, San Francisco Javier.

IV.—Por tierras de Kyushu

Gracias a Fr. Juan Pobre y a sus compañeros, podemos reconstruir casi por completo la última parte de la ruta de los Mártires. Es apasionante esa carrera del grupo de españoles por un país desconocido, en busca de los Máritres y, por lo que a Fr. Juan hace, también del martirio.

Formaban el grupo el capitán del galeón San Felipe, D. Matías de Landecho, el piloto De Olandia, el franciscano Fr. Juan Pobre, el agustino Fr. Diego de Guevara y cuatro soldados o marineros españoles.

Salieron de Osaka una semana después de los Mártires, pero haciendo el viaje por mar les ganan cuatro días. Desilusionados por no haberlos alcanzado, pero con nueva esperanza, siguen tras ellos desde Shimonoseki; van en barco hasta Kokura y desde allí continúan por tierra:

«Yo con deseo de encontrarlos atravesé aquellas tres leguas que hay hasta Chocura, y desde allí fui a una buena villa que llaman Acama. Allí me dijeron que el día antes se habían partido de ella los Santos Mártires» [55].

«...comenzamos a caminar por tierra en caballos de albarda, y llegamos el 30 a Cocomad (?) y fuimos a hacer noche a Acame, donde nos dijeron habían estado el día antes los Padres» [56].

Los Mártires habían pasado en Akama la noche del 28 al 29; no sabemos cual fue la parada siguiente; pero siguiendo a Fr. Juan volvemos a encontrarlos pronto: «Mas yo luego aquel día pasé tras ellos y a treinta y uno de enero llegué a Simatali y supe cómo aquella mañana los habían sacado de aquella villa y llevado a Nagoya» [57].

«Y de allí salimos a 31 y llegamos a Huya (?) y tomamos caballos hasta Cima, donde nos dijeron que aquella mañana habían salido en una funea (barca) para Nagoya» [58].

---

[52] *Istoria de la pérdida*, f. 206r.
[53] *Ib.*, f. 206v.
[54] Pérez, *Cartas y Relaciones*, III, 171.
[55] *Istoria de la pérdida*, f. 206v.
[56] Pérez, *Cartas y Relaciones*, III, 171.
[57] *Istoria de la pérdida*, f. 207r.
[58] Pérez, *Cartas y Relaciones*, III, 171.

Estas relaciones parecen contradecir lo que sabemos de cierto, que el 31 de enero los Mártires llegaron a Hakata. Hay sin embargo una indicación de Fr. Juan, que no conviene pasar por alto: «Los santos Mártires, después que salieron de Simataly, los embarcaron para pasar aquel estrecho que hay hasta Nagoya, aunque después los llevaron por Facata...» [59].

¿Qué puerto es éste que las relaciones designan con los nombres de Cima, Simatali o Simataly? Probablemente el de Shiga o Shigajima, en una punta de tierra que proteje la bahía de Hakata. Como Nagoya está en otro saliente de la costa, se explica que a la extensión de mar comprendida entre ambos la llamen estrecho.

En Shiga embarcaron, pero después, por cualquier razón, tal vez el estado del mar, en vez de salir se dirigieron al interior de la bahía y llegaron a Hakata.

El recorrido entre Shimonoseki y Hakata, que en casi todas las biografías queda en blanco, puede reconstruirse así: El 27 cruzan el estrecho y llegan a Kokura; el 28 van de Kokura a Akama; el 29 hasta una ciudad cuyo nombre nos es desconocido; el 30, desviándose del camino de Hakata, llegan a Shigajima; el 31 por la mañana embarcan en este puerto y se dirigen a Hakata.

Aquí todas las relaciones coinciden: «A 14 de la luna y último día de enero llegaron al Facata» [60].

En esta ciudad los prisioneros son entregados a las autoridades de esta región, como parece desprenderse de la frase de Frois: «Facata, donde los tomaron humanamente aquellos gentiles». Pero Hanzaburo Terazawa, el hermano del 'bugyo' o gobernador de Nagasaki, no se hizo cargo de ellos hasta el día siguiente [61].

En Hakata los Mártires tienen ciertas concesiones que se les habían negado hasta ahora; pueden conversar con algunos cristianos y entregarles las cartas que traían escritas. Por la noche predica San Pablo Miki [62].

El día 1 de febrero continúan hasta Karatsu, donde los espera Hanzaburo. Aquí nos sale al paso la cuestión de los dos Adauctos, es decir, los dos cristianos: Pedro Sukejiroo y Francisco Kichi, que en el camino fueron añadidos a los 24 condenados que salieron de Sakai. ¿Cuándo fueron aprisionados?

Villión describe dramáticamente la escena del prendimiento en Nishinomiya y Amagasaki, pero su narración no concuerda con las cartas de los Mártires. Y no me refiero a las frases tan repetidas: «por todos somos 24» [63], «Venimos 24 personas condenados a muerte» [64], porque en realidad la sentencia, que iba escrita en una tabla e incluia sólo a 24, no cambió hasta Nagasaki, y por tanto los oficialmente condenados eran sólo 24.

Me refiero a la carta de San Pablo Miki escrita desde Katakami, en la que dice hablando de los Adauctos: «A Sukejiroo Pedro envió el P. Organtino con nosotros, al cual traemos (con) licencia de los oficiales de justicia, y determinados de llevarle con nosotros hasta Jimonojequi; y desde allí decirle que se vaya delante de nosotros. También viene otro mozo de los Frailes...» [65]. Es evidente que en Katakami, cuatro días después del paso por Nishinomiya, Sukejiroo era todavía libre.

---

[59] *Istoria de la pérdida*, f. 208r.

[60] FROIS, 85.

[61] Hanzaburo Terazawa: su nombre aparece escrito en los libros de diversos modos: Hatsaburo, Fazanburo... Sigo aquí la lectura ordinaria de los caracteres de su nombre, que es la que se encuentra en: I. V. GILLIS AND PAI PING-CH'I, *Japanese Personal Names*, Peking 1940, Sect. II, 10.

[62] FROIS, 85; RIBAD, 466.

[63] PÉREZ, *Cartas y Relaciones*, I, 145.

[64] FROIS, 79, 114.

[65] *Ib.*, 79-80.

Pero desde Shimonoseki ya no pudo ir delante como habían pensado: En Hakata un cristiano, Diego Cogen, habló con San Pablo Miki, «el cual traía escrita la carta arriba citada, por no haber hallado quien la trajese» [66].

Cuando en Nagasaki el P. Passio intente libertar a los dos Adauctos arguyendo que no están en la lista, Hanzaburo se excusará diciendo que a él se los entregaron presos.

Frois dice que: «en el camino... echaron mano de ellos... Esta primeras guardias entregaron al lugar siguiente estos dos presos y de este lugar al otro y así vinieron hasta Nagasaki» [67].

La frase, vista en su contexto, no quiere decir que fuesen las guardias del primer día, sino que puede tener un sentido relativo: las primeras que los aprehendieron. Ni tampoco, como vimos antes, la frase «somos 24» tiene la fuerza suficiente para hacer suponer que hasta el día 2 en que San Pedro Bautista escribe no habían sido incorporados a los prisioneros [68].

Podemos poner la prisión, desde luego, entre Katakami y Hakata; y, como hasta Kobegawa fueron con el benévolo Akashi Kamon, no creo sea mucho suponer que el hecho ocurrió entre Kobekawa y Shimonoseki, es decir, mientras cruzaban los territorios de Mori. Más es difícil precisar. Que no hubo noticias concretas ya lo decía lealmente Frois [69].

El encargado de la ejecución, Hanzaburo, «hermano de Terazawa por cuyo sustituto está en Nagoya» [70], se nos presenta en las historias del Martirio con una doble personalidad.

Escribe Ribadeneira: «Hazaburo, hombre naturalmente muy cruel...» [71].

En cambio Murdoch se extasía ante él: «And poor Hazaburo, who seems to have been a thorough gentleman in the real sense of the word, honest, uprihgt, devoted to duty and tender toward the feeling of others...» [72].

No es extraño que los perseguidos viesen por lo general en el perseguidor un hombre cruel; esa visión se deformaba y aumentaba con frecuencia en los historiadores posteriores, como muestra el siguiente curioso título de un capítulo de Fr. José de Jesús María: «Entra Taicosama a imperar o Japao e logo a fazer barbaridades» [73].

Pero no deja de ser interesante el panegírico de Murdoch, que, tal vez sin caer en la cuenta, al único que muestra una especial compasión en la historia del martirio es al «pobre Hazaburo».

Es cierto que fue triste para Hanzaburo tener que llevar a la muerte a San Pablo Miki, aunque no fuese, como quiere Murdoch, su «bosom-frined in their school boy days» y que «for years the twain had lost sight of each other».

Frois da una explicación menos romántica pero más real: «Este Fazanburo era muy conocido del Hermano Miqui Paulo, por haberle tratado y oído de él algunos sermones; y cuando se vio allí con el Hermano lloró; mostrando cuanto le pesaba de aquella suerte» [74].

---

[66] *Ib.*, 85.
[67] *Ib.*, 78.
[68] PÉREZ, *Cartas y Relaciones*, I, 148, nota 1.
[69] FROIS, 84.
[70] *Ib.*, 85.
[71] RIBAD, 468.
[72] J. MURDOCH, *A History of Japan during the Century of early Foreign Intercourse*, Kobe 1903, 295, nota 14.
[73] JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *Azia Sinica e Japonica. Obra póstuma e inédita do Frade Arrabido*. Editada pelo Major C. R. Boxer, II, Macau 1950, cap. VII.
[74] FROIS, 87.

Sin ponernos a definir cómo era el carácter de Hanzaburo, podemos decir que las relaciones de los Misioneros muestran que, dentro de su papel de ejecutor de la sentencia, obró más como amigo que como enemigo. Había sido catecúmeno durante algún tiempo y su hermano Hirotaka, el gobernador, estaba bautizado (aunque después apostató).

En Karatsu Hanzaburo accedió a las peticiones de San Pablo Miki y San Pedro Bautista [75]; eran éstas: dilatar el martirio hasta el próximo viernes y darles ocasión para comulgar.

Si después no cumplió esas promesas, fue por un doble temor: el de ser delatado a Hideyoshi [76] y el de un alboroto del pueblo de Nagasaki, que, siendo todo cristiano, podía intentar libertar a los Mártires [77].

Y si se recelaba también de los marinos y soldados extranjeros, no hacía sino adivinar los sentimientos del Capitán Landecho: «...y este testigo, movido de ver que no tenía más que cuatro españoles en su compañía y que no podía estorbar una justicia tan injusta como aquella, pareciéndole que era afrenta de la Nación Española verlo y no remediarlo, no fue allá ni consintió que ninguno de sus compañeros los fuese a ver» [78].

Estas razones son «lo que se sabe» y no creo sea necesario acudir a suposiciones infundadas para explicar el cambio de Hanzaburo [79].

Desde Karatsu el día 2 pasaron a Nagoya [80] y de allí continuaron a Tsukasaki (hoy Takeo), a donde llegaron el día 3 por la tarde. La noche del 2 al 3 la debieron pasar en Nagoya o tal vez en Imari. Imari está mejor situada a mitad de camino, pero la relación de Ribadeneira parece favorable a Nagoya; si fue en esta última ciudad, la jornada del 3 debió ser penosa por lo larga.

Tsukasaki está ya en la llanura de Saga, «la mejor tierra que hay en Japón», según el cronista del galeón San Felipe [81]. Es ciertamente una llanura fértil y de gran belleza, protegida al norte por una cadena de montañas y que baja suavemente hacia dos bahías, la de Omura y el Ariake-kai.

Pero los Mártires no podían ya dedicarse a contemplar los paisajes; otros pensamientos absorbían su atención: «...vinieron a un pueblo de Figen (Hizen) llamado Zucasaqui: de donde partieron la mañana siguiente; y como veían que cada vez se les iba acercando la hora de la muerte, quisieron venir a pie por su devoción hasta Sononqui, tierra de Omuradono, con harto frío y los pies hinchados» [82].

Llegaron a Sonogui al mediodía. En esta parte del camino, entre Tsukasaki y Sonogui tiene lugar la escena descrita por Frois del llanto de San Pedro Bautista. El Santo se ha sentado a descansar en una piedra al borde del camino. Medita. Al pensar que su empresa de abrir un nuevo campo de misión para su Orden termina con su muerte, no puede contener las lágrimas.

Schilling [83] interpreta acertadamente esas lágrimas al vincularlas a los sufrimientos íntimos que padeció el Santo Comisario en la cárcel de Miyako. Son pocos los biógrafos que se han detenido a narrar esta escena; tal vez temen presentar lo que puede interpretarse como una flaqueza, pero que en realidad es un destello que nos permite conocer mejor el corazón de San Pedro Bautista y nos muestra cómo permitió Dios que se asociara a la Pasión no sólo en la muerte de Cruz, sino también en la desolación del Huerto.

---

[75] *Ib.*, 76.
[76] *Ib.*, 77; RIBAD, 447, 470.
[77] *Ib.*, 78.
[78] *El Nippon y Filipinas*, 47.
[79] LORENZO PÉREZ, JERÓNIMO DE JESÚS, *Cartas y Relaciones*, Florencia 1929, 138.
[80] RIBAD, 467, 469.
[81] PEREZ, *Carta y Relaciones*, III, 171 bis.
[82] FROIS, 87.
[83] DOROTEO SCHILLING, O. M. F., *Cattura e prigionia dei Santi Martiri di Nagasaki* en: *'Antonianum'*, Roma 1947, 242.

Lágrimas que, por otra parte, contrastan con aquella «profunda contemplación» que lo mantuvo «inmoble con los ojos fijos en el cielo» todo el tiempo que duró la ejecución y aun cuando las lanzas penetraron en su pecho [84].

Poco tiempo descansaron en Sonogui, donde pudieron hablar con el P. Joao Rodrígues, el Intérprete; esa misma tarde los metieron en unas barcas y los llevaron a Tokitsu, donde los dejaron a la intemperie, dentro de las barcas, hasta la mañana siguiente. Desde Sonogui, todos, a excepción de los religiosos franciscanos, llevan las manos atadas.

«Este testigo... llegó (a Nagasaki) como a las 12 de la noche, habiendo primero estado en el desembarcadero tres leguas de la dicha ciudad de Nangasaque, y dejado al dicho Padre Comisario y demás religiosos y japoneses, que por todos eran veinte y seis, dentro de unas embarcaciones, porque los guardas que los traían no los dejaron desembarcar en tierra», atestiguó D. Matías de Landecho [85].

Y el cronista del galeón: «Pues aquella misma noche, estando durmiendo, como a las once de la noche, en la playa oímos un grandísimo ruido, infernal; preguntamos qué era: nos dijeron que traían atados a los Padres para crucificarlos, que fue para nosotros muy triste nueva y sobresalto, así por saberlo como porque no nos dejaron hablarlos». Aquella noche «había hielo y nieve» [86].

Resumamos aquí el itinerario desde Hakata: Llegaron a esta ciudad el 31 al mediodía o poco más tarde. A la mañana siguiente, 1 de febrero, van a Karatsu donde Hanzaburo se encarga de ellos. El día 2 van a Nagoya; el 3 llegan a Tsukasaki (Takeo). El 4 por la mañana, todo el tiempo a pie, van hasta Sonogui, a donde llegan al mediodía. Por la tarde embarcan y, cruzando la bahía de Omura llegan a Tokitsu, en cuyo puerto pasan el resto de la noche. Están a tres leguas de Nagasaki.

Madrugada del 5 de febrero: agotados por el esfuerzo del día anterior y la noche de insomnio; ateridos, con los pies llagados, los Mártires vuelven a ponerse en camino. Pronto les sale al encuentro el P. Rodrígues que les trae noticias: Esa misma mañana serán crucificados; Hanzaburo no permite que asistan a Misa y reciban la Sagrada Comunión.

Llegaron a Urakami y se detienen junto al hospital de los leprosos, propiedad de la Hermandad de la Misericordia. En el hospital el P. Passio espera a San Pablo Miki y sus dos compañeros; mientras los confiesa y recibe los votos de Juan de Goto y Diego Kisai, el P. Rodrígues habla a los demás Mártires, que están en una colina cercana y confiesa a algunos de ellos.

El P. Pérez, siguiendo a los Bolandistas, corrige a Frois, pues éste «dice que los tres de la Compañía renovaron los votos que ya tenían hechos» [87]. Es cierto que ninguno de los compañeros de San Pablo Miki tenía los votos hechos, pues aún no habían entrado en el noviciado; pero Frois no dice que renovasen, como puede verse en el original castellano [88].

Si no eran novicios, tampoco eran meros servidores, como indica Fr. Jerónimo de Castro [89]. San Juan de Goto era «doxico» o «dojuku». De él dice Ribadeneira que desde su niñez había sido ofrecido a la Compañía para que fuese Hermano, que éste es el principal intento de los que sirven al altar con el nombre de doxicos» [90].

Una detallada explicación del oficio de «doxico» y su posición en las casas de la Compañía puede verse en el c. XV de el Sumario del P. Valignano. Allí escribe el Visitador de la Misión japonesa: «La mayor parte de ellos... viven con esperanza y

---

[84] FROIS, 102.
[85] *El Nippon y Filipinas*, 46.
[86] PÉREZ, *Cartas y Relaciones*, III, 172 bis.
[87] PÉREZ, *Cartas y relaciones*, III, 117, nota 2.
[88] FROIS, 94.
[89] PÉREZ, *Fray Jerónimo de Jesús*, 138.
[90] RIBAD, 590.

voluntad de alcanzar ser recibidos en la Compañía, y nosotros los criamos, unos para ese fin y otros para a su tiempo ser clérigos y servir en otros ministerios en las iglesias» [91].

San Diego Kisai, por su edad y por las circunstancias de su vida no era doxico, pero aspiraba a entrar en la Compañía y los oficios que en ella desempeñaba correspondían a los de un doxico [92].

V.—La colina de los Mártires

El hospital estaba, según parece, entre Sakamoto-machi y Ginza-machi, no lejos de la actual estación de Urakami. Desde allí, unos dos kilómetros hasta el lugar del martirio, fueron a pie: «...y repartiéndose en tres escuadrones, yendo en cada uno tres religiosos, iban caminando poco a poco, porque los pies hinchados y llagados no les daban lugar a más» [93].

El sitio donde los Mártires fueron crucificados, es descrito así por el profesor Kataoka: «Buscando en los alrededores se fijaron en lo que ahora se llama 'Parque del Nishizaka'. Era un promontorio poco elevado que se adentraba en el mar; hasta tenía forma de Calvario» [94].

Tateyama es el nombre de la montaña; Nishizaka o 'Colina del Oeste' es su última estribación. Hoy día el mar ha perdido terreno y queda más lejos, pero entonces llegaba hasta la misma colina.

La tantas veces citada relación del galeón San Felipe, se despide así de la tierra japonesa: «Salimos de Langasac (Nagasaki) para Manila, dejando en aquel lugar los veinte y seis Mártires, cada uno puesto en su cruz en la playa, cerca de la mar y a cien pasos de ella...» [95]. Se comprende que desde la nave portuguesa anclada en la bahía se pudiese ver fácilmente el espectáculo del martirio.

El sitio no parece estuviese cercado con «yarai», como en otros martirios posteriores. Frois nos dice que, días después, para evitar el acceso a los cuerpos de los Mártires, Hanzaburo mandó hacer «una cerca alrededor de los cuerpos» [96], lo que parece indicar que no existía antes. Y muchos detalles de la ejecución (Frois pp. 99-105) no se comprenden bien si había una valla entre los Mártires y los espectadores.

La llegada al Nishizaka fue a eso de las diez de la mañana y al mediodía ya estaba todo terminado.

Diego de Valdés, uno de los tripulantes del San Felipe, dice: «Habiéndose ejecutado esta sentencia como de las diez a once del día, de ahí a un cuarto de hora poco más, fue este testigo y otros más españoles, al sitio donde habían sido crucificados los gloriosos Mártires y los vio aún chorreando sangre» [97].

Otro de los testigos, Jerónimo Suárez, afirmaba: «Traídos a la dicha ciudad de Nangasaque, donde así como llegaron, que sería las once del día, estando hechas veinte y seis cruces, vio este testigo por sus ojos que todos los dichos Padres y veinte japoneses fueron crucificados» [98].

Y Landecho indica que a él le avisaron la llegada de los Mártires entre once y doce de la mañana; como estaba dentro de la ciudad un poco apartado del sitio del martirio, teniendo en cuenta lo que tardasen en llevarle la noticia, podemos decir que su hora coincide con las anteriores.

---

[91] Alejandro Valignano, S. J., *Sumario de las cosas de Japón*. Editado por José Luis Alvarez-Taladriz, I, Sophia University, Tokyo 1954, 193.

[92] Frois, 113; Ribad, 593.

[93] Ribad, 473.

[94] Kataoka Yakichi, *Nagasaki no Junkyoosha* (Los Mártires de Nagasaki). Tokyo 1957, 95.

[95] Pérez, *Cartas y Relaciones*, III, 177 bis.

[96] Frois, 107.

[97] *El Nipppon y Filipinas*, 32.

[98] *Ib.*, 39.

Llegados al Nishizaka, todo procedió rápidamente. «Tendieron a cada uno en su cruz, sin los detener un punto, así como llegaron», dice el P. Martín de León, O. P. [99].

En su relación del martirio, el Obispo de Nagasaki, Mons. Pedro Martínez, anota un detalle de la crucifixión de San Pedro Bautista. Cuando le ligaban los brazos a la cruz, dijo al verdujo «señalando con el dedo la palma de la mano... 'Enclava aquí, hermano'» [100].

El primero en morir fue San Felipe de Jesús, el Santo Mexicano, que, por estar equivocadas las medidas de su cruz, quedó suspendido de la anilla del cuello, y, como pareciese iba a axfisiarse, lo alancearon al punto para abreviar sus sufrimientos. Y el último fue San Pedro Bautista.

De él escribía el P. Martín de León, que fue a ver a los Mártires días después de la crucifixión: «Estaba el Santo Prelado como un capitanazo, que así como está causa reverencia» [101].

ITINERARIO PROBABLE DE LOS 26 MARTIRES

1597	1.er año Keichoo	*Salida*	*Llegada*
Enero, 9	luna 11, 21	SAKAI	OSAKA
10	22	OSAKA	HYOGO *
11	23	HYOGO	AKASHI
12	24	AKASHI	HIMEJI
13	25	HIMEJI	AKOO
14	26	AKOO	KATAKAMI *
15	27	KATAKAMI	OKAYAMA
16	28	OKAYAMA	KOBEGAWA
17	29	KOBEGAWA	Nanokaichi?, Kannabe?
18	luna 12, 1	Kannabe?	ONOMICHI
19	2	ONOMICHI	MIHARA *
20	3	MIHARA	Saijo?
21	4	Saijo?	HIROSHIMA
22	5	HIROSHIMA	Iwakuni?
23	6	Iwakuni?	Tokuyama?
24	7	Tokuyama?	Ogori?, Yamaguchi?
25	8	Ogori?	Yoshida?
26	9	Yoshida?	SHIMONOSEKI
27	10	SHIMONOSEKI	KOKURA
28	11	KOKURA	AKAMA
29	12	AKAMA	??
30	13	¿¿	SHIGAJIMA
31	14	SHIGAJIMA	HAKATA
Febrero, 1	15	HAKATA	KARATSU *
2	16	KARATSU	NAGOYA?, Imari?
3	17	NAGOYA	TSUKAZAKI (TAKEO)
4	18	TSUKAZAKI	SONOGI* - TOKITSU (11 p. m.)
5	19	TOKITSU	URAKAMI NISHIZAKA (10 a.m.)

Los nombres escritos con MAYUSCULAS son los que aparecen en las cartas y relaciones contemporáneas.

Los señalados con *, son de ciudades desde donde los Mártires escribieron.

Las travesías que ciertamente hicieron en barco fueron: de Shimonoseki a Kokura, de Shigajima a Hakata, de Sonogui a Tokitsu.

DIEGO PACHECO, S. J.

---

[99] *Ib.*, 52.

[100] PABLO PASTELLS, S. J., *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas*, IV, Barcelona 1925, LI.

[101] PÉREZ, *Cartas y Relaciones*, III, 232.

Bibliografía

ANTONIO DE ALCÁCER, O. F. M. CAP. *Fray Domingo de Petrés, arquitecto Capuchino.* Ediciones Seminario Seráfico Misional PP. Capuchinos. Bogotá, 1959.—Vol. de 20 × 15 cm., 65 págs. más 12 ilustraciones fuera de texto.

——— *Homenaje al arquitecto Capuchino Fray Domingo de Petrés en el segundo centenario de su nacimiento: 1759 —9 de junio— 1959.* Ediciones Seminario Seráfico Misional Capuchino. Bogotá, 1959.—Vol. de 20 × 15 cm., 107 págs. más 18 ilustraciones fuera de texto.

El P. Alcácer, Capuchino español de la Provincia religiosa de Valencia y misionero en Colombia, ha aprovechado la coyuntura de celebrarse el segundo centenario del nacimiento de otro Capuchino, a su vez español y también antiguo misionero en la misma Colombia, Fr. Domingo de Petrés, para ensalzar su figura y destacar su personalidad de ilustre arquitecto. Así lo hace en el primero de los libros citados. En él nos traza la biografía de Fr. Domingo, hermano lego, que, luego de llegado a Santa Fe de Bogotá en 1792, se da de lleno a trazar planos y levantar iglesias y monumentos por encargo de los superiores y de las autoridades. Y queriendo demostrar mejor al lector las bellas cualidades de excelente arquitecto que adornaban a este su biografiado, hace una extensa descripción de las obras por él realizadas, entre las que se cuentan las catedrales de Bogotá y de Zipaquirá. A la descripción acompaña el plano o la fotografía para que mejor puedan apreciarse las buenas proporciones y belleza artística que sabía dar a sus construcciones el buen hermano lego capuchino.

En el segundo libro recoge el programa y también los festejos y actos conmemorativos que en Bogotá han tenido lugar con motivo del mencionado centenario. Aquí se encuentran los decretos de honor tanto de las autoridades civiles como eclesiásticas y de la Orden Capuchina. También se han reunido los discursos y conferencias pronunciadas con tal motivo, bien sea en Academias o a través de la radio y de la televisión. Al mismo tiempo se ha dado una visión de conjunto de las obras arquitectónicas de Fr. Domingo de Petrés, ofreciendo en fotografía sus monumentos más representativos.

B. DE CARROCERA, O. F. M. CAP.

ZAMEZA, JOSÉ, S. I.: *Una virgen apóstol según las exigencias de nuestra época. Vida y espíritu de la M. Margarita M.ª López de Maturana, fundadora del Instituto de las Mercedarias Misioneras de Bérriz.* Segunda edición revisada. Bilbao 1959.—Un volumen de 204 × 140 mm.; 397 páginas con ilustraciones.

Bellamente presentada por la revista «Angeles de las Misiones» aparece esta segunda edición del renombrado estudio biográfico del P. Zameza en torno a la gigante perso-

nalidad de la Madre Maturana, alma del actual movimiento misionero de Bérriz, sin más novedades que las de haberse reducido un poco el texto de la primera y unas pequeñas variantes.

Aunque es sobradamente conocida la vida de esta insigne religiosa entre los cultivadores del moderno movimiento misionero de España, me parece oportuno recordar aquí los trazos más salientes de su biografía. La Madre Maturana nació en Bilbao en 1884, en 1901 vistió el hábito en el convento de Mercedarias de Bérriz, desde 1906 hasta 1927 se dedicó a la enseñanza en el colegio anejo al referido convento, llegando a ser verdadera modelo de educadores. En 1927 fue nombrada Comendadora o Superiora del mismo y para dar cauce a su desbordante espíritu misional fundó la revista «Angeles de las Misiones». Ya en 1926 había salido de Bérriz la primera expedición de religiosas con rumbo a Wuhú y al año apenas otra para Ponapé (Carolinas), isla perdida en el Pacífico, gracias al celo misionero de la Madre Maturana. En menos de cuatro años la casa de Bérriz contaba con las siguientes misiones: Wuhú, Ponapé, Tokyo y Saipán. En 1928 la Madre Margarita emprende un largo viaje misionero con objeto de visitar las casas de Wuhú y Saipán y funda las de Tokyo y Ponapé. Entre 1929 y 1930 estudia la manera de transformar en Instituto misionero la casa de Bérriz, objetivo que veía logrado el 17 de mayo de 1930 mediante decreto expedido por la Congregación de religiosos y es nombrada General del mismo. Después de desarrollar una actividad verdaderamente extraordinaria al frente de la casa de Bérriz la Madre Maturana fallece en una clínica de San Sebastián, a consecuencia de una operación, el 23 de julio de 1934.

Es tal el atractivo que ofrece la lectura de las páginas de esta biografía que no es posible dejarla de la mano hasta llegar a la última, a lo que contribuyen en gran manera su bella presentación y la nitidez de sus caracteres tipográficos. Nuestra más sincera enhorabuena a las Madres de Bérriz por esta nueva reimpresión, que tantas vocaciones misioneras ha de despertar, sin duda, entre nuestra juventud.—LEJARZA.